

BIBLIOTECA



MILITARE

11)

1199

73(II)

2220

2220
7



BIBLIOTECA MILITAR

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
1000 UNIVERSITY AVENUE
LOS ANGELES, CALIF. 90024

BIBLIOTECA MILITAR

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA CONTEMPORÁNEA
calle de Pizarro, 15, bajo

BIBLIOTECA

MILITAR

TOMO II

ENERO DE 1877



MADRID
DIRECCION Y ADMINISTRACION
calle de Pizarro, 15, bajo.



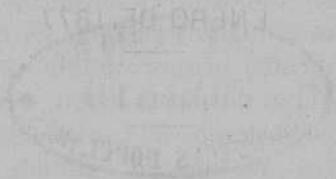
BIBLIOTECA

MILITAR

DIRECTORES Y PROPIETARIOS

D. FELIPE TOURNELLE Y D. FERNANDO DE CÁRDENAS,

OFICIALES DEL EJÉRCITO.



DIRECCION Y ADMINISTRACION

ESPIRITU DE LA BIBLIOTECA MILITAR.

El siglo que atravesamos es el siglo de la ciencia, es el siglo del arte, es el siglo del *libro*.

Fué en todos tiempos el libro compañero fiel del hombre; en los presentes fiel compañero es y guía experto que le conduce por el más breve camino al más seguro fin.

Acontece que el libro, á modo de pretendiente importuno, suele llamar con instancia á nuestra puerta; es quizás el enojo nuestro primer movimiento; mas la curiosidad despierta luego, y espoleada por un vivo deseo, no tardamos en ofrecer al libro, en nuestro gabinete de trabajo, el puesto de honor que dan y reciben los bien nacidos.

Comienza el hombre lo más serio de

sus estudios, según pública fama, no en las aulas, sino en el ejercicio de su profesión; verdad es ésta que comprueba la experiencia y que aquilata y declara el incesante renovar de los estudios por causa del movimiento, perfección y progreso que reciben las ciencias, lanzadas al vuelo rápido de la investigación humana. Breve ejemplo á este aserto sería el jóven que no viendo un *más allá* en los conocimientos académicos que fueron, sin duda, la noble madre de su saber, rodeado de sus fieles libros de texto, permaneciese en consulta y repaso de ellos durante veinte años... mucho plazo es éste; la mitad sin duda sería tiempo suficiente para que nuestro jóven se hallase notablemente atrasado entre aquellos de sus contemporáneos que hubieren seguido con celosa curiosidad la rápida ó lenta, pero nunca interrumpida marcha, de las teorías científicas.

El itinerario de esta marcha se encuentra en todos los libros; esto es, en el *libro*.

Deber de todo hombre de carrera es el conocer y seguir este científico itinerario.

Pero mayor acaso y más grande y más sagrado se hace este deber para aquellos que por su especial profesion llevan con frecuencia bajo su guarda la vida de los hombres, la honra de los pueblos, el porvenir de los Estados.

Abrir espacio al libro militar moderno, dando plaza honrosa tambien al antiguo, que al cabo es de aquel abundo manantial y claro espejo, hé aquí la idea prima de esta BIBLIOTECA. ¿Pero cómo, en qué forma y con qué títulos abordar esta empresa? A vueltas sus fundadores con tal idea, que no por conocida y tratada ha perdido sus títulos de respetable para los humildes, luchaban mal de su grado, á medias ya vencidos por su natural flaqueza; luchaban, decimos, contra el severo juicio del mundo inteligente, contra los vivísimos resplandores de la pública luz... contra la indiferencia tal vez de la gran familia á que pertenecen y cuyo auxilio habian de reclamar en primer término.

Eranse estos dias de vacilacion y duda, cuando en un pequeño libro hallamos, de la autorizada pluma de Federico el Grande, este significativo párrafo:

«El arte de la guerra, que merece ser
»estudiado más que otro alguno, carece
»de libros clásicos; entre el gran número
»de obras debidas á autores visionarios,
»se hallan, no obstante, algunos tesoros.
»Seria de desear, en pró del progreso de
»los conocimientos humanos, que en lu-
»gar de escribir mucho sin hacer libros
»nuevos, se dedicasen los aficionados á
»producir buenos extractos de los que
»existen; así al ménos no se robaria el
»tiempo á los lectores.»

Estos renglones, escritos cien años há, vinieron á fortificar y concretar nuestro pensamiento, pues el largo tiempo transcurrido desde Federico II de Prusia á nuestros dias, creemos que no desmiente en absoluto ni altera el fondo del anterior aserto. Muchos y buenos libros existen en la lengua patria y en las extranjeras lenguas; sin cerrar el paso á toda nueva obra digna de su objeto, podiamos ofrecer al público militar, en forma y modo convenientes, una serie ó coleccion de libros escogidos entre los nuestros y en las potencias militares más ilustradas, los cuales vendrian á formar una Biblioteca de con-

sulta é instruccion profesional para todas y cada una de las clases del ejército.

Y así pensábamos, madurando nuestro proyecto en aquellos dias últimos en que el ejército se batia en las montañas del Norte; pero, ¿qué libro entónces, como el de la guerra viva, más elocuente y más coronado con los laureles del sacrificio?

La hora venturosa de la paz no hizo esperarse, y repitiendo el viejo proverbio *Si vis pacem para bellum*, anunciamos por fin al público militar la modesta idea que con tanto ahinco perseguíamos.

El público militar sabe cómo lo hemos llevado á cabo; añadiremos que la suerte no nos ha sido adversa, ni podia serlo ciertamente.

Enaltece nuestro humilde libro el augusto nombre de S. M. el Rey D. Alfonso XII; su Real recomendacion al ejército ha sido el salvo-conducto sin el cual corria aquél riesgo de la vida en su camino.

El General que desempeña el Despacho de la Guerra, y los de aquella categoría que se hallan al frente de las Direcciones generales de las armas, transmitieron á sus departamentos la Real voluntad, con un

expresivo interés superior á nuestras esperanzas.

Todas las armas y todas las clases de la institucion armada han respondido en mayor ó menor grado al llamamiento.

Hemos contraido una deuda sagrada que nos honra: debemos y queremos cumplir como buenos correspondiendo á tan señalados favores.

¿Podremos dar cima á nuestra empresa?

Sencilla y ligera á primera vista parece esta nuestra tarea de escoger, originales ó traducidas, las obras selectas, sin más cuidado que darlas á la estampa y al público sucesivamente. Escoger, es verdad, pero entiéndase las mejores, más notables y apropiadas obras en todos los ramos de la ciencia militar; escoger, ciertamente, pero en los diversos países en que aquella acusa más alto grado de desarrollo; escoger, sí, pero dentro de las épocas más salientes de la historia militar de los pueblos; escoger, por último, no para

una sola, sino para todas las clases y categorías del ejército en general.

No es posible perder de vista que esta BIBLIOTECA se dirige desde el ilustrado veterano, Capitan General de ejército, hasta el jóven alumno de nuestras Academias; desde el experimentado Coronel, jefe de regimiento, hasta el sencillo soldado del mismo, que tambien en tan modesta clase, sin prévia invitacion y por espontáneo impulso, contamos con dignos suscritores.

Ni podria, en fin, echar en olvido la BIBLIOTECA sus precisas condiciones, *sine qua non*, de ECONÓMICA y PORTÁTIL, condiciones sobre las que descansa en gran parte su existencia y las facilidades de su aceptacion.

Escoger, elegir es nuestra tarea, pero con maduro exámen, combinando lo útil, lo conveniente y lo mejor, con tiempos, modos y circunstancias.

La historia de la guerra demanda y merece el primer puesto: teatro de la ciencia de la guerra; espejo de los altos hechos militares en todos los siglos, escuela viva de los grandes capitanes, su elocuen-

cia es la más persuasiva, y su estudio, siendo de primera necesidad, se reviste del más simpático atractivo. Mas como fuera enojoso y sobrado lento el comenzar por las gueras de los primitivos tiempos hasta llegar por el orden cronológico á las de nuestros días, habremos de alternar en la exposicion de aquellas, dando preferencia á las modernas por la mayor utilidad que entrañan.

El arte de la guerra—entendiéndose por este título, la suma de todos los conocimientos necesarios para disponer y ejecutar el acto del combate con arreglo á los mejores principios y en las más ventajosas condiciones—habrá de ser objeto de exquisita eleccion entre los más acreditados autores; ya contamos hoy con una obra de alemana estirpe, de muy reciente publicacion y de notable crédito y nombre.

El conjunto de todas las armas en accion, ó sea la direccion y manejo de los ejércitos en campaña, exige y tiene tratados de táctica general que verán la luz en tiempo conveniente. Para el oficial de cada arma ó cuerpo en particular apare-

cerán obras adecuadas á la especialidad de cada ramo.

Por último, la influencia del corazón humano y la moral de las tropas, han sido en todos tiempos resortes de importancia capital en la máquina de los ejércitos y durante el drama de la guerra, por cuya razón, no se ha descuidado esta parte, para la que poseemos algun notable trabajo, así como además una estimable obra francesa sobre moral militar, digna de todas las clases de la milicia y que habla muy de cerca al corazón del soldado, la cual nos proponemos publicar, en forma de pequeños apéndices, como suplemento al final de algunos tomos donde se juzgue á propósito: el presente libro encierra ya las primeras páginas de la citada *Moral militar*.

Tal es el espíritu de esta BIBLIOTECA, encaminada á propagar el libro militar, proveyendo al ejército de los más útiles. El primer tomo ha hecho ya su camino con una guerra—la de Bohemia é Italia en 1866—que hemos creído de oportunidad en razón á los cambios que motivó aquella en el arte de combatir, por efecto de la

reciente aparicion y empleo en grande escala del *fusil de aguja* sobre el campo de batalla. Consecuencia de ésta, la campaña franco-prusiana, no se hará esperar de nuestros lectores.

Léjos, muy léjos de nuestro ánimo la pretension inmoderada de esparcir, y como si dijéramos, sembrar ciencia entre nuestros hermanos de la gran familia: grátisimo pago á nuestra tarea seria la satisfaccion de haber alzado, despues de muchas pruebas, un solo pliegue de la cortina que cubre el vasto panorama de la escuela del soldado.

Vivimos en una época de continua y casi vertiginosa transformacion: acaso para la fijeza de los principios, para la madurez de los sistemas, valiera más estacionarnos por algun tiempo... pero es casi insensato el suponerlo: como el mundo físico no detendria la marcha de sus leyes sin un cataclismo, así en el mundo moral el estancamiento seria la muerte. Y sobre todo, la actividad humana es ya una fuerza de la naturaleza, superior á la misma voluntad de las sociedades, y áun del individuo.

Puede un hombre cruzarse de brazos y abandonar el oficio á que se dedica; parar su pensamiento y áun desecharle como pesada carga que le ahoga... un hombre aislado podrá hacer esto; la humanidad jamás. ¿Cómo se concertarian todos los hombres pensadores de la tierra para decir en un dia dado: ya hemos pensado bastante; ya sabemos todo lo necesario: prometemos no pasar de aquí?...

Es ineludible, por lo tanto, en los ejércitos modernos el deber de expiar, estudiar y seguir las huellas de las ciencias militares en la marcha que acusan en todas direcciones: el gran problema estriba en que la guerra, á cualquier momento que nos arroje su pesado guante, no nos sorprenda rezagados y sí compactos sobre el terreno que nos conviene y en guardia contra un enemigo que podria ser tan osado como previsor.

En este supuesto, nosotros pretendemos tan sólo descubrir el horizonte á modo de fieles guias ó decididos exploradores, y ya creemos haber manifestado lo bastante.

La BIBLIOTECA MILITAR, desea por úl-

timo, sostener su vuelo á la altura del espíritu que la anima y de la pura atmósfera que alienta y nutre sus inspiraciones. Si logra, satisfaciendo las legítimas esperanzas del ejército, mantenerse como hasta aquí en el inmerecido favor que aquel se digna dispensarle, amable y ligero y por demas honroso ha de serle el peso de sus provechosas tareas.

LA DIRECCION.

W. RÜSTOW

LA EDUCACION MILITAR



LA EDUCACION MILITAR

INTRODUCCION GENERAL

AL

ESTUDIO DE LAS CIENCIAS DE LA GUERRA

POR

W. RÜSTOW

CORONEL DEL EJÉRCITO SUIZO

TRADUCIDO DEL ALEMAN

POR

DON FELIPE TOURNELLE

T. COR. CAPITAN DE CABALLERÍA

AL LECTOR

La obrita que hoy constituye el segundo volumen de la BIBLIOTECA MILITAR no es de las más popularizadas entre las muchas hijas de la ilustre pluma del coronel Rüstow, tal vez porque concretándose á la exposicion de una teoría particular y de un sistema propio, ofrece ménos que otras el carácter de universalidad.

Nosotros, sin embargo, la hemos escogido como adecuada por su índole para figurar á la cabeza de la coleccion que vamos dando á luz, aunque digna por todos conceptos de intérprete más autorizado que nuestra humilde pluma.

Die Militarschule; la escuela militar, que así se llama en el original, y que hemos preferido traducir con más ámplia frase por *La educacion militar*, es un trabajo filosófico, concienzudo, metódico,

detallado, paciente (si se permite este calificativo); trabajo en que se revela el genio analítico alemán; pero por la misma razón y apreciando mucho aquellos títulos, y respetando por completo el fondo y casi siempre la forma, nos hemos permitido aligerar un tanto ciertos capítulos, á fin de hacer la obra un poco más suave y simpática á la vivacidad del carácter meridional.

Dividida en seis partes, es la primera una exposicion general de la *guerra* y de la *paz* como elementos destructores ó benéficos entre los que fluctúa la humanidad. Desarróllase en la segunda, el plan de estudios que abarca la *ciencia de la guerra*, haciendo el deslinde de los ramos que son puramente militares y de los que arrancan del tronco de las ciencias madres.

La cuarta parte constituye la teoría de la enseñanza militar en las escuelas y academias que el autor supone, y establece en la quinta los estudios militares que deben, segun su criterio, introducirse en las escuelas civiles con el fin de formar el carácter militar de la nacion y

que todos sus ciudadanos desde niños se hallen dispuestos de buen grado al servicio obligatorio á que la necesidad de los tiempos les invita. Por último, la sexta parte explana el carácter militar que las academias inspiran y forman, asentando con este motivo el autor una série de máximas y principios de moral militar en las que hemos creído gustar de vez en cuando un cierto sabor de nuestras inimitables ordenanzas, cosa que á nuestro humilde juicio dimana, no de que Rüstow haya bebido en aquellas puras fuentes, sino que anima al erudito aleman un espíritu militar, levantado á nivel del que guió la pluma de los ilustres redactores de nuestro elocuente código.

Réstanos declarar con leal franqueza, que conformes con la doctrina del autor, considerada en sí misma y con aplicacion á otros países, no la suponemos por el momento aplicable á España en todas sus partes, sino despues de maduro exámen, paulatinamente, y con las debidas preparaciones, todo atendiendo al estado especial de nuestra sociedad, aunque en la esperanza de frutos beneficiosos que pro-

duciria dicho sistema, tan luego como debiera ser un hecho el servicio militar obligatorio que ya palpita en la mente de nuestras ilustraciones militares y civiles y que se agita en las esferas del poder.

Invitamos al lector que de buena fe quiera compenetrarse del sentimiento íntimo que ha dictado esta obra á que no aparte de su memoria el siguiente principio que el autor sienta en la primera parte y que á nuestro entender es como la clave de todo su sistema.

«En el estado actual de la civilizacion, »el pueblo más avanzado debe ser á un »tiempo el más deseoso de la paz y el más »dispuesto para la guerra.»

Por último, si algunas ideas de este libro parecieren demasiado avanzadas en el órden político, téngase presente que el coronel Guillermo Rüstow, el veterano brandeburgués está al servicio del ejército federal suizo, mas no se olvide tampoco que es autor de más de treinta volúmenes sobre arte é historia de la guerra, traducidos y estudiados los más, aplaudidos todos.

EL TRADUCTOR.

PRIMERA PARTE

LA GUERRA Y LA PAZ

CONSIDERACIONES GENERALES.

1. Desde los más remotos tiempos, y en todas las esferas de la humana sociedad, filósofos y poetas, políticos y guerreros, príncipes y pueblo, vienen de comun acuerdo considerando á la guerra como el más duro azote, y á la paz como el más alto beneficio con que la Providencia se revela á los mortales.

A pesar de esta universal conviccion, la historia del mundo nos enseña que el estado de paz en ningun tiempo ha sido patrimonio seguro de ningun pueblo; las guerras, con más ó ménos frecuencia, han llegado siempre á interrumpir con despiadada mano los dulces períodos del reposo que aquellos gustaban.

Fué, sin duda, aquella *paz perpétua* cantada por los poetas de la antigüedad, no más que delicioso mito, mundo ideal colmado de bienandanzas que ellos concebían y colocaban, ora en

un fabuloso pasado, ora en un futuro sin limitacion.

Todavía no ha brillado sobre nuestro horizonte la aurora de esa edad de oro, de esa edad de Saturno, cantada y bendecida tantos siglos atrás.

Léjos de nosotros suponer que ese hermoso sueño no sea realizable: basta reconocer la progresiva perfeccion de la raza humana. No obstante y por el momento, hemos de contentarnos con los nobles, aunque poco eficaces esfuerzos que tienden á tan elevado fin. Admiramos la confianza y los sacrificios sublimes de cuantos hombres trabajan por unir en lazo de amor la humanidad entera, apagando bajo sus piés los blandones de la discordia que arden en el seno de cada nacion y en las fronteras que les sirven de valla. Pero, por otra parte, aparecen como ridículos tan nobles esfuerzos en virtud de la excesiva desproporcion entre el inmenso fin que se persigue y los exíguos medios que se emplean, pues aparecen en este asunto un puñado de almas generosas que se proponen dar cima en un solo dia á la obra en que la humanidad entera viene trabajando, en vano, desde hace muchos siglos.

2. Los que creen alcanzar la paz en un tiempo relativamente corto, deben, ante todo, con el libro de la historia delante de los ojos, buscar

y examinar las causas que producen la guerra. Quien crea de buena fe en la posibilidad de una paz eterna, si no reniega de las leyes de la humanidad, preciso es que haga caso omiso de la *necesidad* de la guerra, y que mire como cosa baladí los *finés* de la guerra.

Si los pretextos que dan pábulo á las guerras no tuviesen valor ni importancia, fácil sería extinguirlos ó hacerlos ménos frecuentes; pero si reconocemos y confesamos que son inevitables y surgen de la misma naturaleza humana, habremos de resignarnos á que los pueblos peleen encarnizadamente por un tiempo dado, cuyo fin no puede ser previsto; no abandonemos por ello la noble tarea de amontonar piedras para ese colosal edificio que pasadas generaciones comenzaron, aunque se ignore qué futuras generaciones asistirán á su coronacion.

3. Una de las más raras cualidades del hombre es el reconocer humildemente la impotencia de su generacion para realizar una de esas grandes obras que necesitan el auxilio del tiempo. En nuestra impaciencia queremos gustar el fruto del árbol que hemos plantado. Pero hé aquí el grave error: los visionarios de la paz perpétua en breve plazo, consideran que las causas de la guerra no están en la naturaleza humana: las buscan en individualidades; las buscan en ciertas instituciones, y claro está que

estas instituciones, según ellos, deben ser destruidas, como fuentes del mal.

Colocados en el centro del universo, crean en su imaginación esos seres y esas cosas que es preciso combatir para dar espacio al manso cáuce de la paz que sueñan.

Pero ¿cómo es que en medio de esos mismos discursos y escritos que tratan de las dulzuras de la paz, resuenan discordantes palabras de guerra, palabras de muerte y exterminio?

4. Con frecuencia oímos decir que la guerra se debe exclusivamente á ciertas formas de gobierno, á ciertas instituciones hoy en vigor. Dícese que si las Constituciones respondiesen al bien de los pueblos, no habría guerras civiles ni internacionales, y que si se suprimiesen las dinastías, desaparecerían de hecho las guerras intestinas y las de nación á nación; por último, la república sería la llamada á desterrar la soberanía de la guerra.

Todas estas teorías son injustas y erróneas.

Sin volver la vista á remotos tiempos, citaremos la república suiza, que ha tenido la guerra del Sonderbund; la de los Estados-Unidos, que ha sufrido otra campaña de cinco años; por último, las repúblicas de la América del Sur, rara vez dan tregua á sus luchas de Estado á Estado.

Otras grandes causas existen en los instintos de los pueblos y en las necesidades de la huma-

nidad, orígenes de las guerras. Muchas veces nos hemos hecho esta pregunta: ¿á qué vendria á quedar reducida la historia del mundo, privada de las guerras?

Hé aquí un curiosísimo tema, digno de ser sacado á concurso por un Congreso de la paz.

Pero si bien es imposible que la guerra se destruya sólo por la adopción de ciertas formas de gobierno, reconocemos, no obstante, que las Constituciones reinantes y los principios políticos, hoy casi universalmente reconocidos, influyen mucho en la forma y fin de las guerras, y que éstas serán ménos frecuentes cuando la soberanía del pueblo sea una verdad en el más alto sentido en que la entendemos, esto es, la instruccion como base general y el trabajo como el primer principio político. ¡Pero cuán léjos estamos todavía de estas valiosas conquistas que tal vez no se lograrán sin guerras dilatadas!

5. Los amigos de la paz perpétua reclaman sin cesar la institucion de un Tribunal universal para dirimir las contiendas internacionales. Ya empiezan por abrir una brecha en el principio constitutivo, llamando *européo* al tribunal *universal*; pero concretémonos á Europa.

Los partidarios de la legitimidad y los monárquicos, quieren que el Tribunal se componga de príncipes, al paso que los partidarios

de la soberanía popular prefieren delegados escogidos libremente por los pueblos.

Sean príncipes ó nó, la composicion del Tribunal es lo de ménos; lo importante es saber si ese Consejo tendria fuerza para impedir la guerra.

La célebre Lady Fanny Lewald (1), en carta que dirigió el año 1867 al Congreso de la paz de Ginebra, compara la guerra á una riña en la calle.

Aceptemos la comparacion, y vamos á estudiar el caso.

Cuando dos hombres riñen, vociferan y áun llegan á pelearse en la calle, reúnese en derredor de ellos una multitud de pilluelos, amen de otros curiosos de mayor respeto; aquellos los excitan y azuzan, gozándose en el espectáculo, mientras las personas mayores, tal vez indecisas, vacilan entre la intervencion pacífica y el aliciente de la curiosidad. Esto en nada se parece á un Congreso de la paz; pero llegan dos agentes de policía que, sujetando á los contendientes, los llevan arrestados. Nadie, que sepamos, al ménos en el mundo civilizado, tiene

(1) Fanny Lewald, nacida en Koenigsberg en 1811 y en la religion judía: á los 17 años abrazó la religion cristiana. Fué autora de varias novelas que alcanzaron grande aceptacion.

nada que oponer á esta natural intervencion de los agentes del órden.

Pues bien: pasemos ahora á un caso de mayor cuantía. Se trata de una deuda de algunos cientos de pesetas. Supongamos que el Sr. X. debe una suma que se niega á pagar al Sr. Z. Este obtiene una autorizacion del tribunal competente para proceder contra X., en cuya casa penetra la autoridad para conminarle al pago ó hacer el embargo de sus bienes. X., en vez de excusarse pacíficamente, hace resistencia, cierra la puerta, forma una barricada y se prepara á la defensa por medio de las armas. ¿Qué hace la autoridad? Requiere la fuerza armada, agentes, Guardia civil, etc. El rebelde X. se ve obligado á ceder ante fuerzas superiores. Tampoco en este caso el empleo de la fuerza excita el descontento del público, á ménos que la causa que le motiva sea injusta ó arbitraria.

En los dos ejemplos citados no ha hecho falta emplear un ejército: un par de agentes han sido lo muy bastante.

Pero puesto que hemos admitido la comparacion de la guerra con una riña en la calle, ó una demanda judicial, pasemos ahora á las tribunas del gran Congreso de la paz, donde delibera el Supremo Tribunal *anfictiónico* europeo (1).

(1) Anfiction: diputado por una de las ciudades confede-

Se trata de una discusion pendiente entre los dos Estados civilizados X. y Z. Despues de maduro exámen, la mayoría de votos decide que Z. ha faltado, y que, en su consecuencia, debe someterse á los justos deseos ó naturales exigencias de X. En primer lugar: ¿esta sentencia es razonable ó injusta? Suspendamos nuestro juicio, aunque bien pudiera ser injusta, porque el Tribunal se compone de hombres, sujetos, como los demas, á los humanos errores. Pero lo que nos interesa, principalmente, es el resultado de la sentencia pronunciada. El Estado Z., que cuenta, por ejemplo, con 20 millones de habitantes, cree que el Tribunal Supremo ha procedido injusta, arbitraria ó parcialmente. Pueblo y gobierno se hallan acordes en esta idea; el país entero, indignado, pronuncia la palabra *resistencia*, y todo el mundo se arma, se prepara y promete al gobierno sostenerle con dinero y hombres, si nesario fuese, ántes que ceder á una sentencia tan caprichosa como humillante.

¿Y qué sucede entre tanto?

Es de suponer que el Supremo Tribunal anfic-

radas de la Grecia, que tenia derecho de enviar un representante al Consejo de los anfictiones, que se celebraba dos veces al año: la una en Delfos, por la primavera, y la otra en las Termópilas, á mediados de otoño.

(Nota del T.)

tiónico comunica al gobierno de Z. el fallo de la sentencia que le ha sido impuesta y ademas, con el fin de que presencien y sancionen su ejecucion, envia á la córte de Z. dos elevados personajes escogidos en su seno y en calidad de comisarios ó embajadores.

Lo mejor que puede acontecer á estos señores, es que en la córte de Z. se les reciba con la atencion y deferencia que merece el alto cargo de que se hallan investidos, lo cual no impide que, con las mismas respetuosas y graciosas atenciones, se les conduzca de nuevo bien escoltados hasta la frontera, en un tren especial al efecto, para que sea más rápida su salida del territorio.

¿En tal conflicto, cuál es el grito unánime que resonará en el Congreso universal? ¡La fuerza! ¡la fuerza! esta será la manifestacion de los jueces, la misma, exactamente la misma que fué necesario emplear con los que reñian en la calle y con el deudor recalcitrante que se resistió á las órdenes de la autoridad.

Pero como en el caso presente no basta una pareja de orden público para ejecutar la orden contra una nacion de veinte ó treinta millones de habitantes, preciso seria enviar un ejército de agentes de policia ó sea un ejército en regla, y hé aquí la guerra declarada, cuando se queria evitar la guerra.



En tan difíciles circunstancias, las opiniones de los miembros del Congreso se dividirán probablemente: quién, será de parecer que no habiendo obtenido el Congreso, *por excepcion*, un resultado favorable, es preciso esta vez dejar á los Estados X. y Z. que diriman por sí mismos la contienda. Quién, por el contrario, volviendo por los fueros del Congreso, humillados ante la opinion pública, reclamará que el tribunal tome por su cuenta y riesgo la direccion y ejecucion de la sentencia, de grado ó por fuerza.

Está muy bien; ¿pero con qué medios cuenta el tribunal?

¿Reclamará las fuerzas de todos los Estados de la asociacion, es decir, de la Europa entera contra el Estado rebelde Z.? Supongamos que así sea: ¿obedecerán todos los Estados? ¿Y si la sentencia fué votada sólo por una débil mayoría, al encontrarse ésta frente á una terrible realidad, no vacilará en su determinacion? ¿No temerá que la minoría (que acaso es más fuerte por las naciones que representa) rompa tambien con todo y se rebele contra el mayor número de votos?

Estas consideraciones no necesitan comentarios; son harto conocidas y ya resueltas por pruebas históricas que nos dan si necesario fuere, la *Santa-Alianza*, la *Union americana* y otras.

El problema, no obstante, parecería resuelto si el Tribunal Supremo dispusiere de un ejército dependiente sólo de su autoridad para la ejecución de las sentencias que pronunciara. Pero este ejército, permanente sin duda alguna, debería ser formado con los cuerpos de ejército que prestare al efecto cada uno de los Estados de la asociación. ¿Y á dónde iríamos á parar? Imagínense nuestros lectores las consecuencias peligrosísimas que habrían de surgir de semejante sistema, considerando que cada Estado habría de mantener dos ejércitos, uno propio y otro para la asociación, á ménos que cada Estado no pudiese mantener un ejército particular para su defensa, y sí sólo aquel que por estar al servicio de otra causa se hallaría dispuesto á ofenderle cualquier día... todo lo cual, sobre ridículo, es soberanamente monstruoso.

6. En todos los siglos, los grandes monarcas, los célebres capitanes, han dado en soñar con la paz perpétua, teniendo por base al efecto una monarquía universal. Tal concibieron Alejandro, César, Carlo-Magno, Enrique IV y Napoleon I. Tambien Napoleon III pretendió amparar esta idea de una paz perpétua, á título de idea napoleónica.

Pero su realizacion no daría otros resultados que matar la vida propia de los pueblos: la paz perpétua sería la paz de los sepulcros. Cuéntase

que Leibnitz, leyendo la obra del abate Saint-Pierre sobre la paz perpétua, se acordó de esta inscripcion que habia visto sobre la puerta de un cementerio: *Pax perpetua*.

Pero si fuese preciso que los pueblos conquistasen la paz perpétua á trueque del reposo de las tumbas, ¿quién la querria con semejantes condiciones? Y si la humanidad aceptándola, consintiere en pagar tan caro precio, ¿la obtendria por ello tal como lo desea? ¿No le seria necesario sostener muchas y sangrientas guerras para alcanzarla?

Napoleon I, soñando con aquella hermosa idea, jamás pudo realizarla, porque tuvo ántes que sostener una larga série de guerras para convencer á los pueblos de los beneficios de la paz que queria regalarles. ¡Ningun pueblo quedó convencido! ¿Y qué sucedió al infatigable guerrero? Que algunas de aquellas guerras, necesarias tal vez, fueron desastrosas para la Francia y para él mismo, que no halló un solo momento de paz ni áun sobre la roca de Santa Elena.

Pero citemos un caso de ardiente propaganda en favor de la paz.

7. Elihu Burrit (1) empleó su vida en el trabajo: batiendo hierro con una mano, repartia al

(1) Elihu Burrit, filántropo americano, que mereció el dictado de *Apóstol de la paz*, nació en 1811. Consagró la

pueblo con la otra, hojas impresas que eran hojas de palma y ramas de olivo, las cuales si no fundaban, propagaban al ménos la idea de la paz perpétua. Para dar mayor fuerza á sus argumentos y herir más de lleno la imaginacion de sus lectores, hacia cálculos sobre el número de muertos, de heridos y de amputados de los miembros, así como de los enormes gastos que producía la guerra. Por último, extremando sus argumentos, sostenía que todas las guerras eran inútiles; que jamás ninguna de ellas había producido los resultados propuestos al emprenderla.

Concediendo este último punto para cada guerra en particular, ciertamente que no es posible suscribir á la conclusion determinante de que el conjunto de las guerras no haya servido

mayor parte de su vida al oficio de herrero; pero dedicándose á sérios estudios en las horas de descanso. Familiarizado con los clásicos ingleses, se dedicó á las matemáticas y á las lenguas, llegando á conocer el griego y el latin, el hebreo y demas idiomas semíticos, sirio, caldeo, árabe, etc. Tambien estudió las literaturas india y china. Por último, se dedicó á viajar predicando de pueblo en pueblo la concordia y la fraternidad. Asistió á diversos congresos de amigos de la paz en Bruselas, Lóndres, Paris y Francfort; allí desarrolló su doctrina de la realizacion de la fraternidad universal por medio de la paz. Una de sus últimas publicaciones, titulada *Hojas de olivo*, fué repartida por millones de ejemplares en 1853 y traducida á muchas lenguas.

en general á la humanidad como un elemento de desarrollo y civilizaci6n.

El pensador s6rio debe acordarse del proverbio del s6bio: *El hombre propone: Dios dispone*. Una guerra podr3 no haber alcanzado el fin que se proponia; pero muchas sucesivas han contribuido 3 ello. Del mismo modo, lo que un hombre solo desea no siempre puede obtenerlo; pero, por sus esfuerzos repetidos, ayuda 3 los dem3s 3 que obtengan al fin algo de lo que desean, necesitan 6 merecen.

8. Ahora bien: el buen Elihu Burrit, recomendaba en sus pac6ficos folletos que se diera 3 la juventud una educaci6n especial como medio poderoso de destruir los g6rmenes de la guerra. Segun su sistema, no se debe poner en manos de los ni6os esos juguetes que despiertan sus instintos b6licos, como fusiles, sables, flechas, ca6ones, tambores y trompetas; ni se debe permitir que jueguen 3 los soldados, alejando adem3s de su vista todos los libros que hablan de guerras 6 celebran aventuras y haza6as que tengan relacion con ellas.

Juzguen nuestros lectores cu3les ser3an los resultados de semejante sistema. Para seguirlo al pi6 de la letra, ser3a dif3cil hallar un juego en que pudieran entretenerse varios ni6os reunidos, pues casi todos aquellos se derivan de la lucha de dos ideas 6 dos voluntades; ser3a pre-

ciso ir contra naturaleza, inclinando y forzando á los varones á que se deleitasen en los juegos pacíficos y suaves de las hembras, lo cual seguramente sería un absurdo sin éxito.

Pero una dificultad insuperable aparecería al querer, según las máximas del autor, metodizar la educación de la juventud al fin de la soñada paz. ¿Cómo se suprimen las historias que tratan de guerras sin destruir la historia toda de la humanidad? ¿Se corregirán aquellas haciendo un arreglo especial de cada una para que sólo presenten al alcance de los jóvenes la parte pacífica de la historia de los pueblos? ¿O, por último, se inventarán graciosas fábulas que trasformen en inocentes juegos los encarnizados combates?

Sería digna de verse, por lo ridícula, la historia, vestida á esta usanza. Medea, por ejemplo, habrá de ser una honrada carnicera que enseña á Jason el modo de confeccionar las salchichas.

Al llegar á la guerra que dió lugar al inmortal poema de Homero, veríamos que habia estallado un terrible incendio en Troya: los cuerpos de bomberos de Argos acuden con todos los de la Grecia, y después de grandes trabajos sobre las murallas... (habría que ocultar la existencia de murallas) penetran en las calles de Ilion con ayuda de una locomotora inventada por Ulises, jefe de los bomberos.

Los espartanos en las Termópilas y los atenienses en Marathon, invitan á los persas á tomar parte con ellos en el arte recreativo de lanzar objetos á cierta distancia y de cierto modo; pero todo esto sólo con el fin de demostrar que, para la fraternidad general de los pueblos, aquel arte de arrojar objetos, que pueden causar daño, *por casualidad*, es completamente inútil.

Alejandro el Grande, con una numerosa comitiva, emprende un viaje de recreo y se dirige al Asia, miéntras los romanos, en gran número, marchan al Africa con el fin de buscar las montañas de la Luna, aconsejados por un doctor que bien pudiera ser Petermann, el de Gotha.

Y así sucesivamente, sería preciso modificar la historia para seguir en un todo las máximas de Elihu Burrit y otros que le hicieron coro.

9. Todo hombre de buen sentido reconocerá que la educacion, dentro y fuera de la escuela, es la base del desarrollo intelectual y moral del individuo.

Acaso en los siglos venideros las masas poseerán la filosofía, la ciencia y la fe que hoy son todavía atributo de un reducido número.

Pero es preciso no olvidar que la educacion no opera sobre una superficie sin accidentes, y que al lado y por encima de su poderosa influencia, se levanta la naturaleza humana con sus pasiones y sus extravíos. Tendencia innata en el

hombre suele ser la lucha: sobre este principio fundamental reposan tal vez todas las miserias que abaten; pero tambien todas las grandezas que enaltecen y subliman la humanidad.

¿Podrá la educacion arrancar de raíz aquella tendencia? Pensando prudentemente, es de suponer que sólo podrá dirigirla sobre mejor vía modificándola.

10. Los amigos de la paz acusan tambien á los ejércitos permanentes de ser obstáculo continuo á aquella y causa perpétua de guerra. Esta acusacion sería justa reducida á su más simple expresion, pues existiendo los ejércitos permanentes por la posibilidad de la guerra, parece que aquellos, en tiempo de paz, deben desearla y áun buscarla para justificar su existencia, en cuyo caso constituyen, en efecto, una de las causas de guerra.

¿Pero habrá quien sostenga que la supresion de los ejércitos anularia las guerras? Esto sería ponerse en abierta contradiccion con las historias antigua y moderna.

11. Volviendo á las causas principales de guerra indicadas por los partidarios de la paz y dignas de ser combatidas, diremos que ellas nos han sugerido, despues de maduro exámen, las tres proposiciones siguientes, á las que damos la certidumbre de principios:

1.º Para que la humanidad alcance la paz

universal es preciso trabajar, no en una sola direccion, sino en muchas y muy diversas; bien entendido que dicha paz perpétua no ha de asemejarse en nada á la de los sepulcros.

2.º Los diferentes proyectos para elevar el monumento de la paz perpétua, suponen trabajos preparatorios y condiciones especiales que sólo podrán realizarse en un plazo largo ó breve; pero siempre por medio y despues de una ó más guerras.

3.º Dichos proyectos exigen ademas un desarrollo intelectual, moral y activo al mismo nivel ó paralelo entre todas las fracciones ó pueblos de la humanidad. El simple sentido comun nos dice que este desarrollo es imposible, y para convencerse de ello basta echar una mirada sobre las diferentes condiciones de desarrollo que acusan algunos pueblos que hoy viven en escena unos al lado de otros, y que pretenden, no obstante, iguales consideraciones.

12. No negamos la posibilidad de la suma perfeccion humana. Admitimos la posibilidad de la paz perpétua y de que el mundo vuelva á la venturosa edad de oro; pero en nuestra modestia, y desde el humilde lugar que ocupamos, no entendemos que sea fácil hallar por medio de un discurso ó una estocada aquel bien supremo que el esfuerzo de los siglos no ha podido concedernos todavía.

No quieren entender, sin duda, los afiliados á la paz, que ésta no puede conseguirse en un momento; que ha de ser el producto de un trabajo incesante y de un progresivo desarrollo intelectual de las masas. Cualquiera que contribuye al progreso del mundo, llámese individuo, asociacion ó Estado, y trabaja con tal fin, pone una piedra en los cimientos de la paz y avanza una línea tal vez, hácia esa soñada edad de oro, que suponemos léjos todavía de nosotros en relacion semejante á la distancia que nos separa de los astros. En vez de pretender anular de un golpe la guerra, lo cual es insensato, los amigos de la paz debian procurar, por todos los medios imaginables, que las guerras civiles é internacionales fuesen cada vez más raras y difíciles, anulando poco á poco las causas que las originan.

Y como quiera que por hoy es irrealizable la idea de un desarrollo igual y simultáneo de todas las fracciones de la humanidad, preciso será que cada nacion se contente con el trabajo particular que concierne á su entidad, procurando alejar de su seno y reducir las causas y seducciones que engendran la guerra, pero sin que por esto se halle desprevenida é incapacitada de defender su territorio ó hacer frente á una lucha en que podria verse obligada y empeñada por el efecto mismo de la desigualdad

de miras y progresos en las naciones vecinas, pues de lo contrario, las más adelantadas, y, por lo tanto, más débiles de fuerzas guerreras, estarían en peligro de ser la presa de las que por su atraso en el concierto de paz universal, mantuviesen vivas todas sus fuerzas combatientes.

De aquí deducimos claramente este principio, sobre el que llamamos la atención: *En el estado actual de la civilización, el pueblo más avanzado debe ser á un tiempo el más deseoso de la paz y el más dispuesto para la guerra.*

13. Hé aquí un problema propuesto á la resolución de las naciones y en provecho de la más hábil para resolverlo: todas deben trabajar al mismo fin, pero aunando sus esfuerzos, y no en una sola dirección, sino en todos los órdenes de ideas de la humana actividad.

Séanos, por lo tanto, permitido dar á las cuestiones militares una preferencia tanto mayor, cuanto que se trata de la guerra, ligada hasta nuestros días en íntimo consorcio con la paz.

14. El problema propuesto á los trabajos é investigaciones de cada pueblo, en vista de la trascendental cuestión que nos ocupa, determina, en resúmen, la creación de un sistema de defensa que cumpla las siguientes condiciones:

1.^a Que no sea hostil ni perjudicial á la libertad del individuo y de la nacion, base del desarrollo progresivo de la humanidad.

2.^a Que no se halle en contradiccion ni con el progreso del bienestar nacional, ni con los goces legítimos y comunes á todos los ciudadanos.

3.^a Que no encierre en sí mismo causas de guerra, pero que tampoco tienda á debilitar las fuerzas vivas del país; debe, por el contrario, desarrollarlas en cuanto sea posible, porque esto garantiza el éxito honroso de una guerra, dentro del límite de las previsiones humanas.

La actual organizacion de los ejércitos no responde á las bases del sistema de defensa militar que quedan expuestas. Sus defensores convendrán en ello, pues todas sus objeciones se reducen á que el sistema actual de los ejércitos es un mal necesario. Un mal, sí, pero *necesario*.

La discusion no se funda más que en esta *necesidad*.

En estos últimos años ha tomado cuerpo una opinion, que, esparciéndose y ganando terreno de dia en dia, parece haber adquirido fuerza axiomática. Dicha opinion sostiene que se puede reemplazar la organizacion actual de cuadros y reservas por un sistema de milicias que no menoscaba las fuerzas militares de los Es-

tados, en caso de una guerra necesaria. Pretende además este sistema dejar satisfechas las aspiraciones que acabamos de señalar.

15. La noción de un sistema de milicias está muy léjos de ser terminante y precisa, y es además elástica en demasía. No obstante, casi todo el mundo, en el hecho, comprende las cosas del mismo modo, con ligeras variantes; por nuestra parte, creemos haber explicado suficientemente en otra obra (1) la clase de milicias que comprendemos. Y confesamos no comprender de ningún modo un sistema de milicias dentro de una organización militar, la cual, reduciendo casi á la nada el servicio y los cargos personales, ni crea nada bueno, ni nada sólido procura.

Pero hemos demostrado que para hacer viable un sistema de milicias es preciso que éste tenga por base la educación militar de la juventud, educación que debe seguir las huellas de la civil, y formar con aquella un todo completo.

Consideremos un Estado, al cual vivan muy adheridos sus ciudadanos por comunes y activos intereses. Dicho Estado puede verse comprometido en una guerra, ora para defenderse de un agresor, ora para reconquistar las condi-

(1) En el *Tratado sobre las milicias*, escrito en 1867.

ciones vitales en que funda los mismos intereses que le proporciona la paz.

En semejante caso, el buen sentido aconseja que cada ciudadano sea educado para el progreso por medio de los trabajos de la paz, y así también para la defensa de este mismo progreso de su país, al cual contribuye, por medio de la preparación de guerra. Luego la educación debe ser igualmente militar y civil, aunque no sea la misma para todos, asemejándose en esto la primera á la segunda, que tampoco es uniforme para todos los ciudadanos en ninguna nación del mundo civilizado.

En resúmen, damos á la educación la misma importancia que el citado Elihu Burrit, pero en un sentido completamente opuesto. Pretende aquél educar para la paz, inspirando horror á la guerra. Nosotros creemos seguir un camino más racional, teniendo en cuenta las tendencias del corazón humano; esto es, educar para la guerra, haciendo así la guerra ménos frecuente y más breve. No nos extrañará que haya quien nos tome por homeópatas militares, que escribimos sobre nuestras recetas el consabido *similia similibus curantur*. Aunque la ocurrencia sea feliz, está muy léjos de ser exacta: por otra parte, de lo dicho anteriormente se desprende (y aclaraciones posteriores vendrán á corroborarlo) que, segun nuestras convicciones, toda

nacion que da á sus ciudadanos una educacion civil y militar completa, se halla preparada siempre para elevar al máximun sus fuerzas militares útiles; que esta nacion no será provocada tan fácilmente como otra desprevenida; que caso de ser provocada, podrá medir y pesar las cosas con la calma que le inspira la conciencia de su fuerza; que, por último, si la guerra se hace inevitable y estalla, todos los miembros de la nacion, formen ó no parte del ejército, pueden contribuir inteligente y poderosamente al feliz éxito de la campaña, como partes dispuestas de un todo, no como instrumentos falsos, indiferentes ó inertes (1).

(1) De pluma autorizada y española vamos á citar un párrafo en corroboracion de estas ideas: «Si se acepta con el inglés Hobbes y el francés Proudhon que la *guerra* es el estado primordial del género humano, ó con el español Villamartin, que no es un hecho social, sino natural, una condicion fisiológica del hombre; ó en fin, que el estado de paz es un simple armisticio, inútiles parecen, por lo cándidos, los esfuerzos para evitarla ó suprimirla, ya provengan de la buena intencion del abate Saint-Pierre, ya de la gárrula inquietud, del afan de singularidad y paradoja del inagotable Emile de Girardin. Parece más práctico, léjos de apartar la vista de los pueblos, como si fueran niños ó mujeres nerviosas, la imágen, el recuerdo, el estudio de la *guerra*; hacerla entrar, por el contrario, en las ideas y en los hábitos; dejarla discutir en los comicios y asambleas; popularizar sus prácticas, sus ejercicios, su fácil teoria y tecnicismo. Nada per-

16. En los capítulos siguientes vamos á investigar, partiendo de los diversos puntos de vista indicados, el tanto y el cómo de lo que pueden servir de preparacion á la guerra la escuela y la educacion en general, y el modo de que aquellas formen parte integrante del sistema militar de un país.

Al efecto, necesitamos empezar considerando las cosas bajo tres puntos de vista, á saber:

Científicamente.—Todo lo que se relaciona con la inteligencia y el entendimiento.

Moralmente. — La educacion del carácter.

Corporalmente.— La educacion física ó corporal.

Téngase entendido que al reclamar el derecho de que la ciencia ilumine un objeto por el prisma que nos conviene, no pretendemos romper las relaciones naturales de las cosas entre sí; por el contrario, y á medida que avancemos en esta vía, iremos abarcando el conjunto en grande escala.

Aceptamos la separacion que existe en las escuelas militar y civil; pero creemos que se reconocerá de buen grado que en la escuela civil

deria en ello el ESTADO MILITAR, y mucho ganaria el civil, etc.
(Diccionario Militar de D. José Almirante.—Guerra, pág. 580.)

(N. DEL T.)



la instruccion militar no hace más que seguir á aquella, del mismo modo que en la escuela militar la educacion no sólo depende, sino que supone una instruccion civil preparatoria.

Cuando entremos en el fondo de la cuestion nos será más fácil reconocer estas relaciones, que ahora tal vez aparecen oscuras. Veremos entónces que la escuela es la preparacion á la vida práctica del individuo en pro del interés general, y habremos de confesar que si aquella se establece convenientemente, puede llegar á ser manantial de nuevas organizaciones militares, que respondan en un todo á los diversos fines expuestos.

SEGUNDA PARTE.

DESARROLLO DE LAS MATERIAS CONTENIDAS
EN LA CIENCIA DE LA GUERRA, SEGUN EL
CONCEPTO DE LA GUERRA.

I.

Introduccion general.

1. Se entiende por *ciencia de la guerra* el conjunto de los conocimientos que se relacionan con la guerra.

Llamaremos *ciencias militares* á los diversos ramos que constituyen la ciencia de la guerra.

2. Desde los más remotos tiempos hasta el dia, se han hecho sérios trabajos para determinar los verdaderos límites del campo de esta ciencia y fijar exactamente sus divisiones; pero los esfuerzos empleados al efecto, no han conducido á una solucion satisfactoria.

¿Cuáles son las causas de esta dificultad?

Quiénes pretenden restringir la ciencia de la guerra imponiéndole límites mucho más estrechos que los que demanda su natural modo de

ser, combinado con la vida real de las sociedades. Quiénes se lanzan á formar una clasificacion completamente racional de aquella con un metodismo particular, por el cual sus diversos ramos deben ser estudiados en centros especiales.

3. Este último sistema seria de verdadera importancia práctica, pero siempre que se establezca la division racional, desdeñando por el pronto la aplicacion especial de las materias, pues tiempo será más tarde de señalar la clase de escuela donde deba enseñarse tal ó cual parte de la ciencia de la guerra y el órden y método de procedimiento.

Vamos á tratar de establecer los principios fundamentales, segun nuestro criterio, siguiendo la vía desde la cual se descubra más dilatado horizonte.

4. La clasificacion racional de la ciencia de la guerra, sólo puede descansar sobre estas bases: 1.^a La guerra es una funcion de la humanidad. 2.^a La guerra es la lucha acompasada y metódica de dos partidos que, con ayuda de fuerzas organizadas en milicia, se encaminan á un fin político.

Segun esta definicion, que nos parece general y en armonía con los caracteres de la guerra, se hace preciso:

1.^o Que la guerra tenga un objeto.

2.º Que los medios empleados sean suficientes para alcanzar el objeto de la guerra.

3.º Que estos medios se utilicen en las condiciones de tiempo y espacio que reclama toda acción humana.

Y 4.º Que se combinen diestramente el objeto, los medios y las demás condiciones primordiales, de manera que se logre el fin que la guerra se propone.

Consecuencia de estas bases: La ciencia de la guerra y las ciencias militares, se dividen en cuatro grupos de conocimientos, que titularemos como sigue:

- 1.º *Objeto de la guerra.*
- 2.º *Medios de hacer la guerra.*
- 3.º *Cuestiones de TIEMPO y ESPACIO que se relacionen con la guerra.*

Y 4.º *Desarrollo sobre el terreno de los medios de que se dispone en combinación con el espacio y el tiempo, y sin perder de vista el objeto de la guerra.*

Examinemos cada una de estas partes.

II.

Política de la guerra.

5. Al hacer la definición de la guerra, hemos dicho: *«la guerra es la lucha acompasada y metódica de dos partidos que, con ayuda de fuerzas organizadas en milicia, se encaminan á un fin político.»*

De intento hemos dado á esta definición un carácter muy general, pues de lo contrario no podrian entrar en ella las guerras civiles. Esto no obstante, en el curso de nuestros estudios podemos reemplazar la palabra *partidos* por Estados ó naciones. Verdad es que todo partido político que lucha, trata de constituirse á la mayor brevedad posible en Estado particular.

Ahora bien: cuando dos Estados se colocan en abierta oposicion á título de partidos que buscan un fin político, claro está que sus miras son contradictorias, y que esta contradiccion engendra y hace estallar la guerra.

¿Y cuáles son y por qué existen estos fines contradictorios?

La noción misma del Estado nos lo indica.

6. No se puede concebir un Estado sin estos tres elementos:

1.º Un territorio formado por una parte de la superficie terrestre.

2.º Un pueblo que vive sobre este territorio.

Y 3.º Un trabajo comun á este pueblo, esto es una *mision*, segun la frase moderna. La comunidad de este trabajo se revela en el gobierno, al paso que éste obra sobre las tendencias del pueblo y les imprime su direccion. Además, la mision de un Estado puede ser natural y propia, ó artificial, segun la situacion del mundo que le rodea y las relaciones que le ligan con aquél; pero esto no hace al caso, una vez declarada la guerra. Los elementos constitutivos de un Estado, tal como quedan expuestos, desenvuelven para nuestro objeto la siguiente série de causas de guerra:

1.º El Estado se siente falto de territorio y desea extenderse, ya porque su poblacion se ha multiplicado desmesuradamente, ya porque la extension ó naturaleza de su superficie no basta al trabajo de la industria y el comercio desarrollados en grande escala. Por último, el Estado se halla circunscrito entre otros vecinos: no tiene mares, y pretende el dominio de una parte

de aquellos para dar mayor vuelo y libertad de accion á sus relaciones comerciales.

2.º El Estado se encuentra falto de poblacion; el pequeño número de aquella ó sus costumbres, y tal vez las dos causas á un tiempo, no son suficientes á sostener la vida del Estado. Una inmigracion se hace necesaria. En la época actual suponemos que esta inmigracion no deberá tener lugar por medio de la fuerza, si bien es cierto que en tiempos no muy lejanos algunas naciones, hoy florecientes, han hecho la guerra con el único objeto de proveer de esclavos ó mujeres á su exigua ó estéril poblacion (1).

3.º Las dos situaciones arriba indicadas establecen una notable falta de armonía entre el territorio y la poblacion, y siendo en su conjunto demasiado débil para proteger y fomentar la vida de la paz, se ve imposibilitado de cumplir la mision que cree le corresponde en el mundo.

El Estado ve al lado suyo otras nacionalidades que adolecen de su misma debilidad, y como aquellos á su vez tienen conciencia de su situacion y la misma necesidad de fuerzas, puede suceder que se entiendan entre sí y lleguen

(1) *Skavenraubkriege und Weiberraubkriege geführt haben*, que traducido al pié de la letra significa con enérgica frase: *Han hecho guerra de robo de esclavos y guerra de robo de mujeres.* (N. del T.)

á una pacífica fusion. Pero si las miras particulares de cada uno difieren en su esencia, entónces el Estado que se siente más necesitado ó deseoso de acrecer las fuerzas suele ser el que provoca y emprende la guerra. Tambien puede suceder que la constitucion y las leyes de un país no correspondan á la índole y necesidades de la poblacion; que los gobiernos existentes ó los partidos que ocupan el poder no dirijan el timon del Estado con el espíritu que aquél necesita ó merece, y de aquí resulta que el pueblo ó un partido determinado, no pudiendo lograr sus aspiraciones por la vía pacífica, toma las armas y emprende la guerra civil. Y esta série habrá de ser aumentada por el caso en que el estado de division que afectan los elementos políticos del país, por males ó vicios inveterados que dan paso á una exagerada ambicion de aquellos, mantiene una perpétua semilla de descontento y agitacion, que se traduce, por fin, en guerras civiles.

4.º Si en los casos que preceden, la guerra nace de necesidades positivas, á que cree tener derecho una nacion, las demas naciones se ven arrastradas tambien á la guerra, porque no reconocen la legitimidad de aquellas necesidades, ó no quieren suscribir á ellas.

Tales son las causas principales que sentamos como gérmenes de guerra.

7. Políticamente hablando, el Estado que declara necesidades y fines concretos decide una guerra ofensiva: aquel que no reconoce tales derechos ó razones, y se opone á ellas, entabla una guerra defensiva.

8. En todos tiempos y lugares la guerra ha recibido el apóstrofe de calamidad, de azote por excelencia, y esta calificacion es exacta, aunque no se atienda más que á los medios que en ella se emplean. Tambien se ha dicho que las guerras no satisfacen ni satisfarán jamás los fines á que se dirigen: este punto ya exigiria una profunda discusion, y en verdad que, de ser positivo, el mal de la guerra sería horrible, no tendria para la humanidad consuelo alguno desde el momento que se comprendiese la esterilidad de tanta sangre vertida, la inutilidad de tantos dolores causados, de tantas lágrimas arrancadas á millares de inocentes corazones.

Pero de cualquier modo que sea, y áun admitiendo que las luchas de la humanidad, tarde ó temprano, produzcan un fruto, siempre permanecerá en pié el principio de que la guerra es un mal, y que debemos procurar alejarlo de nosotros miéntras no se haga inevitable para remediar mayores desdichas.

Generalmente hablando, todo Estado que se ve amenazado de una guerra, procura satisfacer aquella necesidad, ó por lo ménos, trata de ha-

cer ver que desea evitar el compromiso por las vías pacíficas.

Tales son los preludios de la guerra; tentativas de negociaciones sobre el objeto y causa del litigio.

En estas negociaciones las dos partes deben de buena fe procurar que se evite la guerra.

Para alcanzar el objeto que se persigue, las dos partes necesitan entenderse, ya directa, ya indirectamente. En el primer caso, cada nacion suele estar representada por un cierto número de personas notables; pero se corre el peligro de que, irritados unos contra otros por el espíritu de nacionalidad, pierdan el tiempo sin llegar á un acomodo, ó agraven más y más la situacion de los litigantes. En este caso se hace precisa la intervencion de un mediador, de un árbitro, ó como si dijéramos, un juez de paz en el verdadero sentido de la palabra. Y como los querellantes son nada ménos que dos Estados, sólo á otro Estado corresponde las funciones de juez.

Si los dos partidos hostiles se hallan de acuerdo sobre la eleccion del mediador, se puede esperar que la guerra será conjurada; pero si esta armonía no tiene lugar, entónces cada uno elige su árbitro y estos dos se conciertan para escoger un tercero.

Asimismo, cuando varios Estados forman una alianza más ó ménos real y sólida, si llega

el caso de que dos de aquellos se declaran hostiles, los demas se reunen para tener una conferencia y pronunciar un fallo sea ó no viable.

9. Pertenecen á esta clase los Congresos europeos que sólo difieren entre sí por las formalidades á que se sujetan. En dichos Congresos ó conferencias acontece que cada uno de los querellantes procura influir en el ánimo de los Consejos para recabar en su favor las mayores ventajas del juicio ó sentencia que deba pronunciarse. Convencidas, no obstante, las partes de que á pesar de las negociaciones la guerra puede estallar, procuran desde el principio atraerse aliados importantes ó mantener por lo ménos en la neutralidad aquellos cuya actitud hostil pudiera perjudicarles.

Esta parte de los preludios de la guerra es de grande interés en el porvenir de los acontecimientos y muy particularmente para la nacion que, fingiendo negociar la paz, sólo desea la guerra y en las mejores condiciones. Dividir y dislocar los muchos enemigos que pudieran atacarle; ganarse aliados y arrebatarlos al contrario, son puntos capitales que deben desarrollarse con gran cuidado y en atencion al objeto y fin de la guerra.

De mucha importancia es también, sobre todo en los tiempos presentes, que un Estado en vísperas de guerra, cuente con la opinion pública

en su favor, pues ella imprime al Gobierno una fuerza moral que le permite obrar con mayor energía, ayudado de los recursos que espontáneamente pone el país á su disposicion. Y sabido es que un Estado tiene muchos medios para ganarse la opinion pública, ejerciendo una política franca, manteniendo desahogado el tesoro, procurando ejercer influencia sobre la prensa, la cual debe sostener polémicas incesantes, pero moderadas y desprovistas de encono; y por último, y sobre todo, alcanzando ventajas en los campos de batalla, pues este argumento influye poderosamente en los sentimientos del pueblo entero.

10. Si las negociaciones de paz no llegan á un resultado positivo, la guerra, sin embargo, no estalla inmediatamente: por lo regular se pasa á un período de transicion. Despues empiezan los preparativos ostensibles; esto es, los que se hacen á la faz del mundo, pues ya desde muy atrás se vienen haciendo á la *sordina*. Los preparativos declarados constituyen ya las amenazas: y suele suceder que estos actos de desarrollo de fuerzas intimidan al más débil, que entónces se entrega á las reflexiones, pesa las circunstancias y concluye por ceder á última hora.

Pero estas demostraciones, en general, dan el grito de guerra: recordamos que con motivo

de las que se hacian poco ántes de la de Crimea, lord Clarendon pronunció estas palabras: *Están precipitando la guerra.*

Pertenecen y entran ya en el órden de estas manifestaciones hostiles la movilizacion y concentracion de tropas, los pasaportes dados al embajador del país enemigo, la retirada del que representa en aquél, la llamada de las reservas y milicias sujetas al servicio militar en casos extraordinarios, y por último, todas aquellas que dañan directamente al comercio del enemigo como la prohibicion de exportar caballos, armas, material de guerra, etc., etc.

Trascurrido el período de las demostraciones belicosas, el Estado entra en la verdadera provocacion de guerra, ora por medio de una declaracion formal hecha al adversario, ora en forma de notas diplomáticas á las demas potencias, ora, en fin, dirigiendo un manifiesto á la nacion.

11. Por último la guerra estalla. Hasta este momento la accion ha sido puramente política ó diplomática; pero desde este momento no puede ya dar un paso sin la intervencion de condiciones militares, particularmente las que se relacionan con los recursos de toda especie necesarios para hacer la guerra. Y ahora preguntamos: ¿Cesa la accion política con la explosion de la guerra?

Cesa, y esto es lo más racional cuando la política ha traído, previsto y preparado la guerra con las más favorables condiciones, pues una vez que aquella ha determinado el fin y objeto, la fuerza, sola y única, debe ser la encargada de alcanzar el fin en cuestion.

No obstante, y teniendo en cuenta el enlace recíproco que debe existir entre la fuerza y la diplomacia, podremos sentar como axioma el siguiente principio: *la política debe permanecer entre bastidores durante la guerra, pero atenta al momento oportuno en que aquella alcance su objeto con el fin de recoger el resultado con todas sus consecuencias y procurar que éste sea definitivo y beneficioso al país.*

De manera, que durante la lucha la política activa debe hallarse pronta á entrar en escena, aún á riesgo de que se equivoque sobre la importancia de los resultados militares obtenidos, ó se precipite á entrar en accion ántes del momento oportuno.

12. Si examinamos el asunto en todos sus detalles, y sin pasion por el elemento combatiente, veremos sin género de duda, que cada acto de la tragedia militar produce un resultado militar parcial: si el resultado ha sido favorable, política ó diplomáticamente se puede sacar de él un gran partido, y por el contrario,

la misma diplomacia puede disfrazar un revés y prevenir y aminorar sus malas consecuencias.

Digamos, por lo tanto, que la política acompaña constantemente á la guerra, pues si en el hecho material no va con ella hasta la arena del combate, correspóndele de derecho y para bien del país, la importante mision de impedir las intervenciones perjudiciales de terceros en discordia, así como de provocar y atraer las intervenciones útiles.

Pero diremos más: diremos que en realidad tambien se traslada á los campos de batalla, al teatro de operaciones por lo ménos. Existiendo como existe un *derecho de gentes* en virtud de los lazos que á través y á pesar de la lucha une á los hombres como parte que son de la humanidad, será preciso hacer y respetar tratados y convenciones recíprocas de general á general, de soldado á soldado, de partido á partido.

Hé aquí por qué es preciso confiar á los generales en jefe plenos poderes políticos, sólo racionalmente limitados segun los casos. Y esto es tanto más necesario, cuanto que los resultados militares deben ser instantáneamente utilizados desde el punto de vista político, y conviene que la reparacion política de un revés militar no sufra retraso. En resúmen, la política es la constante compañera de la guerra, y es condicion



fundamental que así sea para que aquella marche sobre el más recto y seguro camino.

13. Entramos en el período final: llega el momento de concertar la paz con buenas ó malas condiciones. Generalmente se hace un armisticio ó suspensión de hostilidades, durante y al amparo del cual se entabla el tratado de paz. Ya el armisticio es por sí mismo una paz preliminar: á ésta siguen las negociaciones ulteriores y todo se termina por una paz definitiva, tanto más favorable al vencedor, cuanto mejor ha sabido preparar y manejar los preliminares. ¡Cuántas veces las condiciones y formas de la paz constituyen el gérmen de una nueva guerra!

14. El exámen hecho sobre el objeto de la guerra nos conduce á considerar como rama principal de la *ciencia de la guerra* lo que llamaremos *política de la guerra*, la cual á su vez se subdivide de la manera siguiente:

I. Causas y fines de la guerra.

II. Negociaciones relativas al litigio entre dos Estados ó dos partidos políticos, y que pueden ser causa de guerra. Este capítulo abarca las alianzas de una y otra parte.

III. Paso del estado de paz al de guerra.

IV. La política considerada como fiel acólito de la guerra: uso y empleo del derecho de gentes en la guerra.

V. Tratados de paz.

En resúmen, la política de la guerra es una parte integrante del arte de la guerra, así como de la ciencia llamada hasta aquí *política ó ciencia de las naciones*, aunque en un sentido más estrecho. Por desgracia, aquella se ha quedado casi siempre al umbral de la guerra en vez de seguir sus pasos y trabajar por ella con utilidad.

Ultimamente, la política de la guerra une con tan estrecho lazo la paz y la guerra, que no abrigamos la menor duda sobre la necesidad de su compenetracion recíproca si se desea que las guerras sean coronadas por paces provechosas y que la paz no se convierta en nueva guerra por fútiles y vanos pretextos.

III.

Estudio de los medios.

15. Fija ya y decretada la resolución de hacer la guerra, para realizar los proyectos que encierra, para pasar á su ejecución material, son necesarios ciertos medios intelectuales y materiales: esta necesidad alcanza á las dos partes beligerantes.

Partamos del supuesto que cada nación sólo emplea los recursos con que cuenta en su seno. Estos recursos son: los hombres en primer término, los productos animados é inanimados de su suelo, y por fin los productos resultantes del trabajo humano sobre dicho suelo.

16. Los hombres son en absoluto un indispensable elemento para la guerra, independientemente de otro alguno, pues el pensamiento de la guerra no puede ser desarrollado y ejecutado sino por fuerzas inteligentes, de las cua-

les sólo el hombre tiene la perfecta posesion.

17. Aparece á primera vista que aquel de los dos contendientes que formuló pretensiones ó derechos positivos; esto es, el agresor debe hacer lo posible por quebrantar la energía de su adversario. En cuanto á sus recursos materiales serán con poca diferencia los mismos del enemigo.

Y como el agresor multiplicará sus recursos en proporcion suficiente para sobrepujar los de aquél, éste á su vez necesitará tambien aumentar los suyos de modo á ponerse á nivel ó acusar marcada superioridad.

De aquí la tendencia recíproca de debilitar las fuerzas del contrario ántes de la lucha y aún durante la misma. Mas como el uso que inmediatamente va á hacerse de las fuerzas militares ha de consumir y deteriorar parte de aquellas, cada partido beligerante debe estar atento á conservarlas y reponerlas sin dificultades. Las consideraciones relativas á dicha conservacion son variables segun y con arreglo á las pérdidas que sufran las del enemigo y al mayor ó menor grado de riqueza y abundancia de cada país.

18. Cuando un Estado emplea sólo sus recursos propios para organizar las fuerzas militares, lo hace en el uso de sus facultades, y seguramente que no puede emplear más que

los que posee. Acontece, no obstante, que de dos Estados absolutamente iguales en fuerzas uno de ellos, merced á su talento y organizaciones especiales, presenta un ejército superior en número al de su contrario.

19. Siempre que una nacion pretende reunir mayor número de fuerzas militares que las que sus medios le permiten, se ve obligada á recurrir á los banqueros del país ó al extranjero, salvo el caso en que la misma guerra le procure una parte de los recursos de su adversario. Antes de la guerra puede adquirirlos por medio de alianzas con una ó más naciones; tambien procura hacerlas, usando de una hábil política, con un partido de descontentos en el propio seno del país enemigo: puede, en fin, poner á su servicio la prensa que en estos casos suele ser de grande utilidad. En las alianzas con las demas naciones acaso recibe socorros de toda especie ó en un solo sentido, por ejemplo: tropas, dinero, material, provisiones de boca ó de guerra, etc. El Estado tiene costas, pero carece de flota; necesita la flota de un tercero, y corre de su cuenta el sostenimiento de ella: en resumen, estos convenios pueden ser de muy diversa naturaleza, si bien en todos ellos se compensan los servicios que presta el uno con el provecho que recoge el otro.

Por aquí vemos, sin género de duda, que las

alianzas constituyen un capítulo muy importante de la política de la guerra.

20. Y continuemos. El agresor, con el fin de conseguir su objeto, enviará sobre el territorio enemigo tropas en número considerable, destinadas, no solamente á combatir al adversario, sí que tambien á debilitarlo, privándole de los recursos que pudiera proporcionarle el territorio en que opera. Pero este es un medio extraordinario que no siempre surtirá el efecto apetecido, y en el cual suelen cometerse desmanes y atropellos de todo género, que si no son disculpables ante el sentido de la humanidad y el respeto al derecho de gentes, son, por desgracia, con harta frecuencia repetidos y casi siempre inevitables.

21. Pero el elemento principal de un ejército es el hombre, y es tan imposible prescindir de este elemento, que si se concibiere la formacion de un ejército de máquinas, sólo sería con otro ejército de hombres para su servicio. El ejército, por lo tanto se compone de hombres; todo lo demas es un agregado, un complemento que le dispone á cumplir mejor su especial objeto.

22. Aquí se nos presenta la primera cuestion: reglas fundamentales para crear un ejército. De ellas se desprenden como corolarios los dos problemas siguientes: ¿Reclutará el Estado los hombres para el ejército entre sus propios ciudadanos ó entre los de otras naciones? ¿En qué pro-

porcion y formas llevará á cabo esta operacion?

23. Sin sentirlo nos vemos envueltos en otra cuestion capital que atañe al derecho político. Hé aquí los puntos principales que es preciso resolver. ¿Cuál es la situacion legal de cada ciudadano en el Estado y para con el Estado?

Dado el interés vital que en el Estado tiene la formacion de los ejércitos, ¿debe el ciudadano estar sujeto al servicio en tiempo de guerra, ó más por extenso, al servicio militar en todo tiempo?

¿Convendria rechazar la base de este sistema, abandonando la formacion del ejército á la suerte de los enganches voluntarios?

Supuesta la necesidad de imponer á los ciudadanos la obligacion del servicio militar, ¿cuáles son los que deben y pueden estar sometidos á él por razones de humanidad y de conveniencia, segun los sexos, edades, etc.?

¿Qué límites de tiempo y espacio abarcará esta obligacion?

¿El servicio deberá ser limitado ó ilimitado?

¿Bajo qué reglas se limitará?

24. Estas cuestiones nos conducirian á las más profundas disertaciones filosóficas. Tendríamos que deslindar, distinguir y estudiar los diversos sistemas de milicia. El primero y más importante resultado de nuestras investigaciones, sería el reconocer sin género de duda, que

la creacion de los ejércitos no es tarea para emprendida cada vez que estalla una guerra y en razon de las exigencias de la misma. Nó. El ejército es la consecuencia de la situacion de las naciones; es el resultado de una idea política que vive y se agita en interés de la conservacion y grandeza de aquellas; es en una palabra, una institucion activa que obra perpétuamente.

Llegados á este punto, nuestro horizonte se concreta, pero al propio tiempo se extiende.

25. En primer lugar, el agresor no puede alcanzar el objeto que se propone, sino invadiendo el territorio enemigo, con un ejército regular y completo: lo contrario sucede al que es atacado. Tambien éste tiene necesidad de concentrar sus fuerzas, pues si adopta el sistema de diseminarlas se presentaria inferior y débil en cualquier punto de su línea, ante las numerosas y fuertes masas del invasor. Pero en cambio puede utilizar en defensa de la zona invadida todas las fuerzas de que dispone el país; esto es, que el atacado está en condiciones de hacer uso de sus tropas locales, lo cual es imposible para el agresor.

Aquí aparece una marcada diferencia en la forma y modo del servicio militar, y nos vemos precisados á establecer una distincion entre el ejército activo y las tropas locales, al ménos por lo que respecta á la defensiva.

De donde resultan las siguientes cuestiones: ¿Qué importancia puede tener para el Estado agresor la distincion arriba establecida? ¿En qué proporcion empleará el agresor sus tropas locales?

26. Ahora bien: poseemos las tropas; están reunidas y hay que organizarlas en la forma más conveniente á su mejor empleo. Para ello podemos partir de muy diversos puntos.

La primera necesidad que salta á la vista es la de proveer al ejército de instrumentos destinados á dañar al enemigo, los cuales se llaman generalmente *armas*, y con más exactitud y precision, *armas ofensivas*.

27. El conocimiento de las armas constituye por sí sólo una ciencia propia, que es á la vez auxiliar de la ciencia militar y un ramo de la mecánica. Podemos titularla *ciencia de las armas*. Su estudio comprende la descripcion y empleo de las armas de uso actual. Estas son más ó ménos debidas á la casualidad. El más atrevido historiador se veria muy embarazado para sentar *a priori* cómo y en qué progresion, á partir de los siglos xiv ó xv, empezó la pólvora á ser el principal medio balístico para las armas de largo alcance. Hé aquí por qué importa mucho que la historia acompañe siempre á los estudios militares. Puede dividirse la ciencia de las armas en varias secciones. Separada-

mente las armas de fuego portátiles, las de artillería y las blancas; las que sirven en tierra y las de mar, á bordo de los buques; en fin, las móviles y las de posicion.

Al tratar de las armas de largo alcance, deben examinarse los proyectiles, las municiones en todas sus partes; sin cuyo estudio no serian inteligibles los principios y reglas que presiden á la construccion de estas máquinas de guerra. Conviene saber tambien cómo se conservan, entretienen y trasportan las armas con todos los accesorios que las acompañan. Por último, no debe olvidarse como punto capital el conveniente empleo que de ellas se hace en todos los casos.

Al estudio de las armas se enlazan como ciencias complementarias ó como arranques del mismo tronco, la balística para las armas de fuego, la esgrima para las armas blancas, el conocimiento del caballo, no sólo como medio de transporte, sino porque viene á ser tambien una especie de arma; la teoría y reglas sobre transportes en carros y buques; y por último, la equitacion y manejo de carruajes.

Mientras las armas ofensivas son los medios más eficaces para causar daños al enemigo, las armas defensivas sirven de proteccion contra los ataques de aquellas.

Tambien éstas forman capítulo aparte segun

su clase y condiciones, pues hay que distinguir las que sirven para la defensa del soldado aislado, y las que convienen para proteger una masa de tropas cualquiera. Esto nos lleva al conocimiento completo de las fortificaciones, que no son mas que armas defensivas de una parte más ó ménos numerosa de un ejército, así como á los buques de guerra, que tienen igual fin aunque sobre otro elemento.

28. Insensiblemente hemos llegado á la causa principal de la division de los ejércitos en diferentes tropas, que toman el nombre de armas; lo mismo sucede con respecto á las flotas.

Tendremos por lo tanto que examinar la accion comun de un cierto número de soldados, armados de la misma manera, ó sean tropas de armas diferentes entre sí; como consecuencia, deberemos estudiar la más conveniente reunion de estas diversas partes, y la mejor distribucion de ellas dentro del conjunto. Por este camino hemos llegado al arte que trata de la formacion de las tropas en particular, y al arte de la táctica en general.

29. Pero los instrumentos destructores llamados armas ofensivas, no constituyen todo el material de los ejércitos, ni todo el equipo del soldado. Y como la concepcion y progreso de aquellas inspira y estimula el desarrollo de las defensivas, tambien éstas abarcan mayor hori-

zonte. En efecto, el soldado necesita algo más que la protección contra los medios ofensivos del soldado enemigo; en cuanto hombre, está sujeto á todas las necesidades y flaquezas de la naturaleza humana y á todos los agentes perniciosos de los elementos. No podemos considerarle como una máquina inconsciente, destinada á ejecutar un trabajo determinado, sino como un sér á quien por interés y por humanidad debemos cuidar y mantener con exquisito celo para la mejor conservación de su vida.

30. Primeramente, el soldado tiene necesidad de ser protegido contra la acción de la intemperie, y esto de dos maneras: con los vestidos para su cuerpo, y con ciertos abrigos ó construcciones bajo las cuales pueda descansar, reparar sus fuerzas y librarse de ciertas incomodidades exteriores, pues de lo contrario un ejército quedaria destruido ántes de probar sus fuerzas contra el enemigo.

Viene en seguida la alimentación del soldado, lo cual acusa condiciones especiales, diferentes de la que necesita el hombre de profesion sedentaria.

Expuestas las tropas á muchas enfermedades y accidentes físicos, el remedio y curación de males y heridas exige un servicio especial de sanidad muy distinto del que rige para el estado civil.

El soldado está sujeto á las faltas y delitos comunes á todo hombre, y ademas á las que son de índole militar, en virtud de la esencia y espíritu del ejército; esto demanda la organizacion de un servicio especial de justicia militar. Por último, no pueden echarse en olvido los sentimientos religiosos del soldado, que es preciso alimentar y sostener en medio de los grandes peligros y continuos sacrificios á que aquél se halla expuesto; lo cual reclama tambien la existencia de un servicio religioso en los cuerpos de tropas, ó de un Clero Castrense para las mismas.

Todos los cuidados y atenciones que reclaman las necesidades del soldado, sean puramente humanas ó más bien militares, inspiran la idea de la creacion de órganos particulares *administrativos* encargados de aquella mision, pues el soldado no podria hacerlo por sí mismo. Estos órganos administrativos pueden ser individuos aislados ó constituir una corporacion. De cualquier modo que sea (y creemos preferible lo segundo), la accion consiguiente á cada uno de aquellos extremos exige conocimientos especiales, que constituyen la enseñanza de la Administracion militar, dividida en varios ramos, como alimentacion de las tropas, servicio sanitario, etc.

Las necesidades *administrativas* de las tro-

pas nos indican tambien la idea de la division y subdivision de éstas, pues es evidente que cada parte y cada individuo del cuerpo administrativo sólo puede obrar sobre un número determinado de soldados, en virtud de que la actividad del hombre tiene sus límites naturales.

No obstante, y atendiendo á los fines especiales de todo ejército, veremos que la necesidad de su division descansa en exigencias de otra índole, como, por ejemplo, la de poner en movimiento las masas con arreglo á un plan preconcebido, y en el tiempo y espacio determinados y requeridos por las circunstancias de las operaciones. Resulta de aquí que la base fundamental de la buena direccion del ejército estriba en el mando con todos sus detalles y accidentes.

Así, pues, la division de las tropas responde á dos fines: satisfacer convenientemente sus necesidades, y emplearlas con el mejor éxito en razon del objeto que se proponen. Ambas consideraciones deben amalgamarse, completándose la una por la otra: cada una por sí sola no satisfaria el fin indicado.

Considerando el útil empleo que se debe dar al ejército, parece que su division depende de la táctica; pero ésta no es otra cosa que el conjunto de las disposiciones que conviene adoptar para que los diferentes cuerpos, brigadas, divisiones, en que se distribuyen las tropas, ejecuten mejor

y más desembarazadamente los trabajos que les son peculiares, como marchas, campamentos y combates.

32. En consecuencia de cuanto precede, la teoría de los *medios* militares puede dividirse en la forma siguiente:

I. La organizacion en cuanto se refiere á la division de las tropas y á los órganos que deben funcionar en cada cuerpo para satisfacer sus necesidades en armonía con el fin que se persigue.

II. La administracion de las tropas en su más lato sentido, comprendiendo la creacion y entretenimiento del material de todas clases.

33. Todas las ciencias, en mayor ó menor proporcion, vienen en ayuda de los *medios* necesarios para hacer la guerra. La teología, la medicina, la política en toda su extension, como derecho natural, derecho de gentes y político; la economía política; la estadística; la jurisprudencia; las matemáticas, indispensables en ciertas cuestiones; la historia natural de los tres reinos, como auxiliar de segundo orden en la guerra; la física y la química; en una palabra, todos los ramos del saber humano asisten directa ó reflejamente al concurso de las fuerzas necesarias para la grande obra de los combates.

34. El exámen de los *medios* nos da la pauta de la clase de conocimientos militares que de-



bemos tratar en su primera y más grande subdivisión; son á saber:

- I. La organizacion.
- II. La administracion.
- III. Las armas.
- IV. La táctica.

35. En la legislacion de todo Estado bien ordenado deben figurar estos preceptos, del mismo modo que las ordenanzas y reglamentos concernientes á las instituciones armadas del país.

IV.

Tiempo y espacio.

36. La guerra, como todos los actos humanos, se cumple dentro de un tiempo y espacio determinados.

No se trata de los espacios infinitos, inabarcables al hombre. Hemos de limitarnos á los que abarcan y miden los instrumentos astronómicos, así llamados porque la observacion de los movimientos de los astros con respecto á la tierra, que aparece como un punto en el espacio, ha dado gérmen á la ciencia conocida con el nombre de astronomía: esta ciencia reúne y estudia el espacio y el tiempo en la esfera celeste.

Pero descendiendo á la tierra, considerada como el vasto edificio que habitamos en medio de los espacios, al examinarla nos hallamos de frente con la geografía, la cual nos la muestra

con todos sus diversos caractéres y con todas las sustancias que constituyen la parte que alcanzamos de su seno, y su suelo más especialmente, distinguiendo las partes sólidas y líquidas, las cóncavas y convexas, ó entrantes y salientes, y por último, las diferencias de temperatura que aquellas acusan. La geología y la geognosia, con todas sus ramas, son los grandes auxiliares de la geografía.

37. Pero concretando al punto de vista militar nuestras consideraciones sobre la superficie terrestre, su configuracion excita en nosotros un interés especial, que se convierte en un estudio á causa de la influencia que aquella ha ejercido siempre en los acontecimientos militares, determinando por sus accidentes naturales muchas veces el origen, y casi siempre la clase y condiciones de las guerras.

Hé aquí el estudio que se llama geografía militar.

Pero esta parte de la ciencia militar sólo puede darnos teorías generales; éstas dependen de las leyes que rigen para la direccion de la guerra, y necesitamos, por lo tanto, conocer estas leyes para deducir y sentar aquellas teorías.

38. El estudio del terreno nos invita primeramente á reconocerlo, y despues á trasladar su imágen, forma y accidentes al papel. De aquí se desprenden el arte de los reconocimientos

militares sobre una determinada zona, y el levantamiento de planos topográficos que, trazados en el papel, nos dan las cartas y planos militares.

39. Toda porcion de territorio estudiada desde el punto de vista militar presenta ciertas circunstancias, que son de capital interés para nuestro objeto.

Estas son:

Obstáculos al exámen visual, y por consiguiente, á los reconocimientos.

Obstáculos á la accion de las armas de fuego.

Obstáculos á la trasmision de las órdenes ó noticias, y á los movimientos de las tropas.

Obstáculos al entretenimiento y alimentacion de las tropas y á su proteccion contra los elementos.

Debemos estudiar cada uno de estos obstáculos, y no basta que los estudiemos con relacion á lo que nos concierne, sino tambien por lo que interesan á nuestro adversario: lo que para nosotros es un obstáculo puede ser una ventaja para el enemigo, y vice-versa.

40. Al examinar militarmente un distrito, no debemos mirar con indiferencia el estado de su cultivo, y esto es claro para cualquier observador. Los cultivos de las tierras constituyen la utilizacion del suelo con un fin puramente humano y pacífico. Pues bien; si el ciudadano uti-

liza el suelo de su distrito con objeto de satisfacer sus necesidades generales, ¿puede el soldado utilizarlo tambien en provecho de sus necesidades especiales en el órden militar?

Respondemos afirmativamente. El soldado puede y debe utilizar parcialmente el terreno con el fin de procurarse las ventajas que aquél le concede por naturaleza ó por arte, así como para oponer al enemigo obstáculos que redunden en provecho propio.

Y hé aquí que entramos en la ciencia del ingeniero, esto es, en el modo de emplear el terreno á los fines de la guerra. Esta ciencia se divide en dos ramos, á saber: fortificacion y medios de comunicacion: éstos á su vez son de diversa especie, segun su aplicacion, como, por ejemplo, caminos y vías militares, puentes, líneas telegráficas, etc.

Cada una de estas subdivisiones comprende dos puntos de vista, esto es: las reglas militares en general y la construccion. Esta última forma un estudio especial, que sólo se exige á un determinado número de militares, los ingenieros. Las primeras, por el contrario, deben ser conocidas de cuantos son llamados á mandar y dirigir tropas.

41. Las nociones militares que descansan sobre problemas de espacio se apoyan en las matemáticas y demas ciencias naturales desde el

momento que se considera y abarca en este espacio su contenido, el tiempo.

Desde el punto de vista militar no nos ocuparemos de la division del tiempo segun ciertas medidas determinadas y en porciones tomadas en su duracion infinita, porque esto se resuelve por cifras, y no tiene ningun interés al efecto. Lo interesante para los asuntos humanos, y por lo tanto para la guerra, es lo que se contiene en el tiempo.

42. Consideraremos este contenido bajo dos aspectos: Primeramente la alternativa del dia y de la noche, verificándose sobre la tierra con independencia de toda voluntad humana, y del mismo modo la sucesion de las estaciones. En segundo lugar, el tiempo abarca lo que llamamos la historia, hija legítima de la actividad de los hombres sobre la tierra. Y como se puede dividir la historia universal en tantas partes como son los múltiples caminos y fines de la actividad humana, resulta que contamos desde luego con una *historia militar* de la humanidad ó sea una *historia de la guerra*. Pues bien; no vacilamos en decir que la historia de la guerra ocupa el primer lugar en la historia del género humano. Esta verdad ha sido en parte oscurecida por la incuria ó parcialidad de los historiadores. El antagonismo existente entre el mundo civil y el militar, es la causa de que

aquellos coloquen la historia militar en un rincón y en el fondo de sus inmensos cuadros.

43. La historia militar puede dividirse en varias secciones según el juicio particular y los fines del historiador. Considerando, por ejemplo, un período histórico, habremos de recorrer su historia militar en general para descender luego á la descripción de las guerras particulares que aquel comprende; de allí pasaremos al estado de cada una de las instituciones de la milicia, las armas, las localidades, como determinadas fortalezas ó bien distritos enteros que hayan sido teatro de una sucesión de guerras; por último, terminaremos con la historia de ciertos cuerpos de tropas y con las de personajes célebres en la esfera militar.

44. Teniendo en cuenta que la guerra es un conjunto determinado de actos humanos, el exámen de estas combinaciones que han existido en un tiempo y que se continúan y continuarán en sucesivo enlace, presta un aspecto de vida latente á dicho conjunto.

Hé aquí por qué la historia tiene una importancia capital en la ciencia de la guerra á la que debe acompañar constantemente.

45. Como en todas las cosas reales, existe en las de la guerra una inevitable relación de tiempo y espacio. El exámen y cálculo de las relaciones de espacio y de tiempo constituyen una

ciencia propiamente militar llamada *Logística* (1), la cual, en cuanto se ocupa del cálculo, forma el núcleo científico del cuerpo de estado mayor. Esto, no obstante, es difícil reconocerla como una ciencia en el verdadero sentido de la palabra (2). Y esto es así, porque en realidad la logística, en el conjunto de las ciencias militares, sólo abarca lo que tiene una importancia capital para los estados mayores generales de los ejércitos, por lo cual no puede evitarse que afecte en muchos puntos la forma de un reglamento. Por lo demás, entra en el concierto de todos los ramos de las ciencias militares que son precisos é indispensables á ciertos órganos especiales de los ejércitos en acción.

(1) Voz griega introducida por Jomini y que significa *el arte de calcular*.

(2) «A las dificultades insuperables que por sí ofrece la exacta definición de *estrategia* y *táctica*, añade Jomini esta otra de la *logística*, explicando en diez y ocho párrafos nada ménos, las atenciones que comprende el nuevo ramo y que sin gran esfuerzo pudieran repartirse y clasificarse en los dos principales ó si se quiere en otros diez y ocho nuevos cada uno con su respectivo nombre griego.»

(Almirante.—*Diccionario Militar*.—LOGÍSTICA, pág. 763.)

(N. del T.)

V.

La direccion de la guerra.

46. Sobre las bases de los estudios hasta aquí desarrollados, se levanta la ciencia de la direccion de la guerra. (KRIEGFUHRUNG: *conduccion ó manejo de la guerra*) ó con mayor propiedad, la ciencia que trata del empleo de los recursos disponibles en circunstancias determinadas, y atendiendo á alcanzar un determinado fin político.

Con mayor razon se la podria llamar la *ciencia del mando* (FELDHERRNVISSENSCHAFT: *ciencia del general en jefe ó maestro de campo*) ó bien usando una palabra griega, la *estrategia* (1).

Esta se divide en dos partes principales: el *tratado de las operaciones* y el *tratado de los combates*.

(1) La estrategia es el arte de trazar un plan de campaña y dirigir un ejército, á grandes distancias algunas veces, sobre los puntos decisivos del teatro de la guerra.

El estudio de las operaciones enseña los grandes movimientos de las tropas sobre el teatro de la guerra, y asimismo la sucesion y enlace de los hechos de armas (efectivos ó posibles) al fin que se trata de alcanzar.

El estudio de los combates se ocupa en especial del encuentro y choque de los ejércitos sobre un espacio limitado, y de cada una de las acciones parciales pero decisivas por sí mismas y encadenadas al plan general de operaciones.

47. Hé aquí los dos ramos que componen la estrategia. No obstante, y á pesar de las explicaciones terminantes de Xenofonte y tambien de Sócrates, se ha conocido siempre y se conoce todavía como ciencia de las operaciones la estrategia, y como ciencia de los combates, la táctica. Denominaciones son éstas que producen una gran confusion, de tal manera que los que tratando el asunto de buena fe se resisten á caer en el error, se ven condenados á emplear las palabras *estrategia* y *táctica* en un sentido falso, pero conformándose al uso con el fin de ser comprendidos.

48. A la verdad, la táctica no hace otra cosa que nutrirse de las demas ciencias militares de las cuales sólo toma la esencia, la quinta esencia, mejor dicho. Es en realidad la ciencia auxiliar más inmediata de la *direccion de la guerra*, y se divide en secciones que correspon-

den á los principales actos de aquella ó á su negacion. Estas secciones son: la *proegética* ó táctica de marcha; la *machética* ó táctica de combate y la *estratopedia* ó táctica de reposo. En estas tres divisiones se encierra el estudio de las formas ó modos de la guerra (Kriegsformenlehre) (1).

49. La estrategia, por efecto de las leyes ge-

(1) «La táctica es el arte de las posiciones. ¿De dónde viene ese empeño en darle el sentido absoluto de arte de las batallas? Si se quieren dar nombres griegos á las tres divisiones del arte del mando (estrategia) ¿qué inconveniente hay en aceptar los de *Machética*, *Proegética* y *Estratopedia* de las cuales ya se sirve en su táctica el general Brandt?

»La estrategia no ve más que el ejército en general.

»La táctica, que es el arte de las posiciones, tiene siempre á la vista un ejército con su equipo y armamento especial. Existe por lo tanto una táctica de las batallas, pero también existe una táctica del movimiento y otra del reposo; esto es, una táctica *machética*, una táctica *proegética* y una táctica *estratopédica*. La primera enseña á coordinar los elementos de una arma particular, de un cuerpo de tropas de esta arma y de un ejército para que dicha arma produzca todo su efecto, así como el orden en que se deben ejecutar los movimientos sobre el campo de batalla. La segunda enseña el arte de hacer marchar las tropas con la menor fatiga posible, con relacion á la velocidad, al objeto de la marcha y al paso al combate. La *estratopedia*, por último, es el arte de colocar las tropas en vivac, campamento ó cantones.»

—(Rustow. *El arte militar en el siglo XIX.*)

(N. del T.)

nerales que desarrolla, tiene una influencia directa sobre la táctica; pero como ésta contiene formas que le son especiales y que no admiten modificación, obra eficazmente á su vez sobre la estrategia.

50. El estudio de la direccion de la guerra (estrategia) comprenderá una primera parte para la guerra continental, otra parte para la guerra marítima y una tercera para las relaciones existentes entre las operaciones de guerra marítima y terrestre.

La política de la guerra y la direccion de ésta, auxiliadas por el exámen de los medios (fuerzas) y por el tiempo y el espacio son dos anchas bases, sobre las cuales todo plan de guerra debe descansar necesariamente.

TERCERA PARTE.

DESARROLLO DE LA CIENCIA DE LA GUERRA
COMO VÁSTAGO DE LAS CIENCIAS EN GENERAL.
CLASIFICACION DE LOS RAMOS PURAMENTE
MILITARES.

1. En los capítulos anteriores hemos tratado de desarrollar el cuadro de las ciencias militares dentro de la concepcion propia de la guerra, y hemos visto que aquellas tienen un íntimo enlace con todas las ciencias.

Sin la intencion preconcebida de llegar á semejante resultado, la fuerza misma de los hechos nos ha demostrado de un modo irrefutable que, miéntras la guerra no sea una cosa supérflua, permanecerá estrechamente ligada á los actos de la existencia humana; hemos visto tambien que representa solamente un aspecto de la vida de los pueblos; y por último, que exige y demanda en su auxilio todas las fuerzas vivas

de los mismos pueblos tan luego como estalla.

Quien quiera siga con atencion el curso de nuestros razonamientos, debe proponerse la pregunta siguiente:

¿Cómo ha sido posible, en el estado natural de las cosas, separar la *escuela de la guerra* (Kriegsschule) de la *escuela de la paz* (Friedenschule), ó sea las ciencias militares de las ciencias civiles? Que esta pregunta tenga ó no respuesta satisfactoria, siempre se dirá que semejante separacion es desgracia grande para la humanidad, y manantial de conflictos trágicos, como surgen siempre que se separan cosas estrechamente enlazadas: nos consolaremos, sin embargo, considerando que esta separacion sólo debe ser temporal, porque no es presumible que la humanidad entera sea culpable y desgraciada perpétuamente.

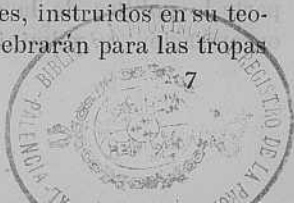
Y baste haber indicado la idea. Todo hombre sensato hará las deducciones que se desprenden de estos principios. Por nuestra parte, vamos á concretarnos á nuestro objeto, abordándolo fuera del dominio general de la ciencia. Vamos á tratar de establecer la tésis de que cada ciencia militar separadamente se liga á tal ó cual ciencia civil en general, y luego deduciremos de aquí lo que queda y pertenece en exclusivo á las ciencias puramente militares.

Estas pueden y deben descansar siempre so-

bre teoremas arrancados de las ciencias generales, lo cual no impide que aquellas puedan y deban ser tratadas por sí mismas con provechoso fruto.

El plan de enseñanza de las universidades y escuelas superiores de Alemania abarca el material de todas las ciencias. Sentado esto, sigamos para nuestro objeto la série de las facultades de aquellos centros de estudios.

2. *Teología*.—No existe, en verdad, una religion especial militar; no hay, por lo tanto, ni teología ni iglesia militar. Existen, sí, religiones, templos y teologías diversas, pero nada de esto con el dictado de militar. El soldado en este punto se mueve dentro de los elementos comunes al pueblo, porcion de pueblo, ó familia de que procede. Cierta es que el soldado (varon ó hembra) de Dahomey invoca los Fetiches de su pueblo, las serpientes y los cocodrilos de su idolatría, en tanto que el soldado civilizado de Europa dirige sus oraciones al Hacedor Supremo, al Grandé Espiritu (*Groszen Geist*) que dirige el universo. Cada Iglesia tiene sus sacerdotes, sus ministros, por lo tanto, algunos deben acompañar á los ejércitos en movimiento, si no ha de negárseles por completo la satisfaccion y el consuelo de sus necesidades religiosas. Estos sacerdotes militares, instruidos en su teología y en su Iglesia, celebrarán para las tropas



el culto en los casos, circunstancias y modos que marquen los reglamentos.

3. *Ciencias políticas*.—Susceptible seria de discusion el caso de si es ó no necesario en tiempo de paz someter las tropas á una justicia y código especial, distinto de la justicia civil.

Pero es indudable é incontrovertible que un ejército en movimiento ó en campaña, no puede existir sin un servicio especial de justicia puramente militar. Este servicio sólo puede ser desempeñado por un cuerpo de funcionarios jurídico-militares, los cuales como agentes del servicio de justicia, poseerán, además de los estudios generales de su profesion, la inteligencia completa y profunda del Código de justicia y del Enjuiciamiento militar. Dicho Código, aunque inspirado en las necesidades especiales del ejército debe arrancar directamente de las bases de la ciencia del derecho general.

4. Esta parte de las ciencias políticas, que se llama ciencia del derecho ó jurisprudencia, sólo para un limitado número de empleados militares presenta un sério y vivo interés. No sucede lo mismo á las ciencias políticas, propiamente dichas, tales como el derecho de gentes, el derecho público y el administrativo. Sobre estos principalmente se apoyan, por una parte la política de la guerra, y por otra, la organizacion y administracion militar. Así

pues, no vacilamos en decir, que los empleados militares ú oficiales que tienen y ejercen una accion directiva sobre las tropas, no en el sentido de las maniobras, sino en el de la administracion, y tanto los jefes de categoría, los auxiliares, así como los oficiales del cuerpo de Estado Mayor, sólo de un modo incompleto llenarán sus funciones, si no se hallan penetrados del espíritu de las ciencias políticas (*Staatswissenschaften*: ciencias del Estado).

La organizacion del cuerpo de Administracion militar, debe, por lo tanto, concebirse en un sentido científico, y no en la única base de voluminosos reglamentos que no bastan ni sirven en los casos críticos. Los dos últimos siglos nos proporcionan centenares de ejemplos de resultados deplorables producidos por la manía de reglamentarlo todo. En el principado de Reuss existe un reglamento para los *vigilantes nocturnos* ó serenos, el cual tiene nada ménos que *cuatrocientos* artículos: sin duda este *in folio*, gracias á la fuerza de la rutina, ha encontrado numerosos hermanos en los cuerpos administrativos de los ejércitos europeos más preponderantes, y, por desgracia, casi siempre en detrimento y perjuicio del soldado.

5. *Medicina*.—Tampoco existe una medicina especialmente militar; pero sobre las demas enfermedades propias á la humanidad y en cir-

cunstances normales, aparecen las heridas de guerra, cuyo conocimiento es muy importante para el médico militar, quien, por otra parte, se halla siempre en una situación excepcional. En tiempo de guerra tiene que atender á considerable número de enfermos reunidos sobre reducido espacio y acaso en un mismo local. En el campo de batalla, la atención del médico depende de la acción del general que dirige las armas con un fin determinado; y como sería espantoso abandonar los heridos sobre el sitio del combate, de aquí que sea preciso coordinar la acción de las tropas combatientes con la del personal sanitario, de tal manera, que éste pueda desempeñar su cometido en las mejores condiciones en pró de la consideración que reclama el soldado, y para no embarazar los detalles de las operaciones. En la época presente, las exigencias morales y materiales sobre este punto han llegado á ser tantas y tan grandes, que reclaman en cada facultad de medicina la creación de un curso de medicina militar, que, en nuestro concepto, debe ocuparse especialmente: primero, de las heridas causadas por la guerra; después, de las epidemias militares; en tercer lugar, de la higiene profiláctica ó preservativa de los ejércitos, y últimamente, de la organización del servicio sanitario. Sólo de este modo podría tocarse la aplicación, tan deseada en

tiempo de guerra, del sistema de diseminacion de los enfermos y heridos, cosa que no llegará á plantearse mientras los médicos civiles no posean los conocimientos *ad hoc* para curar las enfermedades y heridas especiales producidas por la guerra; pues no basta que, llegado el caso, se dediquen á hacer ensayos y experimentos caprichosos, con grave perjuicio de los pacientes.

La opinion del médico militar debe tener fuerza preponderante en todo lo que concierne á la organizacion del servicio sanitario. En campaña, si no se le cuenta como combatiente, al ménos se encuentra al lado del que combate, situacion que le exige mayor energía moral que á los mismos combatientes. En los momentos del peligro, preciso es que se halle en armónica inteligencia con el jefe de la tropa, por lo cual el médico debe tener una nocion de las exigencias que impone la guerra, así como á su vez el jefe militar, sin que pretendamos que sea médico, debe poseer la nocion de las condiciones necesarias al médico para ejercer sus funciones con provecho.

El médico militar debe ser el encargado de crear y formar todo el personal militar inferior del cuerpo de Sanidad; y ademas, y á fin de que ejerza sobre el soldado la necesaria influencia, no tanto por sus insignias y categoría, como por

su saber é inteligencia, está obligado á tener conocimiento general de las cosas militares. Unicamente así, el médico, dentro de la esfera de la milicia, tendrá mayores facultades é influencia que las que hoy se le conceden en el órden de las medidas higiénicas que deben regir para precaver la explosion y propagacion de las enfermedades.

6. Sería de desear que los médicos militares inculcasen á los soldados algunos conocimientos elementales de medicina, merced á los cuales pudiesen ellos mismos remediar sus indisposiciones ligeras, así como auxiliar á sus compañeros. El caso no es difícil, siempre que se dé al médico los medios necesarios, y además la autoridad de un verdadero jefe para con el soldado. La precaucion á que responde esta idea se ha hecho más importante de algun tiempo á esta parte, en que las modernas armas de fuego producen grande acumulacion de heridos en breve tiempo y reducido espacio: fácil es comprender que los primeros cuidados que aquellas reclaman no pueden darse á todos por un personal sanitario en número limitado, áun cuando cada médico poseyera cien brazos. Nuestro objeto, por lo tanto, no es otro que indicar la conveniencia de que se cuente con el mayor número posible de ayudantes expertos para estos casos, y que se podría instruir al soldado lo

suficiente, á fin de que se socorriese á sí propio y á sus inmediatos compañeros heridos cuando fuese oportuno y necesario.

7. *Filosofía*.—El uso y costumbre de nuestras escuelas superiores viene dejando para la facultad de filosofía todo aquello que no tiene puesto determinado en las tres facultades precedentes, ni áun sitio fijo en parte alguna.

Una seccion filosófica y filológica, y otra seccion de ciencias matemáticas y naturales constituyen hoy la práctica de la facultad de filosofía; esto es, las bellas letras y las ciencias exactas y de aplicacion.

La seccion histórico-filosófico-filológica contiene la filosofía propiamente dicha, la gramática y la historia; es decir, la base de los conocimientos que debe poseer en sociedad todo hombre instruido.

8. La filosofía es la ciencia de las ciencias, la ciencia que se eleva y cierne sobre las demas, como el águila sobre las montañas (1); ciencia que, absorbiendo la luz de todas ellas, la reconcentra para devolvérsela en vivísimos y magníficos resplandores.

A ningun hombre en sociedad puede serle

(1) *Wie der Geist über den Wassern*, dice el autor, que traducido significa: *se cierne como el espíritu sobre las aguas*, frase altamente poética, inspirada sin duda en el Génesis.

perjudicial ocuparse seriamente de filosofía, si se admite que la filosofía es seria y concluyente. Pero si no lo es, si sólo se reduce á un tejido de paradojas, hilado por fátuos llenos de presuncion, que se llaman filósofos por darse un nombre resonante, entónces puede trastornar la cabeza de las gentes sencillas y desviarles del verdadero camino. En una palabra, y de un modo general, diremos que todo hombre animado del firme propósito de instruirse, tiene ménos necesidad de la filosofía, en el sentido propio de esta frase, que de entregarse á la clase de conocimientos á que se dedique con un verdadero espíritu filosófico y un amor puro y sencillo por la sabiduría y la verdad.

Filosofía militar no existe; pero el perfecto soldado que tiene el deber de ser un hombre perfecto, tambien debe ser filósofo.

9. En los anteriores capítulos no hemos hecho mencion de las lenguas, pues las materias militares pueden ser tratadas en el idioma de cada país. Es, sin embargo, tan útil al soldado como al negociante el conocimiento de varias lenguas vivas, sin perjuicio de asentar como axioma incontestable que el conocimiento de una lengua muerta, por lo ménos, es muy útil para formar una educacion completa.

10. Ya hemos citado la capital importancia de la historia militar; añadiremos que ésta no

podrá estudiarse provechosamente sino con referencta á la historia general, y especialmente á la historia de las civilizaciones. Tampoco se comprenderá bien la historia sin el estudio del terreno que le ha servido de teatro, por lo cual será lógico ligar y encadenar los estudios históricos á los geográficos, aunque la geografía pertenezca, por su naturaleza, á la série de las ciencias exactas.

11. La seccion de ciencias exactas abarca las ciencias matemáticas y las naturales, éstas en su sentido más general. Y como la ciencia de la guerra se sirve de estos tres elementos, *Materia, Tiempo y Espacio*, hé aquí que no podemos concebir una ciencia militar que no descanse sobre el conocimiento de las exactas.

Cierto es que la simple inteligencia de las cosas militares no exige, en general, más que un ligero fondo de conocimientos exactos. El jefe, por ejemplo, que se encarga de un cierto número de hombres con sus cañones y fusiles para ordenarlos y dirigirlos, no necesita seguramente grandes estudios matemáticos; bastante, por el pronto, las nociones de aritmética y geometría. Pero no acontece lo mismo á los jefes y oficiales que se ocupan de construir cañones y fusiles, de establecer puentes y levantar fortalezas; en una palabra, aquellos que dirigen trabajos militares, y que con frecuencia tienen

que formular su opinion decisiva sobre modelos de armas de toda especie, y que responden de la calidad y condiciones del material y construcciones que tienen á su cargo. Estos, que son generalmente el artillero y el ingeniero, necesitan dedicarse á sérios y profundos estudios de las ciencias exactas.

12. Sobre la base de las matemáticas puras y las ciencias naturales descansan tambien todas esas ciencias gemelas en que se inspira la construccion de máquinas y demas efectos de guerra ó de utilidad pública.

De las ciencias exactas se vale el arte de representar el terreno por medio del dibujo. Su importancia, en fin, es capital para las construcciones de máquinas de guerra, y, por lo tanto, para el militar que desempeña una especialidad técnica, una mision facultativa.

Haremos nuestra idea más clara con un ejemplo: un oficial de artillería en campaña puede mandar dirigir y disponer una ó diez baterías que se hallen á sus órdenes, sin que por ello sea preciso exigirle una profunda y completa apreciacion de las ventajas que presenta el material austriaco ó el prusiano, por ejemplo. Tampoco hace falta que sepa dirigir la construccion de cañones, ni que invente ó perfeccione modelos de armas.

Por el contrario, el oficial de artillería em-

pleado en las fábricas y demas establecimientos de construccion del ramo, debe poseer frescas todas las nociones de las ciencias exactas, y estudiar constantemente lo relativo á las máquinas de guerra de toda especie y modelos, hasta el punto de poder constituirse en verdadero constructor.

13. Lo que precede basta, sin perjuicio de algunas explicaciones que haremos más adelante, para que se comprendan las subdivisiones en que establecemos á continuacion el conjunto de las ciencias, desde el punto de vista de la enseñanza militar:

I. Ciencias puramente militares, esto es, que existen por sí mismas, y cuyo estudio reclama una instruccion general preliminar.

Estas son:

1. Política de la guerra.—Plan de campaña.
2. Organizacion.
3. Administracion general.
4. Armamento y equipo.
5. Fortificacion y ciencia general del ingeniero.
6. Táctica.
7. Direccion de la guerra.
8. Estudio histórico relativo á las diversas materias arriba indicadas.

II. Ciencias generales que sirven de base á los estudios militares: con éstas se enlazan in-

timamente á veces, las ciencias militares auxiliares.

Son á saber:

1. Lenguas.—Literatura.
2. Política (ciencia del Estado) en el sentido más concreto.
3. Matemáticas.
4. Ciencias naturales.

Las dos últimas en toda su extension. De este modo, se comprende la geografía, por ejemplo, en las ciencias naturales. Estas consideradas elementalmente serán base de ciertos conocimientos militares, como la geografía militar y el trazado y dibujo de planos; al paso que un estudio profundo de ellas constituirá el necesario prólogo á los estudios técnico-militares.

5. Historia universal, como base necesaria de la historia militar en todas sus manifestaciones.

III. Ciencias técnico-militares.

Estas sólo son necesarias para un número determinado de oficiales, si bien reclaman con anterioridad los conocimientos generales de las cosas de la milicia. En ellas entra el estudio de las construcciones mecánicas que tiene grande analogía con las construcciones civiles; así por ejemplo, el ingeniero conoce la arquitectura si bien empleada á su especialidad; en cambio el arquitecto fácilmente sería ingeniero,

pero con el auxilio de los conocimientos militares en general primeramente, y despues los especiales al fin y objeto de la fortificacion y otras obras para el ejército.

IV. Ciencias de las facultades.

Son á saber:

1. Teología.
2. Jurisprudencia.
3. Medicina.

Cada una de éstas tiene una importancia especial para ciertas corporaciones é individuos del ejército, de tal modo, que para éstos la instruccion militar aparece en segundo término.

14. Al establecer las anteriores divisiones de la ciencia militar no nos hemos dejado llevar del sistema hoy reinante de escindir más y más las ciencias con el inmoderado afan de las nuevas creaciones. No hemos considerado la *Logística*, segun ya digimos, como nuevo estudio con separacion de los demas. Creemos, por el contrario que puede ser tratada ora en relacion con la táctica, ora con la direccion de la guerra. Tampoco nos hemos ocupado de la ciencia del estado mayor general. Como quiera que esta clase de estudio se sale de toda prescripcion reglamentaria, si hubiéramos de fijarla tendríamos que hacer una eleccion especial en las materias de cada una de las ciencias militares.

Hemos citado como casos separados la organización y la administración. No obstante, será conveniente examinarlas juntas siempre que se trate de las nociones generales que debe poseer de ellas todo jefe con mando de tropas. Sin perjuicio de esto, el estudio de los diferentes ramos de la administración, sólido y completo, es de grande utilidad á los oficiales del Cuerpo administrativo, á los de Estado Mayor y Ayudantes de campo.

15. El sistema de dividir y subdividir las ciencias al infinito trae consigo en la práctica, la confusión y la oscuridad. En las escuelas militares se puede evitar este desorden, relacionando las lecciones de aplicación de las ciencias militares á las generales, de modo que se vea, por ejemplo, el lazo de unión que existe entre la geografía militar y la general; entre el dibujo de los planos y el lineal, y entre el levantamiento de planos y la geometría.

Réstanos decir en esta parte que al dividir las ciencias desde el punto de vista militar, no hemos hecho atención á la marina por temor de ser difusos y porque es evidente, y por lo tanto ocioso á nuestro objeto, que existe un verdadero paralelismo en cada punto de las ciencias militares con aplicación al ejército ó á la marina, esto es, á las fuerzas terrestres ó navales.

CUARTA PARTE.

ENSEÑANZA MILITAR EN LAS ESCUELAS MILITARES.

1. En casi todos los Estados europeos existen escuelas militares llamadas de *Cadetes*, donde ingresan jóvenes que poseen ciertos conocimientos elementales y reciben allí, en un período de tiempo determinado, la educación militar necesaria para obtener el empleo de oficial.

Resulta de aquí, que sólo á los destinados á ser oficiales se les exigen conocimientos científicos de la profesion.

En el sistema que nos proponemos desarrollar, mantendremos dichas escuelas, pero fijando la edad de ingreso desde 7 á 11 años.

Suponemos en seguida otra escuela, en la cual los alumnos tengan entrada desde los 16 á los 20 años, cuando ya han adquirido una ins-

truccion general más completa, excepto la científica en alto grado. A esta escuela le daríamos el título de *Escuela de guerra* (*Kriegsschule*).

Vamos más lejos todavía. Supongamos una ó más escuelas militares, donde sólo tengan ingreso los procedentes de la *Escuela de guerra*, y que cuenten algunos años de servicio y práctica en los cuerpos. El objeto de estas escuelas superiores, seria perfeccionar y terminar la instruccion general de aquellos oficiales, que deben ocupar ciertos cargos especiales de la milicia, para cuyo desempeño se necesitan condiciones determinadas, como, por ejemplo, en las fábricas de construccion de material de guerra: ademas, los cuerpos facultativos formarán su personal en dichas escuelas.

Estas se llamarian *Academias de guerra* para los últimos, y *Escuelas de aplicacion* para los primeros citados.

De esta suerte tendríamos una subdivision progresiva ascendente de establecimientos de enseñanza militar.

2. El sistema así enunciado, nos lleva á la comparacion de estos centros en el orden militar con los del orden civil. Las escuelas de cadetes y las de guerra, son paralelas á los colegios y liceos. Las segundas corresponden á las clases superiores de estas instituciones; las primeras á las clases superiores de las mismas.

Las academias de guerra, son el símil de las universidades; y, por último, las escuelas militares de aplicación, corresponden á las de aplicación civiles, como, por ejemplo, las escuelas industriales, las politécnicas, las de arquitectura, etc.

De esta incontestable semejanza, deducimos que se podría, sin gran dificultad, unir y enlazar la enseñanza militar científica á la enseñanza de ciencias de las escuelas civiles.

Tal vez este proyecto sólo tenga verdadero interés para aquellas naciones que poseen en grande escala el sistema de *landweher* ó de numerosas reservas.

Allí donde sólo se ocupan del ejército activo sobre las armas, acaso estas ideas parecerán ociosas, porque en los países así montados, se piensa hacer del ejército (por razones que respetamos) una especie de pontificado militar, sin tener en cuenta que, llegado el día del peligro, la nación sólo dispone de fuerzas muy reducidas para su defensa.

3. Sin perjuicio de volver sobre este asunto más adelante, vamos, por lo pronto, á exponer algunas consideraciones sobre el orden con que se debe proceder, á nuestro juicio, para alcanzar, con el mayor provecho, el fin que nos proponemos en la enseñanza de las ciencias militares.



Empecemos por la *Escuela de cadetes*.

Establecido el ingreso en ella á los 10 años, si el alumno ha de salir de allí hecho oficial, permanecerá, por lo ménos, ocho años. Sometido al uniforme, régimen y disciplina del ejército, salvo las consideraciones propias á la edad; desde su entrada, los ejercicios corporales deben inaugurar su educacion, empezando por la natacion y gimnasia para entrar más tarde en la esgrima y equitacion. Con los trabajos gimnásticos se relacionan perfectamente los ejercicios militares, y, por lo tanto, pueden emprenderse las primeras lecciones de táctica.

4. Los trabajos intelectuales ne deben emprenderse lo ménos hasta el tercero ó cuarto año; sea al cuarto, ó cuando el alumno tiene trece de edad.

La primera enseñanza debe versar sobre el profundo perfeccionamiento de la lengua madre, seguida del estudio de una lengua muerta y otra viva, latin y francés, por ejemplo: despues vendrá el turno á las siguientes materias: aritmética y geometría elementales; historia, geografía, dibujo, religion, y áun algo de escultura—que creemos no seria supérfluo. Todos estos estudios deben emplear, á lo sumo, veinticuatro horas por semana: el resto del tiempo, dedicado á los ejercicios corporales.

En la enseñanza de las lenguas lo principal

es que los jóvenes aprendan á leer de una manera inteligible. Es muy frecuente ver personas de todas edades, áun en los países donde hay mejores escuelas populares, que no pueden leer un párrafo de su propia lengua con bastante claridad para ser bien entendidas del auditorio.

En cuanto á la geografía y la historia, éstas pueden ser enseñadas con mucho provecho, si se sabe herir vivamente la joven imaginacion de los alumnos.

La curiosidad del niño tiene, y esto no debemos echarlo en olvido, dos direcciones; una especial y otra general. Para satisfacer la primera, es preciso mostrarle desde luego en compendio la historia nacional y la geografía del país; para la segunda conviene ejercitarle en responder á preguntas semejantes, á las que muchas veces les inspira su viva curiosidad, como por ejemplo: ¿De qué sirven los valles y las montañas? ¿Qué objeto tienen en el firmamento el sol, la luna y las estrellas? ¿De dónde proceden los hombres? ¿Por qué los negros no tienen la blancura de los habitantes del Cáucaso?

5. Las lecciones de dibujo deben limitarse á un pequeño número de horas por semana, procurando en este trabajo despreciar la minuciosidad del detalle para atender preferentemente á los grandes perfiles. Esto no excluye que se procure inspirar á los discípulos el don de reco-

nocer con habilidad la parte inteligente, esto es, el alma del dibujo, pues en este punto de la instruccion y para el militar particularmente, lo importante del dibujo es la utilidad y la verdad, no la belleza.

6. Ya hemos dicho que las maniobras militares deben empezar desde los primeros años de curso, pero sin armas por lo pronto. Ya en el tercer año puede entregarse á los alumnos el equipo y fusil, dedicando algunos dias de la semana al tiro al blanco.

Entre los ejercicios corporales deben tener cabida, como muy higiénicos y necesarios para más adelante, los largos paseos á pié. Esta será una enseñanza de cuerpo y de espíritu; de cuerpo porque los habitúa desde la tierna edad á las marchas que más tarde han de verificar en grande escala; de espíritu, porque la imaginacion del niño se acostumbra en el campo á conocer la naturaleza del terreno, y á apropiársela, adivinando casi lo que no alcanza la vista. A este fin, y para que sea el resultado más provechoso, los profesores deben exigir á los niños que aprecien constantemente las distancias, tanto en terrenos llanos como montuosos; á que se formen la idea más aproximada posible de la configuracion del terreno oculto á los ojos, valiéndose de la induccion que sugieren las sinuosidades del que se descubre. Todo esto puede practicarse sin

sujecion al rigor de formacion militar; por el contrario, la misma libertad que se les concede será un incentivo más á su curiosidad y adquirirán sin darse cuenta de ello, y como por vía de distraccion y juego, una suma de conocimientos prácticos muy útiles en el porvenir, y que en vano tratarian de aprender más tarde por medio de los libros. Creemos que no habrá un niño que no goce en esta clase de ejercicios; si existe alguno á quien causen hastío, se puede asegurar que será por lo ménos un mal soldado.

7. Preparado así el terreno, corresponde ya al cuarto año el cultivo de las ciencias generales: el círculo de los estudios va ensanchándose; ya es hora de empezar con la física; al año siguiente llegará su turno á la química.

Llegados á esta altura, nos hallamos en la region de los estudios especialmente militares.

Pero se nos presenta de frente este problema: ¿Por dónde vamos á empezar?

Sin vacilar respondemos: por la táctica, la balística y la fortificacion.

Desarrollemos el plan de cada una de estas materias.

8. La táctica puede ser manejada de diferentes maneras; ora comentando tal ó cual parte importante de los reglamentos de maniobras; ora desarrollando los principios axiomáticos generalmente admitidos sobre las propiedades de las

fuerzas armadas. Aunque el último procedimiento es eminentemente científico, el primero está más en relación con lo que ya conoce cada alumno; es más sencillo, y por lo tanto preferible para empezar esta clase de instrucción.

Como el alumno sabe ya, al ménos prácticamente el ejercicio y maniobras de un arma, la infantería, por ejemplo, hasta las de compañía, y aún si la escuela es numerosa hasta las de batallón, cuando se le hable de las diferentes formaciones no se le dice nada desconocido: bastará solamente ocuparse y ocupar su imaginación del por qué de cada movimiento.

A este fin el profesor procurará dar al método una forma amena, huyendo de la aridez que cansa á los discípulos, pero debe precaverse también de seguir á éste fin un deplorable sistema que hemos visto emplear á algunos profesores. Consiste éste en introducir en las lecciones ejemplos históricos que creen ellos sirven para demostrar tal ó cual caso concreto. Es un error: las historias de las guerras no pueden dar casi nunca más que algunos detalles; el historiador militar tiene que limitarse á las generalidades. Que los que de tal modo explican desciendan á lo íntimo de su conciencia, y digan con franqueza si á pesar de su instrucción y experiencia personal, son muchos los casos en que pueden sentar como principio que tal ó cual

formacion fué la mejor ó la peor que hubiera podido adoptarse porque los resultados fueron favorables ó adversos. Cuanto más inteligente sea el profesor estamos seguros que se dejará llevar ménos de tan arriesgadas y falsas conclusiones.

Existe una obra muy curiosa de Seubert, titulada: *La táctica enseñada por los ejemplos*.

Este libro encierra una porcion de ejemplos para el empleo de cada formacion elemental; el trabajo es digno de alabanza por lo prolijo; pero no hemos hallado en él ni un solo caso que nos convenza y satisfaga. Como en todos ellos falta el cuadro general de la operacion militar á que cada uno corresponde, siempre nos queda por hacer esta pregunta: ¿El éxito ó el revés de la jornada consistió en la clase de formacion? Esto sin contar que dichos ejemplos no siempre están tomados de las mejores fuentes históricas. Y por último, la mayor refutacion de este procedimiento, es la misma necesidad que tiene el autor de adaptar el caso al fin que se propone: esto basta para que tal vez con la mejor buena fe vea las cosas de distinto modo que han acontecido.

El profesor de táctica que se sirva de semejante libro para dar atractivo á sus lecciones, ó habrá de citar sin reflexion lo que allí se consigna, ó de lo contrario, hallará inconvenientes á cada paso. Hé aquí por qué sostenemos que

si el profesor emplea los ejemplos tal como los halla, sin reservas y observaciones de su cosecha, extraviará la imaginacion de los jóvenes por sendas que tienen todo el aspecto de históricas y positivas sin serlo realmente. Y por el contrario, si el profesor formula considerandos que estarian muy en su lugar ante un auditorio más experimentado, corre el grave riesgo de predisponer á la juventud en contra de la historia y á que la miren con poco interés y áun quizá con escepticismo.

Colocados en esta disyuntiva creemos preferible que se citen ejemplos imaginarios, terminando las lecciones por medio de un rato de conversacion animada con los discípulos. Lástima y grande es que esta antigua costumbre haya desaparecido de la enseñanza universitaria, pues producía mayor efecto del que se cree á primera vista. Los principales autores de esta sensible prohibicion han sido á no dudar profesores tan vanos como inseguros de sí mismos, los cuales, por desgracia, suelen imponer su voluntad en todas las cosas.

9. Entremos ya en el método que requiere la táctica para su enseñanza. Deben, ante todo, relegarse al olvido los términos de *táctica ordinaria* y *táctica sublime*. Sin duda con el objeto de dar más importancia á la materia, pero introduciendo realmente una confusion, se ha

comprendido bajo el título de *táctica sublime*, ora la ciencia de los combates (la estrategia), ora la táctica de las diversas armas reunidas. También se ha querido introducir la distinción de *táctica pura* y de *táctica aplicada*; la primera, aquella que se emplearía exactamente sobre el tablero; la segunda aquella cuyas formaciones y desarrollos se aplican á la disposición natural ó artificial del terreno. Pero como el tablero ó tabla rasa no existe en la naturaleza y es á lo más una cosa ideal, de aquí que son inútiles semejantes distinciones.

A nuestro juicio, la manera más sencilla y provechosa de tratar la táctica ha de ser estableciendo dos cursos, uno inferior y otro superior; aquél para los principiantes, éste para los alumnos más adelantados que poseen ya las ciencias generales de la carrera. Pero adviértase que ámbos cursos encerrarán las mismas materias; la diferencia consiste solamente en el método de exposicion. Para seguir el curso inferior basta explicar el reglamento táctico, precediendo el profesor sus lecciones de un ligero discurso sobre la materia, que prepare á los discípulos el método que van á seguir. A este primer curso pertenecen las formaciones de los contingentes de cada arma; despues las de los cuerpos que abarcan diversas armas, esto es, divisiones ó cuerpos de ejército.

10. A pesar de lo que algunos maestros sostienen, es imposible explicar la táctica de un arma sola sin hacer alguna referencia á las demas. ¿Cómo nos ocupamos del *cuadro* en la infantería sin decir algo sobre la caballería en su modo de atacarlo? Y si hablamos de las formaciones de la caballería para cargar los *cuadros*, ¿cómo dejaremos de explicar las disposiciones de la infantería para defenderse y rechazar las cargas?

De esta manera y segun nuestro propósito, el curso inferior puede abarcar dos años. El superior puede empezar á explicarse en el segundo año, ó bien agregarlo á las lecciones sobre estrategia.

Pasemos al conocimiento de las armas de guerra.

11. No está lejano el tiempo en que la ciencia de las armas se consideraba sólo útil para los artilleros. Gracias á los oficiales alemanes, sobre todo, hemos desterrado tan grave error.

Merced á la unánime opinion que reconoce necesario para toda clase de oficiales el conocimiento detallado de todos los instrumentos ó máquinas de guerra, en las escuelas de cadetes se empieza por el manejo del fusil de infantería, al cual va anejo el estudio particular de cada una de sus piezas, su mecanismo y el papel que desempeñan en la operacion del tiro. Nosotros

añadiremos que debe exigirse á los alumnos el dibujo de cada una de aquellas separadamente y en conjunto, atendiendo á las diferentes posiciones que algunas pueden tener, hasta que aquellos las tracen de memoria sobre el papel, limitándose á la fidelidad y no al primor del trazado.

12. Despues de algunas lecciones sobre este punto, deberá entrar la parte histórica. Aquí el profesor se encuentra sobre un terreno sólido y seguro que le presta ancho campo para narrar los cambios y progresos sucesivos verificados desde la honda y el arco hasta el arcabuz, mosquete, fusil moderno, y, por último, carabina de retrocarga.

Al efecto, el profesor no tiene más que seguir de un modo general los grandes períodos de la historia, sin determinar para las armas tal ó cual siglo, cosa que carece de significacion para los discípulos, pues la historia de las armas de fuego portátiles se deriva en realidad de la natural comparacion de las que sucesivamente han existido.

Una vez llegados á la época actual, deben estudiarse las que existen simultáneamente en los diferentes ejércitos.

13. Conocidas bien las armas de fuego portátiles, tendremos facilitado el conocimiento de las piezas de artillería. Estudiadas éstas á fondo se hará el exámen de las varias clases de sistemas de proyectiles, el de la pólvora, su compo-

sicion, fuerza de propulsion, y, por último, el material, trenes y demas aparatos para la colocacion y trasporte de las piezas.

14. Pasemos á la tercera materia militar científica.

Esta es, en nuestro concepto, la fortificacion, y con ella todos los conocimientos anejos á la ciencia del ingeniero.

Admitiendo que en la escuela que imaginamos como modelo, la táctica y las armas han sido explicadas durante el cuarto y quinto año, ya en el sexto podemos emprender el estudio de la fortificacion.

En los pasados siglos se estaba muy léjos de dar el título de científicos á los conocimientos militares, excepcion hecha de la fortificacion: sólo para este ramo de la guerra se consideraban útiles las matemáticas. Así, no hace mucho tiempo todavía, que en algunos ejércitos á los oficiales de las armas generales sólo se les exigia por toda ciencia que supiesen pintar un frente abaluartado de Vauban ó Cormontaigne.

Semejante ridiculez ha pasado ya. No cabe duda que el compás y el tiralíneas pueden salvar de un apuro, pero á cuenta de que la inteligencia y la razon se queden á la puerta, porque si llegan á entrar han de decirnos á voces que las fortificaciones no tienen valor ninguno sin la suficiente guarnicion de soldados y ar-

mas para su defensa. Esto requiere, por lo tanto, los estudios preliminares á que ya nos hemos referido, ó sean la fuerza y desenvolvimiento de la táctica y la fuerza y accion de las máquinas de guerra.

15. Sentadas estas bases, diremos que la fortificacion consiste en el estudio de las modificaciones artificiales del terreno aplicadas á un fin militar. Desde este punto de partida, si se trata científicamente aquella parte de la guerra, ha de constituir por necesidad una repeticion ó repaso de los dos primeros cursos, á los cuales habrá que recurrir con frecuencia. Y añadimos que será un detestable profesor aquel que pretenda desentenderse de la dependencia y enlace que en este punto existe, explicando la fortificacion como una ciencia aislada.

16. Empezando el curso por la fortificacion de campaña para entrar despues en la permanente, tanto en ésta como en aquella conviene dar cuenta de la ocupacion de las obras por las tropas y por el material de artillería; analizar y demostrar las diferencias y analogías existentes entre los combates del ataque y defensa con los que tienen lugar en campaña rasa. Hé aquí cómo se vuelve sin cesar á la táctica.

Aunque la ciencia de las construcciones no tiene cabida realmente en este curso, pues pertenece de derecho á la escuela especial del in-

geniero, de tiempo atrás, no obstante está reconocida la conveniencia de que se enseñe lo indispensable de las construcciones de fortificación pasajera, porque sobre no exigir estudios muy superiores, es de suma utilidad para todos los oficiales de las armas generales.

Del mismo modo se pueden dar á nuestros alumnos conocimientos generales sobre puentes, sus diversas clases y usos; construcción de caminos de hierro; trasportes y conducción de tropas por los mismos, y por mar ó á través de las vías fluviales; por último, hoy son también indispensables y de grande utilidad los estudios sobre telegrafía de campaña que ningun oficial debe desconocer.

17. Respecto á las fortificaciones permanentes, cuando ya los alumnos conozcan las diferentes partes que constituyen su trazado, la aplicación, valor é importancia de cada una, sus formas, dimensiones, etc., convendrá que no ignoren la parte débil que aquellas presentan en virtud de las rápidas modificaciones del armamento y los cambios verificados en el modo general de combatir. Pero también será lógico y prudente llamar su atención sobre el empleo de los recursos y medidas que un oficial inteligente puede adoptar en los momentos de peligro para reparar la parte débil y vulnerable de las fortificaciones.

Este curso debe terminar por una ojeada histórica sobre las fortificaciones antiguas y su desarrollo sucesivo hasta nuestros días; la explicación habrá de concretarse á la acción recíproca y activa de los diferentes sistemas y las modificaciones que la historia ha exigido en ellas como resultado de las condiciones de la guerra en cada época.

18. Si la escuela de cadetes se hallase establecida en una plaza fortificada, sería muy útil que los alumnos visitasen las verdaderas obras de cal y canto: nada dice tanto á la imaginación. En el caso contrario, gracias á los caminos de hierro actuales, la visita puede hacerse en pocos días, y bien merece la pena. Nosotros aconsejaríamos que durante este curso se hiciese al ménos una por semana, y á diferente sitio cada vez, recorriendo así las obras más importantes.

El estudio de este ramo podría tener un perfecto complemento con el trabajo práctico de reductos y otras obras ligeras de campaña.

Cada año, los alumnos se dedicarían á levantar y construir en un terreno á propósito un reducto con todos sus accesorios; aún los más jóvenes podrían tomar parte, según sus fuerzas, en estos curiosos trabajos, que unen al recreo la instrucción.

19. Como ya llevamos empleados hasta el sexto y sétimo año de nuestra escuela, parécenos

hora oportuna de pasar á otra materia, ó sea el arte de conducir las tropas en la guerra.

Creemos conveniente que el profesor, al explicar este tratado, despues de hacer un repaso general sobre la marcha, evoluciones y progresos del arte de la guerra, acompañe á sus lecciones la historia de una guerra en particular, escogida entre las que sean más fecundas en hechos comparativos y adecuados á los principios que rigen sobre la materia. Este curso hecho á conciencia constituirá, no sólo la especialidad de su enseñanza, si que tambien un curso de repaso general por las citas que con frecuencia pueden hacerse de lo concerniente á táctica y armas.

20. Como complemento de todos estos estudios quedan todavía para el último año de escuela, ó sea el octavo, la política de la guerra y el conocimiento de la administracion de los ejércitos.

Y hemos llegado al fin del curso militar en la *Escuela de cadetes*. Réstanos añadir que, en cuanto sea posible, no se debe interrumpir la enseñanza de las ciencias generales. Suponiendo que las clases ocupen de treinta á treinta y dos horas por semana, lo que da cinco horas por día (no contando el domingo) creemos que sólo la mitad ó ménos de aquellas, pueden ser dedicadas á la parte militar, especialmente en los

primeros años. A nuestro juicio, y en medida del sistema especial que nos proponemos, la educacion general del jóven (al ménos en esta clase de escuela), debe marchar á compás de la militar, y áun mejor sería que la precediese un paso, marcándole el camino.

21. Recomendamos de nuevo que no se abandonen por ningun concepto los ejercicios corporales, tan necesarios y útiles á los jóvenes que se dedican á la carrera militar.

22. Los alumnos de las clases superiores deben acostumbrarse al mando, practicándolo durante la instruccion táctica, así como todas las demas funciones propias del sargento y del oficial. Desde el quinto año en adelante, ya pueden encargarse de dirigir, como ayudantes, las clases inferiores de gimnasia, esgrima y manejo del fusil, hasta el tiro inclusive.

Para la enseñanza de la equitacion, convenirá que la escuela cuente con un número de caballos suficiente, al ménos para formar una seccion ó un escuadron.

Como ya indicamos ántes, los paseos á pié deben servir de reconocimientos militares. Las clases superiores ademas, se ejercitarán en el levantamiento de pequeños planos con los instrumentos á propósito para hacerlo, á ojo primero, y más tarde con la debida perfeccion y exactitud que requiere el trazado del canevas.



y demas operaciones topográficas. La escuela debe disponer particularmente de un campo ó terreno, accidentado si es posible, donde la pequeña tropa de los alumnos se ejercite en las maniobras y servicios de campaña.

23. Tratadas ya en todos sus detalles las *Escuelas de cadetes*, pasemos á definir á grandes rasgos las demas escuelas militares.

Empecemos por las *Escuelas de guerra*.

La duracion de los estudios en estas escuelas, no será menor de un año ni mayor de tres.

En el primer caso se supone que el alumno ha recibido la conveniente educacion general necesaria al efecto. En este concepto, el año de escuela de guerra se consagrará exclusivamente á la educacion militar, de modo que se adquieran á fondo los conocimientos prácticos referentes á todos los ramos estudiados teóricamente.

Creemos, no obstante, que un año no sea suficiente; y lo creemos así, considerando, no tanto la extension de los estudios, cuanto la dificultad de que los alumnos se penetren bien y reposadamente de lo que aprenden, por lo cual prefeririamos dos años; y, caso de que no se nos conceda tanto tiempo, admitiriamos el año de curso, pero á condicion de dividirlo en dos semestres durante dos inviernos, pues en este punto nos atrevemos á hacer una comparacion, que no por parecer vulgar, deja de ser exacta.

Los químicos nos dicen que un centímetro cúbico de tal ó cual materia alimenticia, hecha conserva, contiene toda la cantidad nutritiva que un hombre necesita al dia para su manutencion. Maravilloso fuera, segun este principio, el poder alimentar con conservas á nuestros soldados, pues cada uno llevaria sin trabajo en campaña las raciones de un mes, resultando los ejércitos descargados de la grande impedimenta que llevan sólo por este concepto. Pero desdichado el ejército que se alimentase de semejante manera, pues el trabajo del estómago exige que las materias nutritivas le sean dadas en cantidad y volúmen convenientes.

La inteligencia tiene cierta analogía con el estómago, y, por lo tanto, necesita tiempo y espacio para acostumbrarse al pasto del estudio y hacer de él una buena digestion.

Ademas es de suponer que la instruccion recibida en las escuelas preparatorias de cadetes sea muy desigual aunque los alumnos hayan pasado por las mismas clases, y esto nos inclina á pensar que los estudios científicos generales tengan tambien cabida en la escuela de guerra.

Suponiendo que contemos con tres años ó dos por lo ménos, las lecciones empezarán por la táctica, y seguirán á ésta la fortificacion, el arte del mando superior ó sea la estrategia, y por último, la historia y la política de la guerra.

24. Las ciencias exactas y de aplicacion deben explicarse desde el punto de vista especialmente militar. Así en química se tratará con atencion la teoría de los gases, la composicion y propiedades de la pólvora: la electricidad con el fin de venir á parar á la inflamacion de las minas, etc.

La geografía será en esta escuela, la geografía militar únicamente.

En cuanto á las lenguas consideramos que no son de absoluta necesidad las antiguas. Por lo que respecta á las modernas la francesa será la más conveniente (1) dando á los alumnos buenas obras militares, históricas y profesionales de aquel idioma, con lo cual aprenden los términos técnicos, instituciones y costumbres de la milicia de aquella nacion.

25. Llegamos al término propuesto, ó sea á las *Academias militares*.

Aquí los alumnos son ya oficiales que han practicado en el ejército y vivido en sociedad más ó ménos tiempo. En este concepto, convenirá que escojan por sí mismos la especialidad de estudios á que quieren dedicarse imitando en esto lo que se practica en las universidades

(1) En España convendria tambien la alemana.

(N. del T.)

alemanas, por cuyo medio se deja á los estudiantes que estudien y piensen por sí mismos. En este punto no quisiéramos restriccion ni limitacion alguna, pues debiendo terminar los estudios por un severo y riguroso exámen, éste probará si el oficial ha alcanzado y recogido el fruto suficiente para ser digno de un ascenso inmediato ó próximo, así como para que pueda ser destinado al cuerpo de Estado Mayor ó al cargo especial á que aspire.

Pero si se creyere necesaria una limitacion en vista del mejor y más ordenado empleo del tiempo de estudios, ésta podria tener lugar sólo de dos maneras á nuestro juicio: 1.º, obligando á los alumnos á la asistencia á un cierto número de lecciones por semana; 2.º, haciendo obligatorios ciertos cursos en cada año de academia.

26. Las academias deberán estar situadas en capitales que posean buenas bibliotecas y museos, especialmente de los que interesan al militar. Convendria tambien que en la misma ciudad ó sus inmediaciones existiesen establecimientos militares, como fábricas de pólvora, de fundicion de armas, escuelas de tiro, remontas, depósitos generales de instruccion y talleres de equipos y material de campaña; todo lo cual, visto y observado por el alumno, le familiarizaria con estas especialidades, cuyos estudios teóricos hallan su complemento en los detalles

materiales de la práctica, que nunca muestra el libro con toda la exactitud de la realidad.

27. Antes de hacer punto final en este capítulo, dedicaremos algunas palabras á las *escuelas de aplicacion*.

Estas, como sabemos, están consagradas á la especialidad de un ramo de la guerra, y sirven, por lo tanto, para desarrollar en extenso ciertos conocimientos que las otras escuelas han dado elementalmente ó en principios generales.

Con arreglo á la especialidad de cada una, serán determinadas las ciencias generales y las militares que deben estudiarse simultáneamente. En cuanto al tiempo que reclaman las materias especiales de la escuela, podrá computarse, segun la calidad de aquellas, y en medida de la instruccion preliminar que posean los alumnos, en inteligencia que mientras más limitado sea el tiempo, más necesario será ceñirse á las ciencias generales que se relacionan con la especialidad.

En las escuelas de artillería é ingenieros tendrán cabida en primer término las ciencias naturales; para la administracion del ejército, las ciencias políticas, y entre ellas la estadística, el derecho administrativo y la organizacion del país, considerado tambien administrativamente. En cuanto á la ciencia de la guerra en general, si se cree necesaria, puede desarrollarse

en un tratado enciclopédico á manera de historia y revista general de la guerra.

En las escuelas de infantería y artillería serán de rigor los ejercicios de tiro con todas las armas de uso reglamentario; en las de caballería, el perfeccionamiento de la equitacion; y en la de ingenieros el levantamiento de planos y demas operaciones y trabajos de la facultad.

QUINTA PARTE

LA ENSEÑANZA MILITAR DENTRO DE LA ESCUELA CIVIL

1. En ninguna de las escuelas militares citadas precedentemente se ha renunciado á la instruccion primaria, general ó científica, como preparacion á los estudios consecuentes.

Hemos propuesto, entiéndase bien, que la enseñanza general acompañe á los estudios militares, no de un modo caprichoso y sin concierto, sino ciñéndose á una pauta lógica y razonada.

Hemos visto ademas, que los conocimientos militares se enlazan naturalmente á un gran número de ciencias generales.

2. Ahora bien; propongamos esta cuestion: ¿Es posible amalgamar la educacion militar á la educacion general en todas las escuelas civiles?

Ya en la primera parte hemos indicado la utilidad de esta organizacion, haciendo notar que el sistema de milicias hoy en boga en todos los ejércitos europeos, no puede tener inmediata y perfecta aplicacion mientras no se dé á la juventud una instruccion militar general.

Muchos hombres de Estado son contrarios al sistema de milicias, como impropio para sostener bien la guerra cuando llega el caso; pero estos mismos hombres cuando forman parte del Gobierno desean y piden la reduccion de los ejércitos permanentes al pié de paz y esto, reservándose la posibilidad de aumentarlos en caso de guerra, bien entendido que nadie puede calcular de antemano hasta donde subirá la cifra de aquel aumento. Es decir, que en cualquier momento histórico de la vida de una potencia se necesitan hombres, pero hombres dispuestos desde luego á practicar el penoso y digno oficio del soldado.

3. Contando con que hoy el tesoro de la nacion esté desahogado, ¿no puede llegar el caso de un apuro financiero? Contando con que todavía los hombres conservan alguna robustez física, ¿no puede suceder que degeneren notablemente dada la clase de vida y especie de trabajos á que se entregan especialmente en los países fabriles é industriales? Todas estas con-

clusiones están hoy en boga en Europa y particularmente en Alemania.

Ahora bien: si la industria en los pueblos más adelantados prosigue en el creciente desarrollo que presenta, vendrá al fin á sobreponerse á la agricultura, ó mejor dicho, ésta se hará de dia en dia más industrial. Y como la materia primera, más sana y robusta es el pueblo agrícola y el industrial, si los Estados no se cuidan de mantener esta materia en la fortaleza necesaria para el servicio de las armas, la encontrarán cuando la busquen en el dia del peligro débil é impropia á las fatigas de la guerra.

4. Existe una escuela política que dice que se deben limitar y reglamentar las horas de trabajo de los niños en las fábricas; que se debe proveer á su alimentacion y fortificarlas por medio de ejercicios corporales. Acaso haya quien no esté conforme con este sistema porque perjudica sus intereses. Pero no haciendo caso de los egoistas afiliados á la escuela de Manchester, veamos si no existe en las esferas del poder alguien que piense en el porvenir, alguien que trabajando con fé en el presente se ocupe del futuro, sin acordarse siquiera de aquella frase horrible propia del voraz y ciego instinto del insecto: *Despues de mí venga el diluvio* (1).

(1) Esta frase está en francés en el original: *Apres nous le déluge.*

No: huyamos de los que sólo se ocupan del instante presente, volvamos los ojos á los que se interesan por el vigor de los ejércitos permanentes. Estos piensan con nosotros que es preciso fomentar y fortificar la raza que ha de dar soldados á la nacion. Fomentarla y fortificarla, entiéndase bien, física y moralmente.

Estos, los que concuerdan en pensamiento con nosotros, los viejos, los que algunos llaman retrógrados, dicen que es preciso reducir las horas en que la adolescencia se consume y enferma encerrada en sombríos talleres respirando miasmas insanos, porque cuando hace falta ¿dónde hallará soldados el rey? En cambio éstos piden que se aumente el tiempo consagrado á las escuelas; que en éstas se establezcan cursos de gimnasia y tambien casas de beneficencia ó cocinas gratis donde se alimente á los niños huérfanos ó hijos de padres pobres de solemnidad.

Para que este sistema se halle en armonía con nuestro objeto, añadiremos que esa juventud en los dias de asueto no sólo hará gimnasia sino tambien ejercicios de armas y tiro al blanco. De este modo se formaria una semilla de soldados que permitiera por sus facultades superiores, mantener un ejército permanente más reducido sin ser ménos fuerte. Al estallar una guerra bastaria, digámoslo así, sacudir la tierra

con el pié, para ver brotar robustas falanges de combatientes.

Sí, declaramos nuestro grande entusiasmo por la educacion corporal de la juventud. Toda nacion sábiamente organizada debe establecer estos ejercicios en las escuelas públicas; y no decimos que sea precisamente con fusiles y cañones esta educacion de la juventud, sólo decimos que sea de algun modo.

5. Y entónces, ¿de qué sirve vuestra educacion científica? se nos podria preguntar.

Vamos á responder en cuanto nos lo permite el limitado espacio en que nos hemos colocado.

Sentaremos como principio invariable que debe existir un ejército permanente, si bien procurando que no sea en demasía numeroso. En los casos de guerra ha de aumentarse considerablemente, estando su organizacion de tal manera dispuesta, que baste, como decíamos ántes, sacudir la tierra con el pié para que broten los soldados.

Hoy (1) la Europa armada está *alerta* (*auf dem QUI VIVE?* en el Quién vive?), y no obstante, las opiniones están por un ejército fuerte en la esencia, aunque débil en el número. Pero ¿permaneceremos siempre en esta situacion expectante? Es de suponer que sobrevenga una

(1) En 1867.

tempestad, tras de la cual quede sereno el cielo por espacio de diez años... ¿Será bastante?... No tenemos esperanzas de mayor reposo (1).

Pues bien; para conjurar la tormenta se necesitan ciento, doscientos, trescientos mil hombres tal vez; nosotros creemos que bastan cien mil con una sólida y perfecta educacion militar. Y aquí se presenta un problema relativo á la clase de oficiales. Recientemente se ha establecido y adoptado por las masas profanas el dogma de que los oficiales deben ser militares de profesion (2). Pues bien; para 100.000 soldados, 3.000 oficiales serian suficiente. Pero al estallar la guerra, aquella cifra podria subir á 600.000, y este efectivo de fuerzas exige, por lo ménos, 18.000 oficiales con mando. Terminada la guerra, licenciados y con destino á las reservas los soldados excedentes, reducido, en fin, el ejército á los 100.000 hombres primitivos, ¿qué hacer con el exceso terrible de oficiales que no tienen verdadero destino? Despedirlos sería absurdo é

(1) Algo de profecía encierra este párrafo: la tempestad estalló, en efecto, en 1870 con la guerra franco-prusiana: no han transcurrido los diez años que fija como máximun el autor, y estamos amenazados de otra tempestad, tal vez más furiosa, que se cierne en Oriente, y parece entoldar la Europa entera.

(N. del T.)

(2) No olvidemos que el autor sirve en el ejército suizo.

injusto, despues de haber empleado su inteligencia y su sangre en la guerra. Dar colocacion á todos en un ejército cinco veces menor que aquel de que procedian, fuera harto gravoso para el Estado, y poco útil para ellos mismos y para el propio ejército, desde el punto de vista moral y militar.

Salta á la vista que al hacer el aumento del ejército por razon de la guerra, el numeroso personal de oficiales improvisados por la necesidad, carecerian de la suficiente instruccion y dotes de mando, pero ¿cómo despedirlos? ¿cómo mantenerlos durante la paz? ¿Seria justo despojarles contra su voluntad del empleo y estado que han adquirido?

6. De cualquier modo que se resuelva el problema, creemos que nadie nos negará la importancia de una organizacion la cual permita poseer tan sólo un número de oficiales correspondiente al efectivo de soldados en pié de paz; pero á condicion de que en caso de guerra provea de cuantos oficiales de reserva sean necesarios al aumento de aquel efectivo. Así como los hombres de la reserva abandonan toda clase de trabajos y ocupaciones para ingresar en el ejército, tambien los oficiales podrian dejar sus profesiones y empleos. Terminada la campaña los primeros vuelven á sus casas, y los segundos á las tareas á que están habituados, sin

ambicion dentro de la carrera militar y dejando espacio y lugar á las legítimas aspiraciones de los oficiales permanentes y de carrera.

No pretendemos entrar en otras consideraciones casi políticas respecto á las malas consecuencias que puede producir el excesivo número de oficiales. Vamos á enunciar solamente lo que á nuestro juicio debe ponerse en práctica para resolver la cuestion.

7. Bajo el supuesto que los oficiales de profesion necesitan una educacion militar y se aceptan los de la reserva en la forma y proporciones indicadas, preciso será que estos participen de los conocimientos de aquellos.

¿Pero cómo dar á los oficiales de la reserva la instruccion militar necesaria?

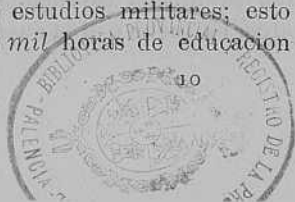
Nada más sencillo: introduciendo en las escuelas civiles la enseñanza militar gradual y conveniente. Por supuesto, no en todas las escuelas, sino en los colegios, liceos é institutos, escuelas especiales de industria y comercio, y por último, en las superiores y universitarias.

A la objecion que podia hacerse de que no es posible aumentar las horas de estudio y trabajo ni á los alumnos ni á los catedráticos, responderemos que no es esa nuestra pretension, sino por el contrario que se reduzcan las horas ó se modifiquen en parte los estudios dando cabida á ciertos conocimientos militares á trueque de

otros que consideramos supérfluos, si no inútiles.

8. En toda escuela, cualquiera que sea su título, se trata ante todo y sobre todo de formar las inteligencias, esto es, de enseñar á la juventud á pensar y obrar por sí misma. La parte material invade todas las escuelas, pero si al desarrollar ésta buscando más ancho círculo á las ciencias, no se la considera como el fondo que debe proveer los elementos necesarios á la imaginacion del estudiante, entónces, en vez de crear hombres pensadores, se crearían máquinas. Y es indudable que dichos elementos se encuentran tambien en las ciencias militares que los jóvenes compenetran fácilmente y con mayor gusto á nuestro parecer. No se comprende, pues, por qué se suprimen de la educación general las dichas ciencias militares que por sí solas representan la mitad de la vida inteligente de los pueblos.

9. Estableciendo nuestro sistema no vemos inconveniente ni perjuicio alguno en que se consagren en los centros de enseñanza superior dos ó cuatro horas á los estudios exclusivamente militares. Supongamos un joven que pase ocho años en un colegio y tres en la universidad, que emplee durante este tiempo tres horas por semana de estudios militares; esto da por resultado unas *mil* horas de educación



militar, tiempo suficiente para hacer un curso completo por el estilo del que hemos admitido para las escuelas de cadetes.

10. Como los estudios se hacen desahogadamente y se reparten en un tiempo largo, no se aglomeran ni se indigestan, y en cambio el jóven al salir de su colegio ó escuela superior se halla familiarizado con la táctica, conoce las armas, tiene elementos sobre la fortificacion, conoce la historia militar y tiene nociones del arte de dirigir la guerra; posee, por lo tanto, la instruccion militar necesaria á un oficial subalterno, y consecuentemente, la base para aspirar á la mayor suma de conocimientos que requieren gradualmente los empleos superiores. Creemos que de esta manera, entre los que salen de las universidades, se encontrarian tantos ó más hombres capaces de llegar á los puestos elevados de la milicia, que entre los que se limitan á la educacion del colegio militar ó que por diversas causas no reciben aquella tan completa como debieran. Y decimos tantos ó más, porque el soldado no se hace sólo con la instruccion primera: sabido es que muchos jóvenes cuyo nacimiento y patrimonio les permite recibir una educacion brillante, se abandonan despreciando la ocasion con que les brinda su fortuna, al paso que la misma carencia de medios inspira á otros, en lucha con la suerte, una energia y no-

ble ambicion que les da fuerzas y les hace dignos de conquistar los más altos honores.

11. Pero volviendo al asunto, ya hemos dicho que las ciencias en general presentan á menudo ocasión de hacer aplicaciones y referencias en el órden militar.

Ahora bien: en todos los colegios se enseña dibujo lineal, ¿por qué no se enseña tambien el dibujo topográfico? Si aquel ejercita la mano y crea el golpe de vista, éste tambien concurre á lo mismo; si aquel puede producir pintores, éste es de necesidad á los ingenieros, agrimensores, etc.

12. Tratándose de la zoología, se describen á los alumnos, pesada y minuciosamente, una porcion de animales que no han de ver jamás, ó que les sería suficiente verlos en una casa de fieras ó jardin zoológico. De veinte horas empleadas en estas lecciones, bien podrian segregarse doce para explicar á los discipulos la estructura, defectos y cualidades del caballo, animal doméstico que ven y verán todos los dias y del cual un gran número de ellos habrá de servirse alguna vez. Esto no dañando en nada á la zoología, reportaria á los jóvenes una excelente preparacion á muchos actos de la vida práctica, y á la vida militar en primer término.

13. Al estudiar la mineralogia, pudiera suprimirse algo de lo mucho que se trata de cris-

tales, que tal vez se han encontrado sólo una vez en la tierra, y extenderse más en el carbon y el hierro, materias de continua aplicacion y empleo en la sociedad. En física y química, véanse con preferencia los gases que provienen de la combustion de la pólvora.

En geografía, lo que más interesa es el exacto conocimiento del curso de los rios y sus cuencas; la forma real de las montañas, direccion é importancia de las grandes cordilleras, estudio minucioso de las fronteras de las naciones, límites de las provincias, etc., etc. En este punto se han trocado con el tiempo los nombres, pues lo que constituye la verdadera geografía física, esto es, la simple descripcion del globo, es llamada geografía militar, como si sólo á los militares conviniese.

14. Tratándose de la educacion corporal, cuya utilidad para la juventud reconoce más la sociedad de dia en dia, en estos últimos, los círculos ilustrados han acogido muy favorablemente la idea de que en los colegios deben establecerse los ejercicios de la *falange macedónica*. Esto prueba que hay tiempo para dedicarse á esos juegos útiles para el porvenir de los jóvenes, en cuyo caso nosotros creemos más razonable cambiar las evoluciones de la falange macedónica por las de la táctica militar actual.

15. En cuanto al personal idóneo para des-

empeñar este profesorado en los colegios, no hallamos inconveniente en que se formara de oficiales del ejército, que al hacerse la reduccion del pié de guerra al de paz podrian ser empleados en tan útil tarea, á ménos que sirvieran al efecto los mismos oficiales del ejército permanente durante la estacion de invierno, en que los cuerpos no tienen maniobras, y los oficiales, por lo tanto, están más desocupados.

16. Hasta aquí sólo nos hemos referido á las escuelas superiores. ¿Sería conveniente introducir la enseñanza militar en las escuelas primarias? Respondemos afirmativamente.

En el estado actual de la sociedad, la masa del pueblo no recibe más instruccion que la de dichas escuelas; todo el caudal de sus conocimientos, al dejar aquellas, se reduce á la lectura y escritura, algo de aritmética, á veces sólo las cuatro primeras reglas; tal vez un poco de dibujo, elementos de historia, de geografia, y, por último, la religion. La gran mayoría de los soldados y buen número de sargentos no posee otra instruccion.

Creemos, por lo tanto, que no hay necesidad de dar al niño una instruccion militar especial: bastará inculcarle nociones generales sobre la constitucion del ejército dentro de las instituciones del país, sobre todo, el fraccionamiento de la fuerza armada en unidades tácticas dife-

rentes, como compañía, batallón, escuadrón, batería, etc.; inculcarle también la idea del servicio militar y el cumplimiento y la extensión de este deber.

17. En la mayor parte de las naciones se ha establecido la instrucción obligatoria, á partir de cierta edad que varía generalmente, según los climas y países entre los 6 á 12 ó 14 años: existen además en algunos de aquellos, escuelas de *repaso* (Repetirschulen), para los niños que dejan las primeras en aquel máximo de edad, pero que necesitan no olvidar lo que aprendieron, por amor al estudio los unos, y porque aún no se hayan de dedicar inmediatamente á una profesión ú oficio los otros.

Pues bien: en las primeras escuelas verdaderamente de niños no pretendemos que se hagan ejercicios militares, pero sí en las segundas, donde aquellos cuentan ya con las fuerzas suficientes para los trabajos gimnásticos, y por lo tanto podrian con desembarazo manejar un pequeño fusil ó carabina y acostumbrarse á la puntería en el tiro al blanco.

18. Siguiendo nuestra gradación ascendente nos encontramos con las escuelas primarias superiores, complemento de las de primeras letras. En éstas ya se puede enseñar algo teórico; una ojeada general de táctica, algo sobre armas y fortificaciones de campaña. A nuestro juicio

se puede suponer con probabilidades de acierto que los jóvenes que terminan su educacion en estas escuelas y no pasan á otras de mayor órden, se dedicarán á un oficio ó entrarán en el comercio. Al ingresar más tarde en el ejército, tendremos en esta juventud una buena clase de sargentos ó empleados secundarios en los ramos de administracion.

Y vienen las escuelas especiales cuyos alumnos han seguido ya un curso más completo de estudios, en cierto modo de la parte facultativa militar. No cabe duda que más tarde, el ejército hallará en ellos un excelente personal para oficiales de artillería, ingenieros y ramo de administracion, intendencia, comisariado, etc.

19. Tal es á grandes rasgos la base del sistema que proponemos á la meditacion de los que tienen á su cargo este asunto vital de los pueblos europeos. Tal vez no esté en el interes y la conveniencia de muchos gobiernos el aceptar esa fusion del elemento civil y el militar, y á cuya solicitud responderian con un *Non possumus* que no trataremos de combatir porque las ideas se esparcen poco á poco, toman cuerpo y concluyen por invadir todas las esferas.

Nosotros creemos que ya es tiempo, que estamos preparados para ello y que sólo falta la poderosa voluntad de un génio que rompa la marcha.

SEXTA PARTE

DEL CARÁCTER MILITAR QUE FORMA LA ESCUELA.

1. Las anteriores partes han sido consagradas al explanamiento de la educacion intelectual y física con relacion á sus aplicaciones en la esfera militar.

Pero toda la inteligencia, todo el *espíritu* (Geist), la fuerza y destreza toda del soldado, no son nada si no se acompañan de ciertas indispensables cualidades del carácter.

Hé aquí por qué todavía nos resta algo que exponer sobre los medios de formar el alma y el carácter del soldado, es decir, su educacion en el sentido más concreto de esta frase.

2. Una de las primeras cualidades del soldado es el valor. Cuando dos hombres se disponen á luchar, el que tiene mayor confianza

en su fuerza ó maña entra más decidido á la pelea; y téngase en cuenta que esta condiccion no la modifica ni el lugar y el modo, ni el armamento, ora la lucha tenga lugar con bayoneta, con sable ó sólo con las manos.

Pero desde que las armas de fuego de toda especie constituyen la parte preponderante del armamento, ha venido á ser caso raro la lucha individual de dos hombres á brazo partido. Las distancias de combate tambien se han alargado, y el plomo y el hierro enemigo llegan desde muy lejos á través del espacio sin que haya fuerza ni maña capaz de detenerlos. La fuerza de los atletas ha perdido considerablemente su valor, y hoy el hombre necesita mantenerse firme y sereno, expuesto á esos traidores proyectiles, que no se sabe muchas veces de dónde vienen ni hasta dónde van. Hoy, por lo tanto, el valor es de otra especie que en los pasados tiempos; el hombre de honor puede poseerlo mejor que el coloso.

3. Cuando un militar pundonoroso, á la cabeza de mil hombres, ve que éstos huyen y se desbandan á las primeras descargas, ¿cómo podrá contenerlos? Lo único que puede es quedarse solo y morir en su puesto. Pero al sacrificarse, si bien ha ganado mucho para su gloria, nada ha conseguido en favor del combate, no ha obtenido ningun resultado útil, y precisa-

mente á obtenerlo deben encaminarse todos sus esfuerzos.

¿Cómo inspirar á las masas militares, á través de la *lluvia de fuego*, el ánimo esforzado de detenerse, sostenerse y avanzar?

4. El soldado actual, el soldado de la táctica *globular*, como la llama Berenhorst (1), para cumplir sus deberes tiene necesidad del sentimiento de su superioridad sobre el enemigo. Sólo las fuerzas intelectuales pueden inspirarle la conciencia de esta superioridad.

Sabe el soldado que posee un fusil mejor que el de su enemigo; sabe que dispara más rápidamente con su arma; que ésta es de más precisión y mayor alcance, pero á pesar de todo... ¡estas ventajas de cuán poco le sirven individualmente! Nada de esto le salva de ser muerto por un adversario mal armado.

Estas consideraciones nos suministran un corolario que se convierte en axioma evidente, incontrovertible; es á saber: que el valor del soldado en el combate no descansa sobre sus condiciones físicas, naturales ó adquiridas, como en la lucha al arma blanca, sino en las cualidades colectivas del ejército entero. El sol-

(1) *Berenhorst*, antiguo oficial prusiano que hizo la guerra de *Siete años* á las órdenes de Federico II. A fines del pasado siglo escribió un tratado sobre el arte de la guerra.

dado moderno no debe confiarse en sus propias armas; es preciso que cuente con las de todo el ejército: haciendo abstraccion de su individualidad, debe suponer y esperar, sin embargo, que su ejército alcanzará la victoria.

¿Pero de qué modo será capaz el soldado de hacer abstraccion de sí mismo? Sólo por medio, y á favor de un cierto grado de instruccion intelectual.

El anciano general Jomini consignó sobre este punto, con motivo de la guerra de 1866, una multitud de errores, sólo disculpables teniendo en cuenta su avanzada edad, y que jamás estuvo en contacto íntimo con el soldado. Pero no tienen la misma disculpa los nuevos oficiales que han seguido las opiniones de aquel veterano maestro del arte de la guerra en San Petersburgo: creemos de buen grado que sólo obedecieron ciegamente al respeto universal que inspiraba aquella grande inteligencia militar.

5. Pero volviendo al tema propuesto, ¿qué se dice á sí mismo el soldado que tiene conciencia de la superioridad colectiva del ejército? Dice seguramente: «Yo puedo sucumbir; pero nuestro ejército ganará la batalla, y nuestro país será victorioso y triunfante.» Y este es el razonamiento que debe hacer cada individuo en los momentos del peligro, porque sólo de este

modo arrostrará la muerte con tranquilidad, batiéndose por el honor de su patria como ciudadano amante de ella. Pero semejante razonamiento y sacrificio exige un cierto grado de instruccion que todos los hombres pueden poseer fácilmente. Importa mucho que la instruccion tenga carácter nacional.

6. El soldado, al marchar al combate, debe ir resuelto á que su patria se mantenga de pié, en primera fila y dueña de su poderío y grandeza. Conviene, para que así sea, que el soldado vea en esta patria, por la cual pelea y sucumbe, algo de superior á lo que concierne al bienestar del individuo aislado, algo de universal, algo de útil y provechoso para la familia, para la sociedad en general; algo, por fin, de eso que sobrevive al individuo. Para que el hombre exponga su vida por estas ventajas de ultra-tumba, preciso es que las vea y reconozca. Mientras mayor sean la educacion y la instruccion, mejor se reconocerán aquellas, pues no hay talento natural que dé esta doble vista, esta ojeada ó adivinacion del porvenir.

Si los Estados-Unidos de América hubieran sido habitados por gentes sin ninguna instruccion, ¿cómo habrian podido reunir un formidable ejército para defender la Union y áun para abolir, en parte, la esclavitud?

7. La historia es la encargada de enseñar-

nos el origen de un país y su desarrollo floreciente, merced al esfuerzo de sus hijos.

En los países donde se cultivan con respeto los grandes recuerdos históricos, donde la juventud aprende á tener conciencia de sí misma y educacion de ciudadanía, como se forma por la escuela, en esos países no falta nunca semilla fecunda para el ejército.

8. Las grandes naciones se dividen en provincias, y éstas, por lo general, nos presentan notables diferencias de hábitos, costumbres, aspiraciones y áun creencias.

Reduciendo el escenario: do quiera viven dos hombres uno al lado del otro, nace una rivalidad, cuya más noble expresion es el deseo que cada uno siente de sobrepujar á su vecino en lo bueno y útil.

A medida que la instruccion se eleva, aquella rivalidad se áquilata, se ennoblece y se revela bajo la forma de un digno orgullo, que rechaza todo lo que es grosero y vil.

9. El hombre instruido siente mejor que el ignorante la vergüenza de ceder y huir en el combate. Más imperio sobre sí mismo da á aquél la reflexion que á éste el instinto natural. Y esto casi no necesita demostrarse. Por lo mismo que es tambien hija del instinto natural la fuga ante un peligro que se cree no poder dominar, sólo la reflexion dará fuerzas para sostenerse en tan

terrible trance. La imperiosa necesidad de hacer frente al peligro, á pesar de la impotencia para vencer, el sentimiento del honor, el orgullo de raza, y, por último, la reflexion de la inutilidad de la fuga y acaso su mayor peligro, todas estas causas juntas impelen á entrar en línea y sostenerse hasta el último momento.

Otra consideracion existe que ayudará poderosamente á que el soldado no se desbände, y es cuando sepa que tiene detrás cañones ó tropas firmes que enviarán la muerte á los fugitivos. Pero aunque este medio fuera siempre posible y eficaz, lo cual no es cierto, todo soldado de honor desearia que pareciera supérfluo ó inútil y que sólo se deba á su conciencia y á su disciplina la firmeza y el valor que despliega.

10. Tambien la ambicion de la gloria ó de los honores es aguijon poderoso que espolea el ánimo é impulsa á las grandes hazañas. Dentro de una misma nacion una provincia quiere ser superior á otra: un pueblo á otro pueblo. Dentro de un mismo ejército un arma pretende aventajar á las otras; dentro de las armas rivalizan los regimientos.

Grande y provechoso sistema es el de formar los regimientos por razas que conservan sus recuerdos históricos, en medida de los cuales quieren distinguirse. Tambien es conveniente distribuir el ejército con arreglo á las divisiones

territoriales, sobre todo, en la época actual que los elementos del ejército cambian y se renuevan rápidamente por efecto del breve tiempo de servicio activo. Dar á los regimientos ó batallones nombres de provincias es un procedimiento muy acertado; pero no será útil sino á condicion que dichos nombres no sean una mentira, esto es, que los cuerpos se compongan de hombres naturales de la provincia cuyo nombre llevan.

11. Hasta aquí las cualidades del soldado. Las que corresponden á los oficiales de todos grados deben ser tanto más perfectas cuanto mayor es la categoría y mando que ejercen. Y todavía es exigir poco. Pero examinemos la cuestion en sus detalles.

Veamos cuál ha de ser el valor del oficial, del jefe, con relacion al del soldado.

Ante todo el oficial, de cierta graduacion, tiene ya una historia militar en la que debe inspirarse, y por lo cual está obligado en todos terrenos á prestar servicios muy superiores á los del soldado.

Como quiera, ademas, que las clases sociales de que procede generalmente el oficial tienen mayor grado de instruccion, y que él la ha adquirido por el estudio y la práctica, bien puede exigírsele más valor personal que al soldado, teniendo siempre en cuenta que aquél, en los

combates modernos, se inspira especialmente no en la fuerza física, sino en una abstraccion que implica por necesidad la cultura intelectual.

12. Quede sentado, pues, que el oficial debe dar ejemplo de valor á sus soldados y mantenerse siempre á la cabeza de su tropa frente al enemigo. Pero de aquí se desprenden nuevos deberes, responsabilidades nuevas.

Supongamos un oficial de fogoso temperamento, que, despreciando la vida, se precipita ciego en medio del peligro. Y preguntamos: Cuando, dejándose llevar de su valor imprudente, por nada se detiene, y conduce su tropa á temerarias empresas, ¿hace su deber? ¿cumple la mision que le compete?

No, ciertamente. Como jefe, responde de la tropa que manda; responde tambien del cumplimiento de la operacion general que se verifica en la parte que le corresponde como unidad del todo, pues con la fuerza á sus órdenes concurre á la ejecucion de un plan general.

En la lucha de los partidos, en las asonadas, el hombre aislado puede dejarse llevar por su corazon, responsable sólo de su persona. Al jefe responsable del útil empleo de su tropa, no le está permitida aquella omnimoda libertad de accion. La sangre fria y el juicio reposado, deben ser los guias del verdadero valor del oficial.



13. Vamos á resumir en algunas sencillas fórmulas las reflexiones que debe hacerse todo jefe; la experiencia y el tiempo llegarán á inspirárselas naturalmente.

1.^a Llevo los hombres á la muerte... mientras más pierda ahora, ménos me quedarán para el resto de la operacion... el exceso de los que sucumban en este combate, tal vez haga falta para los combates venideros.

2.^a Si mis soldados, sin ser muertos ni heridos se entregan vergonzosamente ó se dejan aprisionar, la pérdida será mucho más dolorosa y humillante para el ejército y para la patria: debo evitar á todo trance este caso.

3.^a Pueden presentarse casos en que me sea preciso marchar adelante, despreciándolo todo, sin medir el peligro ni contar las pérdidas: mientras mayores sean las probabilidades de la repetición de estos casos, más debo economizar el sacrificio á mis soldados cuando no es necesario. Mis soldados, por su parte, seguirán llenos de confianza en mí, donde yo los conduzca, sabiendo que obro con arreglo á las circunstancias, que procuro evitar, en lo posible, las pérdidas, y que en las situaciones difíciles atiendo á resguardar mi tropa sin desatender la obligación del fin que se propone el combate.

14. Véase cómo el justo valor del oficial

debe ser templado por la conciencia de su responsabilidad para con superiores é inferiores. Esta doble responsabilidad la tiene todo oficial de cualquier graduacion. El mismo general es responsable ante lo que está sobre él, esto es, su gobierno, su país, la causa que defiende y la causa de la humanidad.

La verdadera grandeza del jefe se revela siempre que sabe llevar con ánimo entero sobre sus hombros el peso de una grave responsabilidad y cuando, despues de madura reflexion y detenido exámen, hace cuanto depende de él por alcanzar el triunfo. En tales momentos, se conoce si posee la fuerza de carácter que conviene á un capitán.

Tan poca aptitud militar revela el que rechaza la responsabilidad que le incumbe en los casos de honra, como el que, despreciando aquella, obra sólo guiado por su temperamento ó por motivos egoistas en la espera de ventajas personales.

15. Ciertó es que en la guerra hay que atreverse á todo. Ciertó es que á los mejores planes y á la más exacta ejecucion, puede seguirse una desgracia imprevista. Esto es posible; sucede á veces, aunque más bien en los detalles y hechos parciales que en el conjunto, puesto que no existen compañías de seguros contra las derrotas, ó que garanticen la victoria. Pero es indudable

que una buena y sólida instruccion nos inspirará los mejores medios de ejecucion cuando se trata de un caso difícil y arriesgado.

Sólo la instruccion nos dará fuerzas, despues de examinadas todas las circunstancias, para asumir tranquilamente una grave responsabilidad; ella nos inspirará la conviccion de haber hecho todo lo posible en bien del servicio; ella nos ayudará á soportar los reveses con ánimo entero, y de tal modo, que las consecuencias de aquellos no se hagan sentir desastrosamente en el conjunto de las operaciones.

16. Si echamos una ojeada á la historia, hallaremos elocuentes y diversos ejemplos. En ella veremos hombres que á todo se han atrevido, triunfando en todo, al paso que otros, osando lo mismo, han sucumbido en la primera empresa. En ella veremos hombres á quienes sus contemporáneos han condenado porque se lanzaron á audaces tentativas que no coronó el éxito, mientras que la posteridad más juiciosa ó ménos apasionada les ha otorgado coronas á pesar de los resultados.

Téngase en cuenta, al repasar la historia, que juzgamos con tanta más despreocupacion mientras más léjos de nosotros se hallan los sucesos que narramos. ¡Cuán limpia de pasiones y cuán simpática se presenta ante la juventud estudiosa la historia antigua! Domina, embarga y exige

al lector una admiracion sencilla hácia aquellos hombres que vivieron y murieron por su pueblo y por su patria; que supieron vivir y morir en el justo lugar y modo que debian.

17. Nosotros vivimos hoy en una triste época desgraciada que no se presta á la reproduccion de los grandes hechos presentados por la historia antigua.

La libertad individual fué proclamada el siglo XVIII; primero en teoría, despues con la revolucion francesa y sus inmediatas consecuencias. Esta libertad llegó en parte á ser real y positiva, pero trayendo consigo una complicacion nueva y capital que hizo desaparecer de la rivalidad de los partidos la sencilla fe que los sostenia.

18. Somos ancianos ya y contemplamos hoy con estupefaccion esos mozalvetes de 15 á 20 años que hablan con énfasis de todo, que aparentan saberlo todo.

Sin abandonar su guante blanco en lo físico como en lo moral, asemejan por sus aires pigmeos consejeros de Estado (*Geheimrathchen*) por derecho de nacimiento. Si al verlos no supiésemos lo que son y valen en realidad, tendríamos que admirar los progresos de la civilizacion ante estos muñecos, que sonrien con una mueca de compasion á todo lo ideal y sublime.

Pero mirándolos de cerca, salta á los ojos

cuanto hay de vano y vacío en esa juventud que sólo puede inspirar un profundo menosprecio.

19. Pasaron ya los tiempos felices en que el más humilde tendero se hubiera avergonzado de revelar un estrecho y egoísta materialismo en sus actos ó palabras; en que el más oscuro comerciante se sentía orgulloso concibiendo y admitiendo un bien ideal, algun puro goce del espíritu. Ese dichoso tiempo ha muerto: los hombres que hoy cuentan de 20 á 25 años no lo han alcanzado.

En semejantes circunstancias creemos no sería tan inconveniente como algunos piensan el que las escuelas de cadetes diesen á los jóvenes que se dedican á otras carreras la instruccion que aquellas enseñan, más sencilla y severa que la de las escuelas civiles del mismo grado y categoría. Mas como quiera que estas condiciones, que favorecen muy poco nuestra civilizacion, serán condenadas por la mayoría, creemos que para modificar y mejorar este estado de cosas no sería ni imposible ni inútil establecer en las escuelas de segundo órden la instruccion militar, dando á los alumnos un uniforme sencillo, cómodo, exento de lujo, pero severo, y que les inspirara cierto carácter levantado y digno.

20. El noble ejemplo de la vida de los grandes hombres y de los célebres capitanes de la antigüedad hará su efecto, ejerciendo una po-

derosa influencia sobre las tiernas impresiones de la juventud. Pero no olvidemos que dicha influencia podria ser debilitada por las condiciones demoleadoras que en nuestra época preponderan.

21. El valor—sentemos como axiomático este punto—cuando no sea resultado del temperamento, es susceptible de ser despertado y desarrollado en todas las edades por medio de la instruccion, por medio del conocimiento de la historia universal y la patria historia, que nos suministrará ejemplos de heroismo útil, fructuoso y coronado de laureles, y de imperecedera memoria; de la historia patria, decimos, y de sus instituciones, que deberán mostrarnos grandezas y glorias dignas de ser defendidas y continuadas, á trueque de todo género de sacrificios.

Y estas grandezas y ventajas, si son universalmente reconocidas, no se reducen á máximas imaginarias, no son fórmulas vanas de educacion, que se desvanecen al mas ligero exámen. El fin de la educacion, tal como la concebimos y proponemos, se alcanzará con tanto mayor fruto, y será tanto más fija y durable, cuanto que descansa sobre la más sólida base de todas las ciencias, sobre la verdad.

22. La instruccion militar es tambien base indispensable de aquella especie de valor que

sólo se puede exigir á los más altos jefes de la milicia. Ella completa, prepara y áun suple parcialmente á la experiencia, mostrando con claridad la verdadera naturaleza de la guerra, la necesidad de una juiciosa resolución y todo el alcance de la responsabilidad. Puede decirse, en fin, que ella *enseña* realmente el supremo valor que deben poseer los jefes.

23. Existe en el soldado otra virtud, la cual por sí sola encierra en realidad todas las que de él se exigen; esta es el perfecto *sentimiento del deber*. Generalmente nos contentamos con reducir al soldado á la obediencia, creyendo que con esto está conseguido todo. Grave error, pues cuando el sentimiento del deber se traduce y revela sólo por la obediencia, prueba cierta es de que aquel no existe por completo.

Creemos también que la obediencia pasiva rara vez es suficiente. La moral del soldado descansa sobre la idea de que él se considera como una parte del todo: en el mando, como en la obediencia, debe comprender y obrar por el bien de todo el ejército. ¡Cuánto y cuán grandemente se distingue esta moral de la del comercio, por lo ménos, de la que se ha desarrollado en esta época! La moral egoísta, que sólo tiende á los fines particulares de cada individuo y á sus ganancias, no puede en modo alguno ser jamás la generosa moral del soldado.

24. La obediencia que el militar, desde el más alto al más bajo, presta á toda órden, tiene por fundamento la necesidad de una accion comun hácia un fin determinado, y por lo tanto, la conducta de cada individuo en la direccion á todos indicada, la cual implica el sacrificio de toda ventaja personal. Ahora bien; de aquí resulta que si la obediencia militar sólo debiese ser pasiva, como suele suponerse, no responderia á lo que de ella puede y debe exigirse. Cada soldado está en el deber de esforzarse, no sólo por cumplir la órden recibida, sino áun por perfeccionarla si es posible y necesario, esto es, hacer más de lo que se le pide. De lo contrario, ¡cuántas ocasiones se presentan en la guerra, á propósito para dar pruebas de obediencia pasiva, sin obedecer realmente, si se atiende al objeto que la órden se proponia!

25. La puntualidad en la obediencia tiene sus grados, sus matices, sus categorías. Regla general: la obediencia es indispensable, esto es fácil de conocer á poco que se medite en el hecho de que las mejores combinaciones militares fracasan cuando un simple miembro falta á la armonía de las fuerzas, tiempos ó lugares; y esto puede acontecer por casualidad, pero tambien por descuido de los encargados de obrar de comun acuerdo.

La puntualidad en la obediencia es una vir-

tud militar que puede adquirirse, en gran parte, por medio de la costumbre. Mientras más inferior sea la posición del individuo en la jerarquía militar, más fácil le será adquirir esa puntualidad de la obediencia en el grado que conviene. Hé aquí por qué es necesario cierto método y régimen en el servicio militar, método que algunos rechazan porque no profundizan al buscar la causa que le ha creado, que es el imperio de la costumbre, propio de la naturaleza humana. Suplicamos la atención sobre este punto. Si un niño ha vivido desde sus primeros años bajo el imperio de un método, ¿no ha de ser superior á aquel que ha adquirido las costumbres casi por la fuerza, en algunos años ó quizá en pocos meses, y cuando ya está formado y endurecido por la edad? Si toda la juventud viviese bajo el régimen militar durante sus primeros años, produciría un ejército sin rival.

26. La buena disciplina de una escuela tiene mucha analogía con la buena disciplina militar. Bueno es y útil por lo tanto habituarse al régimen de la escuela.

Mas para que este régimen sea realmente útil, es preciso que revele en su aplicación la utilidad y la necesidad de su empleo. Sabido es que existen muchas prescripciones relativas al régimen y disciplina militar, las cuales fueron en tiempos atrás útiles y necesarias por razones depen-

dientes de las circunstancias; pero esas mismas reglas no son ni necesarias ni útiles, porque se hallan en contradicción palpable con nuestras costumbres modernas.

¿Habrá quien sostenga, por ejemplo, que se debe tratar hoy día á un recluta prusiano como se trataba hace cien años á un recluta polaco de las provincias conquistadas por la Prusia? Es evidente que nadie se atreverá á sostener semejante absurdo. Todavía, no obstante, existen oficiales que rinden culto á una extraña obediencia ciega, sin darse cuenta de su verdadero significado. A semejanza de los lobos, que sólo aullan con los demás lobos, piensan éstos que es preciso acostumar al soldado á ejecutar hasta las más arbitrarias é inútiles órdenes, á fin de que luego no vacile en cumplir las necesarias y racionales.

La máxima no puede ser más peligrosa. Cuando una regla no tiene por apoyo la ley de la necesidad y la conveniencia de la época, ó se ha de llevar por los cabellos, ó corre el peligro de hacerse ridícula, sobre todo á los ojos de la juventud, no sólo en las escuelas, pero también en el ejército activo. Cuando un reglamento cae en el ridículo, los castigos que se impongan para hacerlo respetar y cumplir se hacen ridículos también é ineficaces; de igual modo son ineficaces é inútiles las recompensas que se otorguen

á los que lo observan. Tales castigos mueven á la indisciplina; tales recompensas son objeto de burla para los mismos agraciados.

27. Si se quiere establecer una disciplina racional, utilizándose para ello el excelente proceder de la costumbre, la primera condicion al efecto es la de no aceptar é imponer otros reglamentos que los que se hallan justificados por la sana razon. Cambiarlos y modificarlos segun las necesidades es lógico, pero una vez adoptados y prescritos, debe sostenerse á todo trance su rigurosa observacion.

Por algo decia Napoleon I que era preciso cambiar la táctica cada diez años. Del mismo modo los reglamentos, ordenanzas y disposiciones que se reconoce han envejecido, deben reemplazarse por otros acomodados á la época en que se vive.

28. Todas estas máximas tienden á dirigir las cosas militares por el mejor y más seguro camino. Quien quiera ser obedecido puntualmente y con inteligencia, debe mandar con inteligencia y acierto.

No es digno del mando quien exige la obediencia sólo por el capricho y la satisfaccion de ser obedecido.

Todo el que manda, ántes de dictar una órden debe reflexionar en la necesidad de ella.

Nada hay más dañoso para la disciplina que

la manía de mandar. Pocas órdenes y buenas es lo más sábio.

Tambien se tendrá en cuenta la circunstancia de que las órdenes sean ejecutables. Las órdenes inejecutables pervierten la mejor tropa.

Igualmente desmoralizan la tropa las órdenes que se suceden rápidamente y que se contradicen. Estas inspiran al soldado desconfianza de sus superiores é infiltran en todos una indiferencia general y justificada que puede en un momento dado acarrear funestas consecuencias.

29. Toda orden militar debe ser precisa, clara, terminante y seguida de inmediata ejecución. Todo culpable de desobediencia debe ser castigado con el mayor rigor, cualquiera que sea su categoría.

30. Estas reminiscencias de los principios fundamentales de toda disciplina, no son superfluas seguramente; por el contrario, tienen una muy sólida base.

Desgraciadamente vemos todos los dias la fatal manía del mando por capricho, y sus consecuencias naturales que son una obediencia negligente y forzada. Acontece con frecuencia que apenas se leen las órdenes que se reciben, y hay quien las arroja á un lado sin enterarse de ellas, ó bien reservándose el cumplimentarlas á su manera, segun la más ó menos caprichosa interpretacion que quiere dárseles.

Semejante proceder desconcierta las más sábias medidas militares; pero la responsabilidad de este mal debe exigirse al mando en jefe, porque, entre otras causas, no cela y exige el exacto cumplimiento de sus mandatos.

Tampoco los jefes, por su parte, deben mandar más de lo necesario, dar órdenes sobre órdenes ó pedir sin cesar documentos de toda especie.

31. La exuberancia de órdenes y disposiciones, además de ser poco seria para el espíritu militar, relaja la disciplina y menoscaba el prestigio del mando, destruyendo el interés que debe animar á todos de concurrir con una sola voluntad al fin supremo que se proponen las cosas militares, y especialmente de la guerra. Que en las esferas elevadas de la milicia se atienda más al fondo que á la forma, hé aquí el fundamento de un ejército fuerte, y que merezca el nombre de tal. Si por no tener en cuenta este principio nace la indiferencia en las filas, pronto aquella semilla destructora toma carta de naturaleza en ellas, y una vez rota la cohesión de la fuerza armada, el genio más grande puesto al frente de ella, difícilmente obtendría resultados fructuosos.

32. En este concepto los jefes (1) deben siem-

(1) Jefe, en alemán Führer, esto es: el que conduce, conductor, guía, mentor.

pre proceder en sentido de las máximas expuestas. Pero sólo la instrucción militar habrá de revelarnos el verdadero valor de estos principios. El simple soldado sin cultura, por muy buena que sea su voluntad, no llegará nunca á compenetrarse de la significación é importancia de la obediencia inteligente y del mando razonado.

El que no comprende una orden ¿podrá disponer y mandar algo con arreglo á ella? Más breve: ¿el que no comprende una orden, podrá cumplimentarla? ¿Cuán larga é insoportable (*unverdaulich*) (1) no sería una orden cualquiera si el que debiera ejecutarla no poseyese la instrucción necesaria al efecto, y con ella el conocimiento íntimo de la terminología militar!

La verdadera terminología no es otra cosa que la condensación, la síntesis de toda la ciencia militar. De aquí resulta que el perfecto conocimiento de la ciencia basta por sí mismo á crear una terminología fija y útil para todos.

(1) Indigesta.

VIDAS
DE
ESPAÑOLES CÉLEBRES
POR
DON MANUEL JOSEF QUINTANA



DOS PALABRAS AL LECTOR

El laureado poeta D. Manuel José Quintana, gloria del parnaso español, inspirado por su amor á las grandezas pátrias, escribió por los años 1807 las vidas de varios españoles célebres en las armas, en el gobierno y en las letras. Aunque algunas vieron la luz pública, el clarin guerrero de Napoleon vino á interrumpir las provechosas tareas del autor de la *Oda á la imprenta*.

Las vicisitudes ya adversas, ya prósperas, que corrió la existencia de Quintana con motivo de nuestra gigantesca guerra de la independendencia, no le permitieron hasta el año de 1830 revisar, corregir y

enriquecer los originales de aquellas historias con nuevos é interesantes datos extraídos de las mejores fuentes.

Con posterioridad han sido aquellas reimpresas en Paris, formando un volumen de la *Coleccion de los mejores autores españoles, antiguos y modernos*.

«Las vidas de los hombres célebres, »dice el prólogo de la citada obra, son de »todos los géneros de historia, el más »agradable de leerse. La curiosidad, ex- »citada por el ruido que aquellos perso- »najes han hecho, quiere ver más de »cerca y contemplar más despacio á los »que, con su talento, virtudes ó vicios ex- »traordinarios, han contribuido á la for- »macion, progresos y atraso de las na- »ciones.»

Siendo nuestro propósito que hallen cabida en esta BIBLIOTECA las biografías de aquellos Capitanes que más se distinguieron en el arte de la guerra, hemos creído digna del primer puesto la simpática figura de GONZALO FERNANDEZ DE CÓRDOBA, por sus grandes prendas militares, apellidado el GRAN CAPITAN.

Y p r esto, y porque señala una época

gloriosa de nuestra historia y porque, en fin, aquel nombre es de legítima raza española, le damos á la estampa tal como nos le hizo conocer Quintana, con los vivos rasgos de su elocuente pluma.

EL GRAN CAPITAN

EL GRAN CAPITAN (1)

Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado por su excelencia en el arte de la guerra el *Gran Capitan*, nació en Montilla en 1453. Su padre fué D. Pedro Fernandez de Aguilar, rico-hombre de Castilla, que murió muy mozo, y su madre doña Elvira de Herrera, de la familia de Enriquez. Dejaron estos señores dos hijos, D. Alonso de Aguilar, y Gonzalo, el cual se crió en Córdoba, donde estaba establecida su casa, bajo el cuidado de un prudente y discreto caballero, lla-

(1) Autores consultados: Zurita.—Mariana.—Crónica anónima del Gran Capitan.—Sumario de las hazañas del Gran Capitan, por Hernan Perez del Pulgar, señor del Salar.—Paulo Jovio.—Duponcet.—Ayala.—Guicciardini.—Giannone.—Herrera, hechos de los españoles en Italia.—Bernaldez, Crónica manuscrita de los Reyes Católicos.—Comentarios de los hechos del Sr. Alarcón.

mado Diego Cárcamo. Este le inspiró la generosidad, la grandeza de ánimo, el amor á la gloria y todas aquellas virtudes que despues manifestó con tanta gloria en su carrera. Ellas habian de ser su patrimonio y su fortuna; pues recayendo por la ley todos los bienes de su casa en su hermano mayor D. Alonso de Aguilar, Gonzalo no podia buscar poder, riqueza ni consideracion pública, sino en su mérito y sus servicios.

El estado en que se hallaba entónces el reino de Castilla presentaba la mejor perspectiva á sus nobles esperanzas: el tiempo de revueltas es el tiempo en que el mérito y los talentos se distinguen y se elevan, porque es aquel en que se ejercitan con más accion y energía. La incapacidad de Enrique IV habia puesto el Estado muy cerca de su ruina; los grandes descontentos; las ciudades alteradas; el pueblo atropellado, robado y saqueado; el país hirviendo en tiranos, robos y homicidios; las leyes sin vigor alguno; ninguna policia, ningunas artes; todo estaba clamando por un nuevo órden de cosas, y todo dió ocasion á las escandalosas escenas que hubo al fin de aquel triste reinado. Dividióse el reino en dos partidos, favoreciendo el uno al infante Don Alonso, hermano de Enrique, á quien despojaron en Avila del cetro y la corona como inhábil á llevarlos. La ciudad de Córdoba siguió el partido del infante, y entónces fué cuando Gonzalo,

muy jóven todavía, se presentó, enviado por su hermano, en la corte de Avila, á seguir la fortuna del nuevo rey, á quien sirvió de paje y ayudó en la guerra.

La arrebatada muerte de éste príncipe desbarató las medidas de su faccion, y Gonzalo se volvió á Córdoba. Mas despues fué llamado á Segovia por la princesa doña Isabel que, casada con el príncipe heredero de Aragon, se disponia á defender sus derechos á la sucesion de Castilla contra los partidarios de la princesa doña Juana, hija dudosa de Enrique IV. Es bien notoria la triste situacion de este miserable rey, obligado á reconocer por hija de adulterio la hija de su mujer, nacida durante su matrimonio, y á pasar la sucesion á su hermana, á quien no amaba: despues, llevado por otro partido que abusaba de su debilidad, á volver sobre sí, y declarar por hija suya legitima á la que ántes habia confesado ajena, y á destrozar el Estado con este manantial eterno de querellas y divisiones. Isabel, sostenida por la mayor y más sana parte del reino, y apoyada en las fuerzas de Aragon, reclamó contra la inconstancia de su hermano. Entónces fué cuando Gonzalo se presentó en Segovia; y si su juventud y su inexperiencia no le dejaban tomar parte en los Consejos políticos y en la direccion de los negocios, las circunstancias que en él resplandecian le

constituian la mayor gala de la córte de Isabel. La gallardía de su persona, la majestad de sus modales, la viveza y prontitud de su ingenio, ayudadas de una conversacion fácil, animada y elocuente, le conciliaban los ánimos de todos, y no permitian á ninguno alcanzar á su crédito y estimacion. Dotado de unas fuerzas robustas y diestro en todos los ejercicios militares, en las cabalgadas, en los torneos, manejando las armas á la española, ó jugando con ellas á la morisca, siempre se llevaba los ojos tras de sí, siempre arrebatava los aplausos; y las voces unánimes de los que le contemplaban, le aclamaban príncipe de la juventud. Añadíase á estas prendas eminentes la que más domina la opinion de los hombres, una liberalidad sin límites y una profusion verdaderamente real. Cuando Covarrubias, un doméstico de la princesa, vino de su parte á decirle qué cuánta gente traia consigo, para señalarle larga y cumplida quitacion: «Yo, señor maestresala, respondió él, soy venido aquí, no por respecto de interés, sino por la esperanza de servir á S. A., cuyas manos beso.» Sus muebles, sus vestidos, su mesa, eran siempre de la mayor elegancia y del lujo más exquisito. Reprendíale á veces el prudente ayo aquella ostentacion muy superior á sus rentas, y aún á sus esperanzas, por magníficas que fuesen; y su hermano D. Alonso de Agui-

lar desde Córdoba le exhortaba á que se sujetase en ella, y no quisiese al fin ser el escarnio y la burla de los mismos que entónces le aplaudian. «No me quitarás, hermano mio, contestó Gonzalo, este deseo que me alienta de dar honor á nuestro nombre y de distinguirme. Tú me amas y no consentirás que me falten los medios para conseguir estos deseos; ni el cielo faltará tampoco á quien busca su elevacion por tan laudables caminos.» Esta dignidad y esta grandeza de espíritu le anunciaban interiormente, y como que manifestaban á España la gran carrera á que le llamaba el destino.

Muerto Enrique IV, el rey de Portugal, que habia tomado la demanda de doña Juana, hija del monarca difunto, sobrina suya y con quien se habia desposado, rompió la guerra en Castilla con intencion de apoderarse del reino en virtud de los derechos de su nueva esposa. En esta guerra hizo Gonzalo su aprendizaje militar bajo el mando de D. Alonso de Cárdenas, maestro de Santiago. Mandaba la compañía de 120 caballos de su hermano, el cual se hallaba en Córdoba y empezaba á demostrar con su valor y bizarría la realidad de las esperanzas cifradas en su persona. Los otros oficiales de su clase solian en los dias de accion vestir armas comunes para no llamar la atencion de los enemigos. Gonzalo, al contrario, en estas ocasiones se

hacia distinguir por la bizarría de su armadura, por las plumas de su yelmo y por la púrpura con que se adornaba, creyendo, y con razon, que estas señales, que manifestaban el lugar en que combatia, servirian de ejemplo y de emulacion á los demas nobles, y á él le asegurarian en el camino del honor y de la gloria. Esta conducta fué la que en la batalla de Albuhera le granjeó la alabanza del general, quien dando al ejército las gracias de la victoria, aplaudió principalmente á Gonzalo, cuyas hazañas, decia, habia distinguido por la pompa y lucimiento de sus armas y su penacho.

Acabada la guerra de Portugal y apaciguado el interior del reino, Isabel y Fernando volvieron su atencion á los moros de Granada. Esta empresa era digna de su poder y necesaria á su política. Ningun medio más á propósito para aquietar á los grandes, para afirmar su autoridad y ganarse las voluntades del Estado entero, que tratar de arrojar enteramente á los sarracenos de España. Tuvieron éstos la imprudencia de provocar á los cristianos que estaban en plena paz con ellos y tomar á Zahara, villa fuerte situada entre Ronda y Medina-Sidonia. Esta injuria fué la señal de una guerra sangrienta y porfiada que duró diez años y se terminó con la ruina del poder moro. Gonzalo sirvió en ella al principio de voluntario, despues

de Gobernador de Alora, y al fin mandando una parte de la caballería. Apenas hubo en todo el discurso de esta larga contienda lance alguno de consideracion en que él no se hallase. Señalóse entre los más valientes cuando la toma de Tajara, y lo mismo le aconteció en el asalto y ocupacion de los arrabales de Loja. Defendia esta plaza en persona el rey moro Boabdil, poco ántes cautivo, despues aliado y últimamente enemigo del rey de Castilla. Loja no podia ya sostenerse, y aquel príncipe, encerrado en la fortaleza, no osaba rendirse temiendo los rigores de su vencedor justamente irritado contra él. En tal estrecho se acordó del agasajo y obsequios que habia recibido de Gonzalo durante su cautiverio, y esperando mucho de su mediacion, le convidó á que subiese al castillo para conferenciar juntos sobre el caso. Pidió Gonzalo al instante licencia á su rey para subir. Todos los cortesanos, y Fernando mismo, se lo desaconsejaban, recelando alguna alevosía de parte de aquel bárbaro. «Pues el rey de Granada me llama, replicó él, para que le remedie por este camino, el miedo no me estorbará hacerlo, ni dejaré de aventurarlo todo por tal hecho.» Con efecto: subió á la fortaleza y persuadió á Boabdil á que se rindiese, asegurándole de la benignidad con que seria acogido por el rey de Castilla. Hízolo así, y entregada la plaza á condiciones

harto favorables, pudo libremente irse el príncipe moro á sus tierras de Vera y Almería (1486). Rindióse poco despues Illora, llamada el ojo derecho de Granada por su inmediacion á aquella ciudad y por su fortaleza. Gonzalo, que en esta ocasion hizo las mismas pruebas de valor y capacidad que siempre, quedó encargado por los reyes de la defensa de Illora; y talando desde ella los campos del enemigo, interceptando los víveres, quemando las alquerías, y áun á veces llegándose á las murallas de Granada y destruyendo los molinos contiguos, no dejaba á los infieles un momento de reposo. Dicen que entónces fué cuando ellos, espantados á un tiempo y admirados de una actividad y una inteligencia tan sobresalientes, empezaron á darle el título de *Gran Capitan*, que sus hazañas posteriores confirmaron con tanta gloria suya.

Cada dia Granada veia caer en poder de los cristianos alguno de los baluartes que la defendian. Todas las plazas fuertes del contorno estaban ya tomadas; y reducida á sus murallas solas, falta de socorros, desigual á sus contrarios, todavía tenía en sí un mal interior, peor que todos estos para completar su ruina. Dividíanla tres facciones distintas, acaudilladas por otros tantos que se llamaban reyes; Albohacen, Boabdil su hijo, conocido entre nosotros con el nombre del *Rey Chico*, y Zagal, hermano de

Albohacen, que se apoderó de una parte de Granada despues que Boabdil arrojó de ella á su padre. Si alguna cosa puede dar idea de la rabia desenfrenada de la ambicion es la insensatez de estos miserables: al tiempo que los cristianos iban desmembrando las fortalezas del imperio, ellos, uno en el Albaycin y otro en la Alhambra, armándose traiciones, dándose batallas, bañando en sangre mora las calles de Granada, la dejaban huérfana de los brazos que debian defenderla de su enemigo. Fomentaron los cristianos estas divisiones, que ayudaban á sus intentos tanto ó más que sus armas mismas, y ayudaron al partido de Boabdil. Gonzalo y Martin de Alarcon fueron enviados á Granada con este objeto, y Gonzalo consiguió con una estratagema arrojar de la capital á Zagal, y dejar en ella bien establecido el régulo que auxiliaba.

Mas Boabdil, desconceptuado entre sus mismos vasallos por sus relaciones con los cristianos, ni tenia autoridad para mandar, ni carácter para hacerse obedecer. Quiso acreditarse con los suyos é hizo una salida contra los nuestros; tomó y derribó el castillo de Alhendin, y puso sitio sobre Salobreña, que no pudo tomar por la vigorosa defensa que hicieron los de dentro. Rotos así los lazos que le hacian respetar de nosotros, los reyes se acercaron á Granada,



y la estrecharon en sitio formal. La bizarría y valor de Gonzalo se señalaron igualmente en esta época última de la guerra que en las otras (1491). Quiso la reina un día ver más de cerca á Granada, y Gonzalo la escoltaba de los primeros: los moros salieron á escaramuzar, y tuvieron que volverse con mucha pérdida: mas él, no contento con lo que habia hecho en el día, se quedó en celada por la noche para dar sobre los granadinos que saliesen á recoger los muertos. Salieron, con efecto, pero en tan gran número, y cerraron con tal ímpetu, que su osadía pudo costar caro á Gonzalo que, cercado de enemigos, muerto el caballo y desamparado de los suyos, hubiera perecido, á no haberle socorrido un soldado dándole su caballo. Es sabido generalmente el rebato que hubo en el campo cuando se quemó la tienda de la reina por el descuido de una de sus damas. Gonzalo al instante envió á Illora por la recámara de su esposa doña María Manrique, con quien por muerte de doña Leonor de Sotomayor, su mujer primera, se habia casado poco tiempo habia en segundas nupcias (1). La magnificencia de

(1) Esta doña Leonor era hija de Luis Mendez de Sotomayor y de doña María de Solier de Córdoba, su mujer, señores del Carpio: Gonzalo no tuvo hijos de ella. Así resulta del Compendio historial de la casa de Aguilar y Córdoba, por D. Blas de Salazar, obra curiosa, que se con-

las ropas y muebles fué tal, tal la prontitud con que fueron traídos, que Isabel, admirada, dijo á Gonzalo, «que donde habia verdaderamente prendido el fuego era en los cofres de Illora;» á lo que respondió él cortesantemente: «que todo era poco para ser presentado á tan gran reyna.»

Por último, los sitiados, viéndose sin recursos, trataron de rendirse, y las capitulaciones fueron ajustadas por Gonzalo de Córdoba y Hernando de Zafra de parte del Rey Fernando, y por Bulcacin Mulch de la de Boabdil (1). Las llaves de la plaza fueron entregadas el dia 2 de Enero del año de 1492; y el 6 hicieron los Reyes su entrada pública y solemne en ella (1492).

Entre las mercedes que el conquistador hizo á los guerreros que le habian ayudado en la conquista, cupo á Gonzalo el don de una hermosa alquería, con muchas tierras dependientes, y la cesion de un tributo que el rey percibia en la contratacion de la seda. Pero, aun-

serva inédita en algunos archivos. D. Luis de Salazar y Castro en sus *Advertencias históricas* da otro nombre á esta señora, llamándola doña María, y la supone hija de Garcimendez de Sotomayor, sexto señor del Carpio; pero la razon de los tiempos está por la primera opinion.

(1) Gonzalo en esta ocasion entró ocultamente en Granada con el mismo peligro y la misma resolucion que lo habia hecho en Loja seis años ántes.

que las acciones de Gonzalo en toda esta guerra fuesen correspondientes á las esperanzas que habia dado en su juventud, y le distinguiesen del comun de los oficiales, áun no habia llegado la ocasion de desplegar toda su capacidad. Su hermano D. Alonso de Aguilar, el conde de Tendilla, el marqués de Cádiz y el célebre alcaide de los Donceles, fueron los caudillos á quienes se fiaron las expediciones más importantes, y los que ganaron más reputacion. Así es que en las historias generales apénas se hace mencion de Gonzalo sino al contar que se le dió el mando de Illora, y el encargo de ajustar las capitulaciones de la rendicion de Granada; pero las revoluciones de Italia le iban ya preparando aquel campo de gloria, con que, saliendo de repente de la condicion de guerrero subalterno, iba á eclipsar la reputacion de todos los generales de su tiempo.

Acabada la guerra, siguió á la córte, siendo siempre el principal ornato de ella á los ojos de Isabel, que jamás estaba más contenta y satisfecha que cuando Gonzalo concurría á su presencia. Sus acciones y sus palabras, en que sobresalia la galantería respetuosa y bizarría de aquel siglo, unidas á la lealtad y eficacia de sus servicios, habian establecido altamente su estimacion en el ánimo de aquella princesa, que no se cansaba de alabarle. Llegaron los corte-

sanos á sospechar, y áun murmuraron tal vez, si en este declarado favor que la reina le dispensaba habria algo más que estimacion; pero la edad, las costumbres austeras de Isabel debian desmentir las cavilaciones de estos malsines, cuya envidia queria más bien calumniar la virtud de una mujer sin tacha en esta parte, que reconocer el mérito sobresaliente de Gonzalo. Ella le conocia bien, y sabia hacerle justicia, y en cuantas ocasiones se ofrecian se le designaba al rey su esposo como el sujeto más á propósito para llevar á gloriosa cima todas las empresas grandes que se le encomendasen. Fernando lo creia así tambien; y no bien se presentó ocasion en las agitaciones de Italia, cuando determinando tomar parte en ellas, envió á Gonzalo con armada y ejército á Sicilia. Mas para entender bien las causas de esta expedicion y el estado de las cosas, es preciso tomar la narracion de mucho más arriba.

Con la muerte de Lorenzo de Médicis, principal ciudadano de Florencia, se habia roto el equilibrio establecido por este gran político entre los diferentes Estados de Italia, y al cual debia esta nacion algunos años de prosperidad y sosiego. Luis Esforcia, dicho el *Moro*, gobernaba el Milanesado, ó más bien le dominaba bajo el nombre de su sobrino Juan Galeazo, y temiéndose que los florentinos y los reyes de Ná-

poles tramasen algo contra su poder, recurrió á Carlos VIII, rey de Francia, haciendo alianza con él, y excitándole á la conquista del reino de Nápoles. Los derechos que la casa de Anjou pretendia tener á este Estado por las adopciones que Juan I y Juana II habian hecho en diversos príncipes de esta familia, habian sido cedidos á Luis XI, rey de Francia, padre de Carlos VIII. A esta razon de derecho se llegaba la facilidad con que se suponía echarse de Nápoles á la casa reinante, malquista con los nobles y con el pueblo por su crueldad y su avaricia, y sobre todo, la juventud de Carlos, su temeridad, las esperanzas lisonjeras de que le henchian todos sus cortesanos, y su poder, más absoluto que el de otro ningun rey de Francia, levantado así á fuerza de fatigas, y áun crímenes de su antecesor. En Nápoles reinaba Fernando I, hijo de Alonso V el Conquistador, príncipe avaro y cruel, pero capaz y lleno de actividad. Este, viendo la tempestad que iba á armarse en su daño, comenzó á conjurarla por todos los medios que su sagacidad y su experiencia le sugerian. Quizá lo hubiera conseguido, pero murió en este tiempo, y dejó el trono á su hijo Alfonso, tanto y aún más aborrecido que él, y sin ninguno de sus talentos. El estrecho parentesco y alianza que unian á esta casa con la de Aragon podrian ser un contrapeso al peligro inminente,

pero Carlos VIII, ardiendo en ansia de emprender la conquista, habia allanado todos los obstáculos por esta parte, y cediendo al rey católico los Estados del Rosellon y Cerdeña, habia exigido la palabra de no ser perturbado en sus empresas. Lo mismo hizo con el emperador Maximiliano, á quien devolvió el Franco-Condado y el Artois, parte del dote de su mujer; y en fin, para no tener oposicion de lado ninguno en los proyectos quiméricos que le lisonjeaban, el rey de Francia se sometió á pagar á Enrique VII de Inglaterra seiscientos veinte mil escudos de oro para que no le inquietase. Así empezaba cediendo lo que no podia perder, para adquirir lo que no podia conservar, y segun la expresion de un historiador, se imaginaba el insensato «llegar á la gloria por la senda del oprobio.»

Carlos, en fin, baja á Italia con un ejército de 20.000 infantes y 5.000 caballos, corto número de gente para una expedicion tan importante, mucho más careciendo absolutamente de dinero y de recursos para mantenerla. Pero la Italia estaba dividida, desarmada y poco acostumbrada á la guerra con los muchos años de ociosidad: la audacia, la ligereza y el aparato bélico de los franceses le llenaron de terror y la expedicion de Carlos pareció más bien un viaje que una conquista. Allanado el paso por Placencia, puestos en respeto los florentinos, escar-

mentado el Papa Alejandro VI, que quiso resistirse á entrar en sus miras, marcha á Nápoles, desamparada de sus reyes, que no osaron oponerse á aquel torrente, y su entrada parecida á un triunfo (1), segun la majestad y aparato con que la celebró, le hacia tocar la realidad de los sueños que le habian halagado en Paris. Ya con una mano amenazaba á Sicilia y con la otra al imperio de Oriente, por los derechos que le habia cedido un príncipe de la casa de los Paleólogos, cuando á muy poco tiempo el vuelco que dieron las cosas le hizo conocer toda la imprudencia de su conducta.

Los Estados de Italia comenzaron á agitarse contra la potencia de los franceses, que parecia iban á devorarlos todos. El emperador Maximiliano, el Papa, los venecianos, el rey de España, el mismo Luis Esforcia, ya duque de Milan por la muerte de su sobrino, se coligaron para arrojarlos de Italia, prometiendo cada uno contribuir con sus fuerzas para la causa comun. A este daño se añadia otro no ménos grave. Los franceses por su ligereza, su imprudencia y su libertinaje, se hicieron al instante odiosos á los napolitanos: robaban, saqueaban, no tenian cuenta con los que, ó por odio á los príncipes aragoneses ó por amor á la casa de Francia, les habian favorecido

(1) 21 de Febrero de 1495.

en la conquista; el rey, abandonado á sus favoritos, ni sabia gobernar ni mandar; el pueblo vejado, viendo vender los empleos en vez de distribuirlos al mérito; dar á uno sin razon lo que se quitaba al otro por capricho, y no encontrando utilidad alguna en la mudanza de dominio, echaban ménos á los príncipes desposeidos. Noticioso, pues, el rey de Francia, de la liga que se habia formado contra él, y poco seguro de sus nuevos súbditos, abandonó su conquista con la misma precipitacion con que la habia hecho; y á los cuatro meses de su entrada en Nápoles, dejando la mitad de sus fuerzas para la defensa de aquel Estado, con la otra mitad se abrió paso para su país por medio de provincias enemigas, habiendo arrollado junto al Taro al ejército que los príncipes italianos habian juntado para cortarle el paso. Así dejó la Italia, hecho la execracion de toda ella, habiendo llevado con su ambicion frenética todas las calamidades y estragos que la afligieron despues, y no compensando con cualidad ninguna buena los vicios de cuerpo y alma que le hacian un objeto de odio y de desprecio.

Antes de que llegase á Nápoles con su ejército, ya el rey Alfonso II habia renunciado el reino en su hijo D. Fernando, con lo cual se creyó que se embotaria el odio que todos sus súbditos tenian á la casa de Aragon, por ser

aquel príncipe muy bien quisto del pueblo; y asombrado con la venida impetuosa del enemigo, y lleno del terror que acompaña en el peligro á los malos reyes, huyó precipitadamente, y se retiró á Mázara, en Sicilia, á vivir á lo religioso en un convento. Remedio ya tardío; cuando los franceses á las puertas, el estado en convulsion, los fácciosos y amigos de novedades declarados, cerraban al nuevo rey todos los caminos de restablecer las cosas. Viéndoles, pues, desesperados, y despues de ensayar algunos esfuerzos inútiles, Fernando huyó tambien, primeramente á la isla de Isela, y despues á Sicilia.

Por el mismo tiempo (1) habia arribado allí Gonzalo de Córdoba al frente de 5.000 infantes y 600 caballos, ejército preparado ya de antemano por el Rey Católico, cuya sagacidad preveía la vuelta que habian de tomar los negocios y el partido que podria sacar de las turbaciones de la Italia. En Messina se abocó el general español con los dos reyes desposeidos, y entre los tres trataron del plan de operaciones que debia seguirse, atendido el estado de las cosas. Quería D. Fernando que se fuese en derecha á la capital, de donde ya le llamaban los que estaban cansados de la dominacion fran-

(1) Mayo 24 de 1495.

cesa. Mas Gonzalo fué de dictámen que debian entrar por la Calabria, en donde Regio estaba por el rey, y casi todas las plazas abiertas y sin defensa, por no haber puesto los franceses presidio en ellas, y ser consumidas y malbaratadas sus municiones. Añadíase á esta razon la de que aquella provincia, por su inmediacion á Sicilia, era más afecta que otra alguna al partido de España, y Gonzalo queria aprovecharse de esta buena disposicion. Este fué el partido que se siguió, y el ejército, compuesto de las tropas que habian ido de España, y de las que se habian arrebatadamente juntado en Sicilia, pasó á la Calabria.

Mandaba en esta provincia, por parte de Carlos, Everardo Stuart, señor de Aubigny, capitán célebre y experimentado; y era virey de Nápoles Gilberto de Borbon, duque de Montpensier, de la casa real de Francia, general más distinguido por su nobleza que por su pericia y sus hazañas. Las primeras acciones del ejército español en la Calabria fueron tan rápidas como brillantes. Ganóse por asalto la fortaleza de Regio, pasando á cuchillo la guarnicion, por haber violado pérfidamente la tregua que se le habia concedido. Santa Agata, otra plaza fuerte, se rindió á la intimacion primera; é interceptado y hecho prisionero un regimiento enemigo que marchaba á guarnecer á Seminara,

esta plaza tuvo tambien que volver al dominio aragonés. Aubigny, viendo los progresos de Gonzalo, se adelanta á largas marchas para atajarlos, y presenta la batalla á su enemigo. La calidad más eminente del caudillo español era la prudencia; no fiándose en las tropas sicilianas, poco aguerridas, y conociendo que los soldados españoles, acostumbrados solamente á combatir con los moros, no eran iguales todavía en destreza ni á los caballos franceses, ni á la infantería suiza, reusaba la pelea, y no queria comprometer el crédito de sus tropas, ni la suma de la empresa al trance de una accion. Pero el rey don Fernando, como jóven y como valiente, deseaba señalarse, y no queria parecer tímido ni á sus contrarios, ni al Estado que deseaba recobrar: fiaba tambien en que el enemigo era inferior en número, y llevó á su opinion la de todos los generales que habia presentes. La batalla se dió; y el éxito manifestó cuán justos eran los recelos de Gonzalo. Porque aunque al principio éste con sus españoles sostuvo y aún rompió el ímpetu de la caballería francesa y de la infantería suiza, los sicilianos se desbandaron casi sin combatir y los nuestros tuvieron que ceder la victoria, que ya creian segura. El rey hizo increíbles esfuerzos para restablecer la batalla, y detener los fugitivos, y peleó tan esforzadamente y con tanto riesgo de

su persona, que muerto el caballo en que iba, hubiera sin duda ó muerto ó caído en poder del enemigo, si Juan Andrés de Altavilla no le hubiera dado el suyo, quedándose á hacer frente á los que le perseguian: generosidad que le costó la vida. El príncipe, con esto, pudo salvarse, y llegar á Seminara, donde tambien Gonzalo se recogió con sus españoles.

Esta fué la única accion en que Gonzalo dejó de ser vencedor; pero los enemigos no sacaron fruto alguno de su ventaja. El general francés, abatido por una dolencia que le afligia, no pudo hacer más que dar las disposiciones para el combate, el cual ganado, tuvo que apearse del caballo y meterse en el lecho. En tal estado, no se atrevió á dirigir el alcance de los vencedores contra los vencidos, y no pudiendo ir á su frente, les concedió un descanso, que él necesitaba más que nadie. Este descanso le arrebató todos los frutos de su victoria, porque el rey se pasó al instante á Sicilia, y en la armada que estaba preparada en Messina, voló inmediatamente á Nápoles, donde aún no se sabia aquel mal suceso, y donde fué recibido con las mayores demostraciones de alegría. Gonzalo abandonó á Seminara, que no podia defenderse, y retirándose á Regio, se rehizo allí de su descalabro, y prosiguió su intento de sujetar la Calabria, haciendo á los franceses la guerra misma que ha-

bia hecho á los moros de Granada, con cuya provincia tenía la Calabria mucha semejanza: guerra de puestos, de estratagemas, de movimientos continuos y de astucia, acomodada á lo montuoso y quebrado del país, y al corto número de tropas que tenía á sus órdenes. No pasaban estas de 3.000 infantes y 1.500 caballos, y con ellos se apoderó de Finmar, de Muro y de Calana; rindió á Bañeza, y eran tantas las plazas que de grado ó por fuerza le daban la obediencia, que no podia guarnecerlas por falta de gente. Aubigny, asombrado de tanta actividad, intimidado de aquella fortuna, ni defendia la provincia, ni se atrevia á abandonarla, ni marchaba al socorro de Montpensier, reducido en Nápoles al mayor estrecho por la intrepidez del rey. Ya Gonzalo, dueño de Cotron, Esquilache, Sibaris y de toda la costa del mar Jonio, veia el momento en que iba á arrojar de Calabria á los franceses, cuando recibió un mensaje de Fernando que le llamaba para ir á reunirse con él.

Habia este príncipe á su entrada en Nápoles forzado á los franceses á encerrarse en los dos castillos que defienden la ciudad; y ellos, viendo que no podian mantenerse allí sin ser socorridos, habian capitulado rendirlos, si ántes no les venia auxilio. Aubigny, que no queria desamparar lo que restaba en la Calabria, habia

enviado á Persi con alguna gente á socorrerlos. Este oficial consiguió ventaja en dos combates contra las tropas del rey, bien que no pudo penetrar hasta Nápoles. Montpensier, que supo estos sucesos, salió por mar de Castelnovo, donde estaba encerrado, y se dirigió, primeramente á Salerno: entónces el rey de Nápoles, temiéndose de los sucesos de Persi y de la salida de Montpensier alguna mala resulta, llamó á Gonzalo, que ya pasaba por el primero de los generales de Italia, para que le viniese á asistir donde estaba el nervio de la guerra. Obedeció Gonzalo, y se dispuso á atravesar desde Nicastro en los confines de las dos Calabrias, hasta el principado de Melfi, donde se hacian la guerra el rey y los franceses. Todo el país intermedio era quebrado y montuoso: los barones anjinos ocupaban las plazas fuertes; y los pueblos de todas las serranías estaban excitados por ellos contra los españoles. Pero todos estos obstáculos, que la naturaleza y los hombres les oponian, fueron glosiosamente arrollados por su audacia y por su pericia. Cada paso era un ataque, cada ataque una victoria: entró en Cosencia á despecho de los franceses que la defendian, que no pudieron resistir los tres asaltos que en un solo dia les dió. Escarmentó con grande estrago que hizo en ellos, á los montañeses de Murano, que, fiados en la fragosidad

de sus alturas y dificultad del terreno, se atrevieron á formarle asechanzas y á cogerle los caminos. Por último, sorprendió á todos los barones de la parcialidad anjoína, que se hallaban en Laino: ellos, descuidados, no acertaron á defenderse; el principal de aquella faccion, Almerico de Sanseverino, murió peleando, y la plaza fué entrada por los nuestros. Despejado el camino con estas victorias, Gonzalo prosiguió aceleradamente su marcha y llegó á juntarse con el rey, á tiempo que los franceses, en número de 7.000 hombres, con su general Montpensier, se habian encerrado en Atela creyendo en aquella plaza quebrantar la fortuna y orgullo de sus enemigos.

Al acercarse al campo le salieron á recibir el rey, el legado del Papa y el marqués de Mantua, general de la liga italiana, haciéndole todos los honores que se debian al atrevimiento y felicidad de su marcha y á la reputacion que, no solo llenaba ya la Italia, sino tambien la Europa. Con efecto, en su presencia todos los generales parecian sus inferiores; y él, por la elevacion de su espíritu, por la prudencia de sus consejos y por la osadía y valor en las acciones, parecia destinado á mandar donde quiera que se hallase. Allí fué donde italianos y franceses le empezaron á dar públicamente el renombre de Gran Capitan, que quedó para siem-

pre afecto á su memoria. El rey, que ántes vacilaba en sus resoluciones, ya por la vivacidad de su espíritu, ya por respeto al marqués de Mantua, comenzó á manifestar más denuedo y más aliento, como si la autoridad del general español y sus talentos fuesen los verdaderos reguladores de todas las determinaciones. Desafióse al instante al enemigo á batalla, que no fué aceptada; y Gonzalo, considerada la disposicion del sitio, estableció sus cuarteles; y al instante quiso que sus tropas diesen una muestra de su valor y de su destreza.

Baña las murallas de Atela un riachuelo que desemboca en el Ofanto, donde se proveian de agua los sitiados, y en cuyos molinos se hacia la harina de que se alimentaban. Manteníase esta posicion con un puesto fortificado y defendido por la infantería suiza, la mejor entónces de Europa. Gonzalo embistió con los suyos por aquella parte, deshizo los suizos, quemó y arrasó los molinos; y con esta faccion llevó el hambre y la miseria dentro de la plaza que, acosada y fatigada con los continuos asaltos, tuvo que capitular, pactando, que si dentro de treinta dias no era socorrida por el rey de Francia, se rendiria con todas las demas (1); exceptuándose Gaeta, Venosa, Taranto y las que en la actuali-

(1) Julio 1496.



dad fuesen defendidas por Aubigny. El socorro no vino; y los franceses, con efecto, entregaron á Atela y todas las demas plazas que mandaban gobernadores puestos por Montpensier; pero no se entregaron otras muchas bajo el pretexto de que sus comandantes no las rendirian sin órden expresa del rey de Francia; circunstancia que dió ocasion al de Nápoles para no cumplir tampoco con el tratado. Montpensier y los demas defensores de Atela, considerados como prisioneros de guerra, fueron enviados á Bayas, Puzol y otros parajes malsanos, donde casi todos miserablemente perecieron.

Rendida Atela, Gonzalo volvió á Calabria á contener á Aubigny, que con su ausencia se habia vuelto á apoderar de casi toda ella. Su presencia restableció las cosas; y viendo el general francés que la fortuna se le trocaba, envió al español un mensaje, quejándose de la contravencion que se hacia á la tregua pactada en Atela. Gonzalo respondió que los primeros á romperla habian sido los franceses, y él en particular, pues habia salido á ocupar plazas que al tiempo de aquella convencion no estaban en su poder; y por lo mismo que la suerte de las armas, y no el trato de Atela, era quien habia de decidir del dominio de la Calabria. A este tiempo el crédito de Gonzalo era tal, que los soldados de Italia se iban á sus banderas, y

le seguian sin sueldo: las plazas se le rendian sin defenderse; engrosado su campo, vencedor por todas partes, Aubigny tuvo por mejor acuerdo desamparar la provincia, que medirse con el Gran Capitan, el cual en pocos dias la redujo toda á la obediencia del rey de Nápoles.

Ya en este tiempo no lo era Fernando. Sin haber podido gustar enteramente ni del reino, ni de la victoria, en la flor de su juventud, acometido de una disentería, falleció en Nápoles á 7 de Octubre del mismo año (1496). La época de su reinado será para siempre señalada en los fastos de la historia humana, no tanto por los sucesos de su fortuna, sino por haberse manifestado entónces la enfermedad horrible y dolorosa que empezó á declarar la violencia de su ponzoña, al tiempo que este príncipe tenia sitiados los castillos de Nápoles. Llamósela mal francés, porque los de esta nacion fueron los primeros que se conocieron estragados con ella. La América nos la inoculó como en represalia de nuestras violencias; y las generaciones siguientes, atacadas en los órganos de la propagacion y los placeres, han maldecido y maldecirán muchas veces la imprudencia y temeridad de sus abuelos.

El corto tiempo que reinó Fernando, pasado parte en destierro y en desgracia, y parte en guerra porfiada, no manifestó en él más que el

valor, animosidad y suma diligencia que le asistían. Algo oscureció la gloria que acababa de ganar con el mal trato que dió á los franceses prisioneros, y la perfidia con que, por contener al Papa, procedió con los Ursinos. Estas muestras hacían sospechar á la Italia que, después de afirmarse en el reino, más bien quisiese imitar las depravadas máximas de su padre y abuelo, que la generosa condición de Alonso V, el fundador de su casa. Pero, al fin, murió sin confirmar estas sospechas, dejando de sí una memoria agradable y gloriosa; y el reino pasó á su tío Federico, príncipe amable, ilustrado, más á propósito para regir el Estado en una situación sosegada, que á defenderlo y mantenerse en medio de aquellas borrascas. Luego que Federico fué reconocido en Nápoles, se puso sobre Gaeta, que Aubigny, venido aquellos días á saludar á aquel rey, hizo que se le rindiese, por la poca esperanza que tenía de ser socorrido. Un día ántes de la rendición de esta plaza, llegó al campo Gonzalo, allanada ya toda la Calabria: el rey, que le recibió con todas las muestras de alegría y de gratitud debidas á sus hazañas y á sus servicios, quería colmarle de dones y de estados. Pero su moderación, contentándose con la gloria adquirida, se negó á admitirlos, mientras no fuese autorizado á ello por los monarcas de España. Asentadas así las

cosas de aquel reino, marchó con su gente á Roma, donde el Papa Alejandro VI le llamaba.

Al pasar Cárlos VIII por aquella capital habia dejado mandando en el puerto de Ostia, con guarnicion francesa, á Menoldo Guerri, corsario y vizcaino, hombre que reunia á los talentos de un guerrero la perversidad de un tirano y la ferocidad de un bandolero. Este desde allí hacia una guerra tanto más cruel al Papa, cuanto más proporcion tenia por el puesto que ocupaba de afligir con hambre y necesidad á su córte. Todos los navíos mercantes que surtian de víveres y demas géneros á Roma por el Tíber, era preciso que se sujetasen ántes á sus rapiñas y contentasen su avaricia, á ménos de exponerse á ser echados á fondo con la artillería del castillo. La necesidad y carestía se hacian ya sentir en la ciudad, el pueblo clamaba por remedio, el corsario se negaba á todo partido, y sordo á las proposiciones de Alejandro, insensible á sus excomuniones, insultaba desde allí á la debilidad del Papa, que no tenia fuerzas para arrojar á aquel tigre de su caverna. A este mal presente se añadia el temor de que permaneciendo Ostia en su poder, siempre estaba abierta la puerta de Italia á los franceses. En tal extremidad Alejandro recurrió á Gonzalo (1497), el cual, tomando á su cargo la empresa, se acercó con sus españoles á Ostia, é hizo

á Menoldo la intimacion de desamparar la plaza y dar fin á su tiranía. El pirata desechó soberbiamente el partido y se preparó á la defensa, no creyendo que una plaza tan bien pertrechada pudiera rendirse sino despues de mucho tiempo, lo que quizá daría lugar á los franceses para venir á socorrerle. Mas el Gran Capitan, considerada bien la fortaleza, y hechos en tres dias los preparativos del ataque, dió orden para que se batiese la muralla por una parte con la artillería. Cinco dias tardó en abrirse la brecha; y habiendo casualmente un soldado español descubierto en aquel mismo lado un baluarte de madera, por allí se arrojó el ejército al asalto, acudiendo tambien allí los sitiados con todas sus fuerzas á defenderse. Pero al mismo tiempo Garcilaso de la Vega, nuestro embajador en Roma, que se habia acercado á la plaza por la parte opuesta con alguna gente y artillería, hallando las murallas sin defensa, las escaló fácilmente; y los franceses divididos, no pudieron sostenerse contra el ardor de los españoles, que, al cabo arrollados, muertos ó prisioneros una gran parte de ellos, entraron y se enseñorearon de Ostia. El mismo Menoldo se rindió á partido de que le conservasen la vida; y Gonzalo, arregladas las cosas de aquel puerto, dió la vuelta á Roma, llevando consigo á los vencidos. Su entrada en aquella capital

fué un triunfo: salió á recibirle, y le esperaba en calles y balcones, todo el pueblo, que á voces le llamaba su libertador: él marchaba al frente de sus soldados, las banderas desplegadas y al son de la música guerrera; los prisioneros, con cadenas, iban á pié en medio; y Menoldo, encadenado tambien, pero sobre un caballo de mala traza. Su aspecto, todavía feroz, manifestaba más despecho que abatimiento. En esta forma atravesó las calles de Roma, se apeó en el Vaticano, y subió á dar cuenta de su comision al Sumo Pontífice, que, colocado en su trono y rodeado de varios cardenales y señores de Roma, le esperaba. Arrojóse á besarle los piés, y Alejandro le alzó en sus brazos, y, besándole en la frente, despues de manifestar su gratitud por aquel servicio, le dió la Rosa de Oro, que los Papas solian dar entónces cada año á los que eran más beneméritos de la Santa Sede. Gonzalo sólo le pidió dos cosas: una, el perdon de Menoldo, y otra, que los vecinos de Ostia, en indemnizacion de los males que habian sufrido por la tiranía de aquel pirata y por la guerra, fuesen exentos de contribuciones por diez años: ambas fueron concedidas; y Menoldo, despues de haber sufrido la más severa reprension del Papa, tuvo libertad de volverse á su país.

La escena que pasó entre Alejandro y Gonzalo, al tiempo de despedirse, fué de un género

diferente, aunque no ménos honrosa al Gran Capitan. Dejó el Papa caer la conversacion hácia los Reyes Católicos, y llegó á decir que él los conocia bien, y que debiéndole muchos favores, no le habian hecho ninguno. Era este un verdadero insulto de parte de Alejandro, cuyas costumbres y condicion eran tales, que sola la ambicion de los príncipes cristianos, opuestos entre sí, y necesitando alternativamente de él para sus miras, podia mantenerle en un puesto que indignamente ocupaba. Gonzalo, acordándose de la dignidad de los príncipes, á quienes entonces representaba, contestó al Papa: «Que sin duda alguna podia conocer bien á los reyes de Castilla, así por natural de estos reinos, cómo por los muchos beneficios que les debia. Que ¿cómo se olvidaba de que las armas españolas habian entrado en Italia para defender su autoridad atropellada por los franceses? ¿Quién le habia hecho superior á los Ursinos, que ya le afligian? ¿Quién le acababa de conquistar á Ostia?» A estas añadió otras razones sobre la necesidad que tenia de reformar su casa y su córte; y Alejandro, que no esperaba semejante contestacion de un hombre á quien juzgaba ménos estadista que militar, le despidió de su presencia sin estimarle en ménos por aquella osadía.

Gonzalo volvió al reino de Nápoles, en cuya capital entró acompañado del rey y de los prin-

cipales de su córte, que salieron á recibirle, tributándole los honores debidos al libertador del Estado. Y no limitándose las demostraciones de Federico á sólo una vana pompa, le creó duque de San Angelo, le asignó dos ciudades en el Abruzzo citerior, con siete lugares dependientes de ellas, diciendo que era preciso dar una pequeña soberanía al que era acreedor á una corona. Embarcóse despues para pasar á Sicilia, alterada entónces por las contribuciones que el virey Juan de Lanuza habia cargado en sus pueblos. Allí hizo el papel hermoso de pacificador, despues de haber tan dignamente ejercido el de guerrero: oyó las quejas; reformó los abusos; administró justicia; contentó los pueblos; fortificó las costas. Llamado por Federico para que le ayudase en la conquista de Diano, única plaza que quedaba por los franceses, y se resistia á sus armas, volvió á tierra firme, y la estrechó con tal vigor y tenacidad, que al cabo los sitiados, á pesar de la vigorosa defensa que hicieron, tuvieron que rendirse á discrecion. Con esta última hazaña coronó Gonzalo su primera expedicion á Italia, y despedido del monarca napolitano, dejando en buena defensa las plazas que en la Calabria quedaban por los Reyes Católicos para seguridad del pago de los socorros que habian dado, regresó á España (1498) con la mayor parte de las tropas que le habian asistido en la empresa

Fué recibido en la córte de Castilla con el mayor aplauso y agasajo, diciendo públicamente el rey, que la reduccion de Nápoles y las victorias sobre los franceses eran superiores á la conquista de Granada. Dos años se mantuvo en ella respetado como su gloria merecia, cuando una agitacion que se levantó en Granada le dió ocasion de acreditarse más. Habíase prometido á los moros cuando se redujeron á la obediencia del rey, que se les mantendria en el libre ejercicio de su religion. Hubo algunos entre ellos, que habiéndose hecho al principio cristianos, despues habian vuelto á sus ritos. Las diligencias, y áun rigor que se usó con éstos para volverlos al gremio de la Iglesia, dieron ocasion á los moros de las Alpujarras de creer que con todos iba á procederse del mismo modo, y á hacerlos cristianos por fuerza, arrancándoles sus hijos al mismo efecto, como se habia hecho con los pervertidos. Cansados por otra parte de la servidumbre en que estaban, y ansiosos de novedades, fiados en los socorros de Africa y en la distraccion de los reyes á las cosas de Italia y de Francia, alzaron el estandarte de la rebellion y tomaron las armas. Los primeros á alborotarse fueron los de Guejar, villa asentada en lo más alto de aquella sierra. Hallábase á la sazón en Granada el Gran Capitan; el cual salió á domar á los rebeldes en compañía del conde

de Tendilla, comandante general de la provincia. Para llegar á Guejar era preciso atravesar una llanura que los moros habian empantana- do y despues subir por las faldas de la sierra, que eran ágrias y fragosas. Atollábanse los caballos, sumíanse los peones, y entre tanto los enemigos los herian á su salvo y huian. Gonzalo aquel dia, sirviendo más de soldado que de general, dando el ejemplo de infatigable constancia, delantero en el peligro, fué el primero que se acercó á la muralla del pueblo, y arrimando una escala, subió intrépidamente por ella; asió con la mano izquierda de una almena, y con la espada que llevaba en la derecha dió muerte al moro que se le puso delante, y entró el primero en la villa. A su ejemplo los demas soldados entraron tambien y pasaron á cuchillo á aquellos infelices. Mas á pesar de esta ventaja, y de haberse rendido otros lugares igualmente fuertes, la rebelion cundió de tal modo, que fué preciso al rey don Fernando pasar á aquella provincia, convocar ejército y seguir en persona á los alborotadores. Tomó por asalto á Lanjaron y los infieles amedrentados trataron de rendirse bajo ciertas condiciones, poniendo por mediador á Gonzalo, en quien depositaron los moros principales, que entregaron en rehenes. Fiaban en la humanidad, generosidad y lealtad que reconocian y

veneraban en él, y esperaban por su intervencion sacar mejor partido en su concepto. Así fué, y Gonzalo les ganó el perdon y unas condiciones que no hubieran fácilmente conseguido sino por su mano.

Esto pasaba en el año de 1500, cuando ya las cosas de Italia se hallaban en un estado, que pedian á toda priesa la asistencia de las armas españolas. Habia muerto el rey de Francia Carlos VIII, y su sucesor Luis XII le imitó tambien en sus miras ambiciosas sobre aquel país. Carlos habia sido llamado por Esforcia, y Luis vino á despojar á este usurpador del Estado de Milan, ejemplo insigne á los príncipes débiles, que casi nunca buscan á un protector más poderoso que ellos sin adquirirse un tirano. Luis, hecha la alianza con el Papa Alejandro, con los florentinos y con los venecianos, se apoderó del Milanés, y empezó á extender la mano al reino de Nápoles. No quedaba al débil Federico III ningun valedor en Italia: el rey de España era el solo que podia defenderle del daño que le amagaba; pero Fernando el Católico quiso más bien entrar á la parte de los despojos que á la estéril gloria de la proteccion. La Europa vió con asombro y áun con indignacion ir las mismas armas y el mismo general á arrojar de Nápoles á aquel príncipe, que tres años ántes habia sido reconocido y amparado por el rey de

España, su tío, á quien no habia hecho ni agravio ni injuria, como si lo que se llama alta política entre los hombres atendiese nunca á estos respetos de generosidad ó parentesco. Aprestóse en Málaga una armada de sesenta velas, y en ella embarcados 5.000 infantes y 600 caballos, salieron en Junio de aquel año, y se dirigieron á Sicilia, llevando por general á Gonzalo de Córdoba. La fama de este caudillo habia exaltado la juventud española, y ansiosos de gloria y de fortuna, los nobles habian corrido á alistarse en sus banderas; con él fueron entónces D. Diego de Mendoza, hijo del cardenal de España; Villalba, que despues se distinguió tanto en la guerra de Navarra; Diego García de Paredes, tan señalado por su osadía y por sus fuerzas hercúleas; Zamudio, azote de los italianos y alemanes; Pizarro, célebre por su valor, pero más por ser padre del conquistador del Perú. La armada iba pertrechada de todo lo necesario, pues no se habia perdonado gasto alguno en los preparativos, y Gonzalo se mostró en ella con todo el lucimiento y bizarría correspondiente á su reputacion, auxiliado larga y generosamente con las riquezas de su hermano D. Alonso de Aguilar.

El objeto de este armamento no se manifestó al principio. Llegado á Messina, salió al instante á unirse con la escuadra veneciana, mandada

por Benito Pésaro, á contener á los turcos, que invadian las islas de la república en los mares de Grecia. Al acercarse, la armada turca, poseida de terror, se retiró á Constantinopla, y los aliados, habiéndose reunido en Zante, se dirigieron á Cefalonia, arrancada poco tiempo habia por los bárbaros á la dominacion veneciana. Saltó el ejército en tierra, y puso sitio al fuerte que habia en la isla, llamado de San Jorge, donde estaba recogida toda la gente de guerra. Hechos los preparativos del sitio y del ataque, Gonzalo, ántes de empezar, envió á requerir á los cercados con un mensaje en que les decia que los veteranos españoles, vasallos de un poderoso rey y vencedores de los moros en España, habian venido en auxilio de los venecianos; que, por tanto, si entregaban la isla y la fortaleza podrian retirarse salvos; pero que si hacian resistencia no se libraria ninguno. «Gracias os doy, cristianos, respondió, el albanés Gisdar, comandante del castillo, de que seais la ocasion de tanta gloria, y de que vivos ó generosamente muertos, nos proporcioneis tal lauro de constancia con Bayaceto nuestro emperador. Vuestras amenazas no nos espantan: la fortuna ha puesto á todos en la frente el fin de la vida. Decid á vuestro general, que cada uno de mis soldados tiene siete arcos y 7.000 saetas, con las cuales vengaremos nuestra muerte, ya que no resistamos á

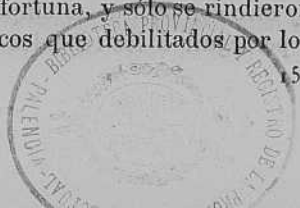
vuestro esfuerzo ó á vuestra fortuna.» Dichas estas palabras hizo traer un fuerte arco, con un casco dorado, para que se le diesen en su nombre á Gonzalo, y acabó la conferencia y despidió á los mensajeros.

La defensa que hizo á los asaltos y combates de sus enemigos, fué igual á esta ostentacion de bizarría. Eran 700 los turcos que mandaba, todos aguerridos y feroces; el fuerte, bien pertrechado, y situado ademas sobre una roca de áspera y difícil subida. Comenzó á batir el muro la gruesa artillería veneciana; pero Gisdar y los suyos, sin aterrarse por los portillos que hacia, ni por el estrago que les causaba, sin perdonar fatiga ni excusar el peligro, resistian á los asaltos, ofendian con sus máquinas, y era tal la muchedumbre de saetas que lanzaban, que las sendas y el campo se veian cubiertos de ellas. Añadíase á esto que estaban enervadas, y las heridas, por no conocerse este artificio al principio, eran mortales. Tenian ademas ciertas máquinas guardadas de garfios de hierro, que las memorias de entónces llaman *lobos*, con las cuales asian los soldados por la armadura, y subiéndolos en alto, ó bien los estrellaban contra el suelo, dejándolos caer, ó les atraian á la muralla para matarlos ó cautivarlos. Con uno de ellos fué asido Diego García de Paredes, á quien se vió por largo espacio de tiempo luchar en fuerzas con la

máquina para no ser sacudido al suelo; y llevado á la muralla, defenderse con tal valor, que los bárbaros, respetándole, le guardaron prisionero, esperando por su medio lograr mejores condiciones si eran forzados á rendirse.

Así proseguía la porfía igual en unos y en otros. Las frecuentes salidas de los turcos tenían en continúa vela á los sitiadores, y alguna hicieron que á ménos de despertar Gonzalo casualmente soñando lo que pasaba y mandando maquinalmente que se preparasen á la defensa, fuera grande el estrago y quizá irreparable daño que hubieran sufrido. Contra la inmensa muchedumbre de sus saetas el general español habia dispuesto un bastion cuyo tiros, alcanzando más que los arcos enemigos arredraban á sus flecheros. Mandó despues preparar en diversas direcciones contra la muralla aquellas minas que acababa de inventar Pedro Navarro y disponer las escalas para asaltar el puente con su gente. Las minas reventaron, y aunque abrieron varios boquerones, ya los turcos tenían hechos los reparos suficientes, y el lugar quedó tan fuerte como ántes. Los españoles embistieron á escalar con su acostumbrado ímpetu y valor; pero los enemigos con piedras, con flechas, con fuegos arrojados, con aceite, azufre y pez hirviendo, se resistían desesperadamente, rompiendo las escalas y arrojando del

muro á los españoles que ya habian subido. Fué necesario mandarlos retirar, y el mismo mal éxito tuvo el asalto que poco despues intentaron por su parte los venecianos. Indignábanse aquellos guerreros que habian domado los moros en España y expelido los franceses de Nápoles, que una sola fortaleza se les defendiese tanto; y los que al principio despreciaban á los turcos como unos bárbaros sin esfuerzo, aprendieron despues con daño suyo á temerlos y á estimarlos. Eran cincuenta dias pasados desde que comenzó el sitio, cuando Gonzalo, juzgando tambien indigno de su gloria detenerse tanto tiempo en él, habido su consejo con Pésaro, determinó dar un asalto general en que á un tiempo se acometiese la plaza por las minas, por la artillería y por los soldados. Puestas á punto todas las cosas, y animado el ejército, dió la señal, y los cañones disparados, las minas reventando, los soldados embistiendo en alaridos, parecia hundirse la isla á aquel espantoso estruendo, sin que los turcos fuesen consternados. Pero al fin tuvieron que ceder al destino y pujanza de sus enemigos, que á viva fuerza se apoderaron del muro y entraron la plaza. Gisdar, fiel á su palabra, pereció peleando con 300 de los suyos, dignos todos de mejor fortuna, y sólo se rindieron prisioneros 80 turcos que debilitados por los tra-



bajos y heridas recibidas, no pudieron hacer la gloriosa defensa que los demas.

Tomada así Cefalonia y dejándola en poder de su aliado, el Gran Capitan, pasados algunos dias, en que tuvo que detenerse por causa del temporal, se volvió á Sicilia á principios del año de 1501. A Siracusa le vino á encontrar un embajador de la república; la cual, en demostracion de gratitud por los servicios que acababa de hacerla le enviaba el diploma de gentil-hombre veneciano, y un magnífico presente de piezas de plata labrada, de martas y tejidos de brocado y sedas. Reusólo al principio; mas obligado á aceptarle por las instancias del embajador, tomó el partido de enviar todas las riquezas á su rey, y él se quedó con solo el diploma, diciendo graciosamente, que lo hacia para que sus competidores, aunque fuesen más galanes, no pudiesen á lo ménos ser más gentiles-hombres que él.

Estas satisfacciones y esta glorias fueron entonces enlutadas con la desgracia sucedida á su hermano. Habíanse vuelto á rebelar los moros de las Alpujarras, resentidos por las medidas que se tomaban para su conversion. D. Alonso de Aguilar fué uno de los primeros que acudieron al peligro en compañía del conde de Ureña; y uno y otro con su hueste empezaron á combatir y perseguir á los rebeldes en sierra Ber-

meja. En todos nuestros historiadores, pero más bien en Mendoza que en otro alguno, está pintada la tragedia de aquella lastimosa tarde, en que los nuestros, hostigando á los enemigos por la sierra arriba, desmandados á robar, se dispersan y dejan caer la noche sobre sí, desamparando sus jefes y banderas. Allí puede verse la ferocidad con que los moros, alentados por el valiente Ferí de Benastepar, volvieron la cara á sus contrarios y comenzaron á herirlos: un barril de pólvora se vuela, por desgracia, y su resplandor manifiesta á los bárbaros el desorden de los nuestros, su poco número, su desaliento. En vano D. Alonso, D. Pedro su hijo y el conde de Ureña hacen prodigios de valor; todo es inútil: los nuestros caen ó muertos, ó heridos ó derrumbados. D. Alonso de Aguilar combatia entre dos peñas: allí le fué á buscar el Ferí: allí se asió á brazos con él. «Yo soy D. Alonso,» decia el cristiano. «Yo soy el Ferí de Benastepar,» replicaba el bárbaro; y atravesándole el pecho dió con él muerto en el campo. La noticia de este desastre llegó á Gonzalo á Sicilia; dando lágrimas al infortunio de su hermano pasó de allí á poco á Regio para ejecutar las órdenes con que habia salido de España.

Confiaba todavía el rey de Nápoles en que aquellas fuerzas venian destinadas á socorrerle. ¡Cuál debió ser el disgusto de Gonzalo en tener

que mentir á un rey bueno y bienhechor suyo, con las apariencias de la amistad! Pero era preciso obedecer á Fernando el Católico, que le habia mandado expresamente no declarar su comision hasta cierto tiempo convenido. Éste llegó, y el Papa, en pleno consistorio, anunció la liga entre los reyes de Francia y España, y dió á cada uno de ellos la investidura de las provincias que se habian repartido en el reino de Nápoles. Gonzalo al instante envió un nuncio á Federico, para que renunciase solemnemente, en su nombre, los Estados de que le habia hecho donacion por sus servicios en la anterior guerra. Pero aquel monarca, léjos de admitir la renuncia, confirmó la donacion de nuevo, diciendo que él sabia apreciar las virtudes, áun en sus enemigos, y que en vez de arrepentirse de las gracias que le habia hecho, quisiera, si le fuera posible, acrecentarlas.

En breves dias toda la Calabria y la Pulla reconocieron el dominio de Fernando, á excepcion de Tarento y Manfredonia, al paso que los franceses estaban ya apoderados tambien de casi todo lo que les pertenecia en la particion. Federico, despues de haber hecho algunas gestiones inútiles para defenderse, habia abandonado sus Estados, y acogídose á la isla de Isela, desde donde se concertó con el rey de Francia, y haciéndose su pensionario, se retiró á aquel

Estado mejor que á los del rey de España, su tío, á quien aborrecia mortalmente por su perfidia. Gonzalo en esta situacion, previendo ya que la union entre dos príncipes ambiciosos no podia durar mucho tiempo, y que cada uno queria tener el todo para sí, se aplicó á ganar la aficion de los naturales del país, y atraer á su partido todas las personas de distincion. Restituyó sus Estados á la casa de los Sanseverinos, á quienes habia despojado Federico, en castigo de su adhesion á la Francia, y movido de sus promesas y de su gloria, vinieron á ofrecerle sus servicios Próspero y Fabricio Colonna, jefes de la familia de este nombre en Roma; excelentes militares, á quienes dió al instante el mando de las alas de su ejército. A esto siguieron una porcion grande de nobles y soldados veteranos, con los cuales, en número de 12.000 hombres, puso sitio sobre Tarento.

Era esta plaza la más fuerte y la más importante de la Calabria. Fundada sobre una isleta en lo más estrecho del golfo que tiene su nombre, dos puentes la daban comunicacion con la tierra por la parte de Oriente y de Poniente, y á la cabeza de ellos habia dos castillos fortísimos para defenderlos: mientras que á la parte del más abierto, las rocas altas que la circundan vedan toda proximidad á los navíos. Fiado en esta posicion, y en 6.000 hombres de guar-

nicion que tenia en Tarento, el infeliz Federico habia enviado á ella á su hijo Fernando, duque de Calabria, con intento de que se mantuviese allí todo el tiempo posible, creyendo que la tardanza de la expugnacion quizá daria ocasion á alguna novedad favorable en el curso de los sucesos. Gonzalo, dudoso si atacaria la plaza á viva fuerza, ó convertiria el sitio en bloqueo, se decidió por este último partido para excusar el derramamiento de sangre. Cercó, pues, la ciudad con trincheras por tierra; puso dos fuertes en frente de los dos puentes, y mandó que las galeras de Juan Lezcano estuviesen alrededor de la isla, y prohibiesen toda comunicacion por las dos entradas del puerto. Era grande la expectacion con que la Italia aguardaba el éxito de esta empresa, de la cual dependia el fin de la guerra; y quizá la reputacion del Gran Capitan hubiera encontrado allí un escollo, si el poco ánimo de los que dirigian al duque de Calabria no le hubiese facilitado la victoria. Ellos creyeron que salvando el precioso depósito que les habia encomendado Federico, desempeñaban toda su confianza, áun cuando cediesen la plaza; y guiados de este espíritu hicieron proposiciones á Gonzalo, pidiendo tregua por dos meses, para recibir avisos del rey desposeido. Las treguas se ajustaron; y no habiendo recibido contestacion de Federico, se prorogaron despues

por otros dos meses, con pacto de que la plaza se pudiese en tercería por aquel tiempo, y que si en él no venia ni provision ni socorro de parte del rey, se entregase de ella el general español, dejando libertad al duque de Calabria y á los suyos para irse á buscar á su padre, ó á donde bien les pareciese. Juró Gonzalo estas condiciones sobre una hostia consagrada á vista del campo entero, para obligarse á su cumplimiento con más solemnidad. La contestacion no vino, la plaza fué entregada conforme al concierto; pero el duque de Calabria, en vez de ser dejado en libertad para irse con su padre, fué enviado en una galera á España á padecer el triste y magnífico trato de un prisionero de Estado (1502). ¿Fué nuestro héroe en esta ocasion un pérfido, un sacrílego, un perjuro? En vano algunos historiadores le defienden, diciendo que no tenia bastante autoridad para prometer la libertad de una persona tan importante, y que el Rey Católico podia anular una condicion hecha sin participacion suya: en vano otros, entrando en pormenores indignos de la historia, mencionan cartas y refieren convenios posteriores, de que se deduce que la voluntad del duque era venir á España, y no ir á buscar á su padre. ¡Efugios inútiles! ¿A quién persuadirán? Todos al fin convienen en que aquel príncipe desgraciado fué traído á España por

fuerza, mientras que Tarento, ganada á tan poca costa, acusaba altamente la perfidia de los que faltaban tan malamente al pacto solemne de su rendicion. Dígase lo que se quiera, este es un torpe borron en la vida de Gonzalo, que ni se lava ni se disculpa por la parte que de él pueda caber al rey de España; y sería mucho mejor no tener que escribir esta página en su historia.

En el tiempo que duró este asedio, fueron grandes los trabajos que padeció el ejército por falta de bastimentos y de dinero: mas, á pesar de esta escasez, Gonzalo, escuchando su generosidad y magnificencia, siempre se mostraba grande á los ojos de italianos y franceses. Sucedió que la escuadra francesa, mandada por el conde de Rabestein, despues de haber vanamente querido ganar de los turcos la isla de Lesbos, fué acometida en el mar de una tempestad violenta que echó á pique muchos buques y maltrató cruelmente los demas. Desbaratados y dispersos, arribaron, por fin, á las costas de Calabria, siendo los más maltratados el general y su capitana. Gonzalo dió las órdenes correspondientes para que se les auxiliase á todos; y él, en particular, envió al instante á Rabestein tanta copia de refrescos, de vestidos y de utensilios, que el socorro parecia más bien regalo de un rey que expresion de un particu-

lar: bastando, no sólo para reparar á aquel flamenco, sino á todos los que le acompañaban. Rabestein, que habia creído eclipsar con su expedicion la gloria conseguida por Gonzalo en la de Cefalonia, se vió doblemente confundido por su mala fortuna y por la generosidad y magnificencia de su rival, con quien ya no osaba compararse. Pero la época en que Gonzalo hizo esta demostracion de bizarría, era cuando sus tropas estaban más necesitadas. Empezaron á murmurar altamente los soldados de que su general fuese tan liberal con los extraños, y tan escaso con ellos, debiéndoseles muchos meses de pagas y teniéndolos en la mayor necesidad y aprieto. «Más le valiera, decian, pagarnos, que ser tan generoso á costa nuestra.» De la murmuracion pasaron á la queja, de la queja á la sedicion. Atropellados y armados se presentan á su general, y en altas voces demandan lo que se les debe; y con su gesto, ademán y armas, le amenazan y procuran amedrantarle. Él, desarmado y tranquilo, escuchaba aquel rumor, y oponia su autoridad y su dignidad á sus descompasados gritos y furores. Un soldado, le pone la pica á los pechos, y él desvia blandamente la pica, diciendo al soldado sonriéndose: «Mira que, sin querer, no me hieras.» Un capitán vizcaino, llamado Iciar, se arrojó á decirle, en ofensa de su hija Elvira, palabras que la dig-

nidad de la historia no consiente repetir. Amaba, con efecto, tanto Gonzalo á su hija, que la llevaba consigo en sus expediciones; y, por lo mismo, debió serle tanto más sensible la increpacion del insolente vizcaino. Mas, no dándose por entendido de ella, entónces sosegó el motin, prometiendo á los facciosos una ligera paga, y á la mañana siguiente amaneció Iciar ahorcado de una ventana, en castigo de su desacato. Este ejemplo de severidad aterró á los alborotados que no osaron despues desmandarse; pero el descontento seguia, y estaban ya á punto de desertar de sus banderas por acudir á las de César Borgia, hijo del Papa Alejandro. Este, habiéndose desnudado del carácter de cardenal, hecho duque de Valentinois, ansioso de dominar todos los Estados de la Romaña, y rico con los auxilios de la Francia y con sus propias rapiñas, convidaba á los guerreros españoles con el cebo de grandes extipendios. Por fortuna llegó al golfo de Taranto una galera genovesa ricamente cargada, y Gonzalo, bajo pretexto de que llevaba hierro á los turcos, la hizo apresar por las naves de Lezcano; vendió el cargamento, que importó más de cien mil ducados y con ellos contentó á su ejército. Reconvenido por esta especie de usurpacion, solia contestar, que, á tuerto ó á derecho, era preciso buscar con qué mantener los soldados, y procurar la

victoria, y despues quedaba tiempo de recompensar los daños del inocente con liberalidad y cortesía.

Tomada Taranto, y tambien Manfredonia, que se rindió á sus oficiales, el ánimo de Gonzalo se volvió todo á la contienda que ya amenazaba de parte de los aliados, los cuales, no contentándose con la porcion que les habia cabido, aspiraban á ocupar la del rey de España. En la particion que los dos monarcas habian hecho de Nápoles, se habia expresado generalmente que al de Francia tocase la tierra que llaman de Labor y el Abruzzo, y al de España la Pulla y la Calabria. Quedaron por designar algunas provincias, como el Principado, Capitanata y Basilicata, que despues cada uno queria adjudicar á su dominio. Los franceses, en particular, decian que la Capitanata, mediando entre el Abruzzo y la Pulla, ó debiera ser contada como parte del Abruzzo, y en tal caso les pertenecia, ó considerarse como provincia separada, y dividirse de nuevo: á esto añadian el perjuicio que decian recibir en la particion por la gran fertilidad y riqueza de las provincias adjudicadas á España y la esterilidad de las suyas. Disputóse primero con sutilezas de derecho y de geografía; despues los franceses, impacientes, empezaron á apoderarse por fuerza de algunos lugares, y áun quisieron oponerse, aun-

que en vano, á que Manfredonia se entregase á los oficiales de Gonzalo. El duque de Nemours, su general, y el Gran Capitan, consultaron á sus soberanos, y estos lo remitieron á su juicio. Avistáronse ellos por dos veces en una ermita, situada entre Meli y Atela, y tampoco pudieron determinar cosa ninguna. Visto, pues, que no quedaba otro recurso que las armas, los dos guerreros, despues de haberse dado todas las muestras de estimacion y cortesía, se separaron á anunciar á sus tropas que la parte que tuviese más fuerza ó más fortuna esa sería señora de todo el reino. Italia, estremecida, vió llegado el tiempo en que, renovadas las antiguas querellas de las casas de Aragon y de Anjou, el poder de uno y otro adversario iban por mucho tiempo á hacerla teatro de escándalos y sangre.

Eran los franceses superiores en fuerzas, y tal vez esto les hizo ser más tenaces en la alteracion. Su rey les habia enviado socorros de hombres y dinero, y con estos refuerzos ensoberbecidos sus ánimos, comenzaron á apoderarse de las plazas que estaban en la parte adjudicada á España. Sus principales jefes eran el duque de Nemours, virey; Aubigny, segundo en autoridad y primero en reputacion; Alegre y Paliza, oficiales valientes y experimentados. El virey se puso delante de Gonzalo, y Auvigny

marchó con una division á la Calabria, donde su crédito le habia conservado muchos parciales. Luis XII, desde Leon, donde estaba para dar calor á la guerra, pasó á Milan con el mismo fin, y desde allí vió los progresos que hicieron sus armas. Gonzalo, con su corto ejército, se habia retirado á Barleta á esperar los socorros que á toda prisa habia pedido á España, confiando entre tanto mantenerse en aquella plaza, que situada en la marina de la Pulla, le facilitaba la comunicacion con Sicilia, y le podia sostener mejor contra la impetuosidad de los franceses. Los oficiales que con sus divisiones cubrian las posesiones españolas, no podian, á pesar de prodigios de valor, contener el torrente que los arrollaba. Y el rey de Francia, que vió ocupada por los suyos la Capitanata; á Auvigny vencedor de un ejército de españoles, que se reunió en Calabria á las órdenes de D. Hugo de Cardona, y en fin, superiores por todas partes los franceses y dueños de toda la tierra, á excepcion de algunas pocas plazas de la costa, dió la vuelta á su país, creyendo ya inevitable la entera expulsion del enemigo. Mas la constancia y la prudencia del general español desconcertaron el orgullo de estas esperanzas, y la estacion de Barleta será siempre memorable como un ejemplo de paciencia, de destreza y de heroismo. Los duelos singulares y de pocas per-

sonas, la cortesía caballeresca con que se trataban los prisioneros, la jactancia y billetes de los generales, todo da á esta época un aire de tiempo heróico, que ocupa agradablemente la imaginacion, como la ocupan en la fábula y en la historia el sitio de Troya ó la circunvalacion de Capua.

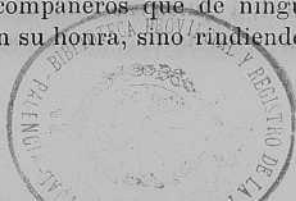
El duque de Nemours, confiado en la superioridad de sus fuerzas, pensaba hostigar continuamente á los nuestros; y el hostigado era el mismo, teniendo que sufrir el desabrimiento de ver á los suyos casi siempre inferiores en las escaramuzas y reencuentros parciales que tenían, ya sobre forrajes y mantenimientos, ya sobre la posesion de los pueblos inmediatos á Barleta. Pero lo que más alentó los ánimos de los nuestros y abatió á los franceses fueron los dos célebres desafíos que sucedieron entonces. El primero fué entre españoles y franceses. Confesaban los enemigos que el español les era igual en la pelea de á pié; pero decian al mismo tiempo que era muy inferior á caballo: negábanlo los españoles, y decian que en una y otra lucha llevaban ventaja á sus contrarios, como se estaba experimentando en los encuentros que diariamente ocurrían. Vino la alteracion á parar en que los franceses enviaron un mensaje á Barleta, proponiendo que si once hombres de armas españoles querían hacer campo con otros

tantos de los suyos, ellos estaban prestos á manifestar al mundo cuán superiores les eran. El mensaje vino en lunes 19 de Setiembre (1502), y se aplazaba para el dia siguiente, con la condicion de que los rendidos habian de quedar prisioneros. Aceptóse el duelo al punto: diéronse rehenes de una y otra parte para la seguridad del campo, y el puesto se señaló en un sitio junto á Arani, á mitad del camino entre Barleta y Viselo. Escogióronse de los nuestros once campeones, entre los cuales el más célebre era Diego García de Paredes que, á pesar de tres heridas que tenia en la cabeza, quiso asistir á aquella honrosa contienda. Diéronseles las mejores armas, los mejores caballos: nombróseles por padrino á Próspero Colonna, la segunda persona del ejército; y ya que estuvieron aderezados, el Gran Capitan hízolos venir ante sí, y delante de los principales caudillos les dijo: «que no pudiendo dudar de la justicia de su causa, y de cuán buenos y esforzados caballeros eran, debian esperar con certeza la victoria: que se acordasen que la gloria y la reputacion militar, no sólo de ellos mismos, sino la del ejército, la de la nacion y la de sus príncipes, dependia de aquel conflicto; y por tanto peleasen como buenos y se ayudasen unos á otros, llevando el propósito de morir ántes que volver sin la gloria de la batalla.

Todos lo juraron animosamente, y á la hora

señalada, salieron acompañados cada cual de su paje de armas al lugar del desafío. Llegaron ántes que sus contrarios, y luego que estuvieron al frente unos de otros, los padrinos les dividieron el sol, y las trompetas dieron la señal del combate. Arremetieron furiosamente, y del primer encuentro los nuestros derribaron cuatro franceses, matándoles los caballos; al segundo, los enemigos derribaron uno de los españoles, que cayendo entre los cuatro franceses que estaban á pié, y asaltado de todos ellos á un tiempo, le fué forzoso rendirse. A este punto un español mató á un francés de una estocada y otro rindió á su contrario. Los dos que se habian rendido de una parte y otra se separaron fuera de la lid: cayó otro francés del caballo, y por matarle ó rendirle, todos los españoles cargaron sobre él, y todos los franceses arrebatadamente á defenderle. Heríanse de todos modos, con las hachas, con los estoques, con las dagas; la sangre les corria por entre las armas, y el campo se cubria con los pedazos de acero que la violencia de los golpes hacia saltar en la tierra. Estremeciáanse los circunstantes, y esperaban dudosos el éxito de una lucha que tan tenazmente se sostenia. En esta tercera refriega los españoles mataron cinco caballos de sus enemigos, y estos dos de los nuestros. Quedaban siete franceses á pié y dos á caballo, mientras que los

españoles, siendo ocho á caballo y dos á pié, parecia que nada les quedaba ya sino echarse sobre sus adversarios para ganar la victoria. Acometieron, pues, á concluir la batalla, mas los franceses, atrincherándose entre los caballos muertos, flanqueados de sus dos hombres de armas que les quedaban montados, y asiendo de las lanzas que habia por el suelo, esperaron á sus contrarios, cuyos caballos, espantados á la vista de los cadáveres, se resistian á sus jinetes y se negaban á entrar. Varias veces embistieron, y otras tantas tuvieron que retroceder: entónces García de Paredes á voces les decia que se apeasen y acometiesen á pié, que él no podia hacerlo por las heridas que tenia en la cabeza; y al mismo tiempo arremetió con su caballo á aportillar la trinchera, y, sólo por gran rato, estuvo haciendo guerra á sus enemigos. Estos se defendieron de él, y le hirieron el caballo tan malamente, que tuvo que retirarse por no caer entre ellos. Mientras él peleaba así, los franceses movian partido y confesaban que habian errado en decir que los españoles no eran tan diestros caballeros como ellos y que así podrian salir todos como buenos del campo. A los más de los nuestros parecia bien este partido; mas Paredes no admitia ningun concierto; decia á sus compañeros que de ningun modo cumplan con su honra, sino rindiendo á aque-



llos hombres ya medio vencidos; y mal enojado de que no siguiesen su dictámen, herido como estaba, perdida la espada de la mano, y no teniendo á punto otras armas, se volvió á las piedras con las que se habia señalado el término del campo, y empezó á lanzarlas contra los franceses. Parece al leer esto que se ven las luchas de los héroes en Homero y Virgilio, cuando, rotas las lanzas y las espadas, acuden á herirse con aquellas enormes piedras, que el esfuerzo de muchos no podia mover de su sitio. Apeáronse, en fin, los españoles; y los franceses, viéndolos venir, volvieron á ofrecer el partido de que la cosa quedase así y ellos saliesen del campo, quedándose en él los nuestros, y recogiendo para sí los despojos que estaban esparcidos por el suelo. Habia durado la batalla más de cinco horas; la noche era entrada, y Próspero Colonna aconsejó á los españoles que su honor quedaba en todo su punto aceptando este partido. Hiciéronlo así, canjeáronse los dos rendidos uno por otro, y los franceses tomaron el camino de Viselo, los nuestros el de Barleta. Los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles más esfuerzo, y los franceses más constancia. Entre éstos se señaló mucho el célebre Bayard, á quien se llamaba el «caballero sin miedo y sin tacha:» entre los nuestros los

que más bien pelearon fueron Paredes y Diego de Vera.

Sin embargo del honor adquirido por los españoles, el Gran Capitan quedó mal enojado del éxito de la batalla, y se dice que quiso castigar á los combatientes, porque habiendo tenido esfuerzo para hacerse superiores en ella, no habian tenido constancia y saber para completar el triunfo y rendir á sus contrarios. Es notable aquí el honrado proceder de Paredes: él habia reñido en la lid á sus compañeros por el concierto que hacian; él fué quien los defendió delante de su general, diciendo, que pues sus contrarios confesaron el error en que estaban respecto de los españoles, no habia para qué tener en poco lo que se habia hecho, porque al fin los franceses eran tan buenos caballeros como ellos. «Por mejores los envié yo al campo,» respondió Gonzalo, y puso fin á la contestacion.

Quisieron todavía los nuestros apurar más su ventaja, y al dia siguiente de la pelea, Gonzalo de Aller, el caballero español que habia sido rendido, envió á desafiar al francés á quien habia cabido la misma suerte, diciendo que se rindió con más justa causa que él, y que si otra cosa decia, se lo haria conocer de su persona á la suya con sus armas y caballo. Aceptó el francés el desafío, pero no acudió el dia señalado, y

Aller le arrastró pintado en una tabla á la cola de su caballo. Lo mismo le sucedió á Diego García con un oficial francés llamado Formans, que desafiado por los denuestos é injurias que escribia de los españoles é italianos, aceptó el duelo, y no vino á medirse con el español. Por último 22 hombres de armas nuestros retaron otros tantos franceses, y ellos respondieron que no querian pelear tantos á tantos, y que de ejército á ejército se verian.

Estas pruebas particulares y esta contienda de honor exaltaban los ánimos de unos y otros en tal manera, que ya más parecia que luchaban por la gloria y reputacion de valor, que no por el imperio del país. Gonzalo procuraba mantener este espíritu generoso, móvil de las bellas acciones; y para acabar con las alteraciones que se movian todos los dias por el rescate de los prisioneros, arregló con el duque de Nemours la cuota que debia pagarse por cada uno, segun su calidad, y con sus consejos y su ejemplo exhortaba á sus soldados á usar de toda humanidad y cortesía con los rendidos. Un caso que sucedió por este motivo, manifiesta su delicadeza. Un oficial de caballería español, llamado Alonso de Sotomayor, prisionero del famoso Bayard, y tratado por él con toda urbanidad y cortesía, habia recibido su libertad por un rescate moderado. El español publicaba haber sido

tratado por su vencedor dura é ignominiosamente. Bayard que lo supo, retó al instante á su contrario, diciéndole que mentía. Reusaba el español, segun se dice, la batalla; pero el Gran Capitan le obligó á aceptarla, diciéndole: «que era preciso hacer olvidar sus injuriosas palabras con la gloria del combate, ó sufrir el castigo que merecia por ellas.» Tuvo, pues, que salir al campo, donde el francés le esperaba. El español era alto, robusto y membrudo; el francés, pequeño y delicado, manifestaba más agilidad que fuerza, apocada en aquellos dias por unas cuartanas que padecia. Todos le creian vencido, y más al ver que las armas del combate eran las de un hombre de armas. Tiró Sotomayor á aturdir á su contrario, dándole golpes en la cabeza atropelladamente; pero Bayard, supliendo con el arte lo que le faltaba de fuerza, hirió primero en un ojo al español, y á la accion de alzarse éste con toda su furia para vengarse de aquella herida, dejó descubierta la garganta por la juntura de la gola, donde Bayard con celeridad increíble le metió un puñal: la sangre salió á borbotones, y Sotomayor cayó muerto con grande alegría de los franceses, y sin ningun sentimiento de los españoles, indignados de su mala lengua é indigno proceder.

Entre tanto los dos generales, observándose recíprocamente, no perdonaban ocasion, ni ex-

cusaban diligencia para atacarse y sacar ventajas sólidas de este ardor y bizarría de sus soldados. Los franceses habian tomado á Canosa, donde estaba Pedro Navarro, que no teniendo bastante número de gente para defenderla, con acuerdo de Gonzalo la habia rendido, pero saliendo de allí las banderas desplegadas, y al son de las trompetas y atambores con todos los honores de guerra. En aquella plaza estableció el duque de Nemours su cuartel general, y desde allí molestaba y estrechaba á los nuestros, cortándoles los convoyes, sorprendiendo las partidas que salian á hacer víveres, y á veces ocupando los lugares vecinos á Barleta para cerrarla de más cerca. Gonzalo oponia iguales ardidés á éstos, igual actividad, pero con más prudencia y más fortuna. Su objeto era mantenerse en Barleta hasta que llegasen de España y de Alemania los socorros de hombres que tenia pedidos para igualar sus fuerzas con las del enemigo. Entre tanto todos los contornos sufrían los estragos de las correrías de uno y otro campo. Los que más sufrían estos daños eran los infelices pastores del Abruzzo, que teniendo que conducir sus ganados á las tierras ocupadas de uno y otro ejército, debían sufrir el vejámen de éstos ó aquellos, ó de ámbos á un tiempo. Creyendo á los franceses más fuertes, habian sacado seguro de su general, el cual, efectivamente,

cubrió su marcha y sus pastos con sus tropas. Pero Gonzalo, impelido por una parte de la necesidad de víveres que tenia su ejército, y por otra de la utilidad de castigar el desprecio que hacian de su autoridad y su fuerza, dispuso varias celadas y correrías encomendadas casi siempre á D. Diego Mendoza, el Aquiles de los nuestros, en las cuales robaron muchos millares de cabezas. Quejáronse los ganaderos á Nemours, amenazando que se irian á los lugares ásperos del país si no eran mejor defendidos. El duque se acercó á Barleta con sus gentes, canoneó el puente del Ofanto con intento de derribarle, y envió un trompeta á desafiar á los nuestros. Gonzalo, que queria quebrantar algun tanto el ímpetu francés con la tardanza, respondió: «que él estaba acostumbrado á combatir cuando la ocasion y la conveniencia lo pedian, y no cuando á su enemigo se le antojaba; y así, que aguardase á que los suyos herrasen los caballos y afilasen las espadas. Nemours, creyendo haber intimidado á los españoles, dió la vuelta á Canosa; pero apenas habia comenzado su marcha, cuando el Gran Capitan, ordenadas sus haces, salió de Barleta y empezó á inquietarle en su retirada. Envióle un trompeta á anunciarle que ya iba y que le aguardase, á lo que contestó el francés, «que ya estaba muy adelantado el dia, y que él no excusaria la ba-

talla cuando los españoles se acercasen tanto á Canosa como él se habia acercado á Barleta.»

En una de las correrías del oficial Mendoza habia habido sido hecho prisionero La Motte, capitán de la partida francesa con quien se habia peleado. Por la noche, en el convite celebrado por Mendoza en celebridad de la victoria conseguida, La Motte, que asistia á él, llevado de su petulancia natural, tal vez acrecentada con el vino, se dejó decir que los italianos eran una pobre y triste gente para la guerra. Un español llamado Iñigo Lopez de Ayala sacó la cara por ellos, y dijo al francés que habia en el ejército italiano tan buenos caballeros como los mejores del mundo: mantúvose La Motte en lo que habia dicho, y ofreció hacerlo bueno en el campo con cierto número de guerreros que se escogiesen de una y otra parte. Llegó esta conversacion á oídos de Próspero Colonna, el cual, celoso del honor de su nacion, despues que se aseguró de la certeza del hecho, y de que La Motte se afirmaba en su desprecio, formalizó el desafío proyectado con licencia que obtuvo del general. Los combatientes habian de ser 13 contra 13, y se pactó que los rendidos, además de perder el caballo y las armas, hubiesen de pagar cien ducados cada uno por su rescate. Hizo Gonzalo á los italianos concurrentes toda clase de honras, como si á su valor estuviese

fiada la fortuna de aquella guerra; y porque el duque no queria asegurar el campo con intento de ver si podia desbaratar el duelo por este medio, Gonzalo dijo que él aseguraba el campo á todos. Salieron los italianos bien amaestrados por Próspero Colonna, y pertrechados de todas armas: llegaron al campo, dióse la señal y se encontraron unos con otros con tal ímpetu, que las lanzas se les quebraron: entónces echaron mano á las otras armas, y con las hachas y los estoques se procuraban ofender cuanto podian. Eran de grande esfuerzo los franceses; pero los italianos, más diestros, en el espacio de una hora echaron á sus contrarios del campo, menos uno que quedó muerto, y otro que habiendo sostenido por gran rato el ataque de sus enemigos, vino al suelo mal herido, y hubiera acabado tambien si los jueces no se hubieran interpuesto, declarando á los italianos vencedores. Estos salieron del campo con sus doce prisioneros delante, y se presentaron al Gran Capitan, que los hizo cenar consigo aquella noche y los colmó de honores y distinciones.

La conquista de Rubo coronó la gloria adquirida por los españoles en estos combates particulares, que se dieron mientras su estancia en Barleta. Habia alzado banderas por España la villa de Castellaneta, sorprendida por Luis de Herrera y Pedro Navarro, á quien despues

de la pérdida de Canosa envió Gonzalo á defender á Taranto. Nemours previno sus gentes para castigar aquel pueblo y ocuparle otra vez; y el Gran Capitan , para distraerle, ó para vengarse anticipadamente, con una parte de sus tropas salió en persona á combatir á Rubo. Era esta una plaza muy fuerte, defendida por 4.000 hombres mandados por Paliza, uno de los oficiales franceses más distinguidos, y comandante en el Abruzzo. Anduvieron los españoles seis leguas, y al ser de dia llegaron á Rubo, y empezaron á batir el muro con la artillería: luégo que fué abierta la brecha se precipitaron en ella, y se trabó la batalla con igual ardor que si fuera en campo raso. Duró el combate siete horas, y todavía se dilatara, si Paliza herido no hubiera tenido que retirarse, y al fin que rendirse. Entraron los nuestros el lugar, y le pusieron á saco: fueron grandes los despojos que allí consiguieron; hicieron prisioneros de mucha cuenta; sin los vecinos de Rubo, que todos, hombres y mujeres, quedaron al arbitrio del vencedor. Gonzalo cuidó de que se guardase todo respeto al sexo, y luego que volvió á Barleta dió libertad á las mujeres, sin rescate, y á los hombres por un precio moderado; pero á los franceses los trató con más rigor, y los envió de remeros á las galeras de Lezcano. Preguntado despues por esta severidad, contestó que siendo

tomados por asalto, el no pasarlos por las armas era una gracia que le debian. Nemours, avisado del peligro de Rubo ántes que pudiese forzar á Castellaneta, voló al instante á socorrerle, y fué doblemente infeliz, porque no ganó la plaza que atacaba y no pudo amparar á la otra del desastre que le vino.

Con estas ventajas, y los socorros que de cuando en cuando les llegaban, ya de Sicilia, ya de Venecia, pudieron los españoles sufrir por siete meses la estancia en un pueblo, donde á cada momento estaban apurados por la falta de víveres. Murmuraban sí, y se quejaban, pero al aparecer Gonzalo, al ver aquella frente intrépida, aquel semblante majestuoso, la dignidad que sobresalia en su bella figura y la alegría y serenidad que siempre ostentaba: al oír la confianza con que les aseguraba que pronto se verian en la abundancia y en la victoria, todos se aquietaban, y por fortuna algunos socorros llegaban tan á tiempo, que la confianza que tenian en sus palabras era completa. Sucedió en aquellos dias que una nave de Sicilia arribó allí con una gran porcion de trigo, y otra veneciana cargada de municiones y armas. Gonzalo lo compró todo, y repartió los morriones, cotas, sobrevestas y demas pertrechos por su ejército con tal profusion, que aquellos mismos soldados que ántes desnudos y andrajosos presentaban el as-

pecto de la indigencia y de la miseria, ya se mostraban con todos los arreos de la elegancia y del lujo.

El aspecto de las cosas se iba cambiando entónces á toda prisa; la pérdida de Castellaneta y la de Rubo, Aubigny vencido y preso junto á Seminara por un refuerzo de tropas españolas, venidas últimamente á Calabria, las galeras de Lezcano vencedoras de la escuadra francesa delante de Otranto; los 2.000 infantes que se esperaban de Alemania llegados á Barleta; todo anunciaba que el viento de la fortuna soplaba en favor de España, y que era tiempo de dar fin á la contienda. En Barleta era ya imposible mantenerse por la falta de víveres, y el peligro de la peste que iba ya sintiéndose en su recinto. Gonzalo, resuelto á abandonar aquel puesto, anunció al duque de Nemours su determinacion: mandó venir á sí á Navarro y á Herrera, y salió por fin de la plaza. Aquella noche hizo alto en el mismo sitio donde en otro tiempo fué Cannas, tan célebre por la rota que Anibal dió allí á los romanos; y al otro dia se dirigió á Cerinola, diez y siete millas distante, donde los enemigos tenían grandes repuestos de víveres y municiones. El general francés, sabida la marcha de su adversario, reunió tambien sus tropas y corrió en su seguimiento: así las nubes acumuladas tanto tiempo sobre Barleta, vinieron á descar-

gar su furia en Cerinola, donde la suerte de Nápoles iba á decidirse sin retorno.

No prometia la trabajosa marcha que hicieron aquel dia (1) los nuestros ningun suceso afortunado. Era el terreno por donde caminaban seco y arenoso, el calor del dia grande y superior la fatiga: caíanse los caballos y los hombres de sed y de cansancio; algunos sofocados morian. En vano hallaron pozos con agua; ésta, más propia para bestias que para hombres, si les apagaba la sed, los dejaba inútiles á marchar. Algunos odres llenos de agua del Ofanto, que Gonzalo habia hecho prevenir á su salida de Cannas, no eran bastantes al ánsia y necesidad que todos tenian: uno y otro auxilio servia más de confusion que de alivio. Gonzalo en aquel aprieto levantaba á los caidos, animaba á los desmayados; dábales de beber por su mano y mandando que los caballos subiesen á las ancas á los infantes, dió el ejemplo con la órden, subiendo en el suyo á un alférez aleman. Si los enemigos, que ya se habian movido á seguirlos, los hubieran alcanzado en la llanura, tenian conseguida la victoria. Así toda el ánsia de Gonzalo era por llegar al sitio donde proyectaba sentar su campo y esperar allí el ataque de los franceses.

(1) 27 de Abril de 1503.

Cerinola está situada sobre una altura, y en el declive que forma el cerro habia plantadas muchas viñas, defendidas por un pequeño foso. En este recinto sentó su real Gonzalo, agrandando el foso cuanto le permitió la premura del tiempo, levantando el borde interior á manera de rebellin, y guarneciéndole á trechos con garfios y puntas de hierro para inutilizar la caballería enemiga. Recogieronse al fin las tropas al campo, y habiendo encontrado agua, el ánsia de apaciguar la sed los puso en confusion, de manera que toda la habilidad de Gonzalo y de sus oficiales apénas era bastante para llamarlos al deber y ponerlos en órden. En esto el polvo anunciaba ya la venida de los enemigos, y los corredores vinieron á avisarlo al general. Eran los nuestros 5.500 infantes y 1.500 caballos, entre hombres de armas, arqueros y jinetes. Gonzalo los dividió en tres escuadrones, que colocó en tres diversas calles, que formaban las viñas: uno de españoles mirando hácia Cerinola, mandado por Pizarro, Zamudio y Villalba; otro de alemanes, regido por capitanes de su nacion; y el tercero de españoles, al cargo de Diego García de Paredes y Pedro Navarro, apostado junto á la artillería para ayudarla y defenderla: flanqueó estos cuerpos con los hombres de armas, que dividió en dos trozos, mandados por Diego de Mendoza y Próspero Co-

lonna; á Fabricio, su primo, y á Pedro de Paz dió el cuidado de los caballos ligeros que puso fuera de las viñas para que maniobrasen con facilidad. La pausa que hicieron los franceses, consultando lo que habian de hacer, dió lugar á estas disposiciones, y á que la gente, tomando algun respiro, pudiese disponer el cuerpo y el espíritu á la pelea. La excesiva fatiga que habian sufrido aquel dia hacia dudar á Gonzalo de su resistencia, cuando Paredes, viéndole todo sumergido en estos pensamientos: «Para ahora, señor, le dice, es necesaria la firmeza de corazon que siempre soleis tener: nuestra causa es justa; la victoria será nuestra, y yo os lo prometo con los pocos españoles que aquí somos.» Gonzalo admitió agradecido el venturoso anuncio, y se preparó á recibir al enemigo.

Estaba ya para caer la noche, y Nemours, más prudente que dichoso, queria dilatar el ataque para el dia siguiente; pero sus oficiales, principalmente Alegre, creyendo ya asir la victoria y acabar con aquel ejército fugitivo, opinaban que se acometiese al instante, y Alegre añadía que no podia esto diferirse sin notoria cobardía. A esta increpacion, Nemours, picado vivamente, da la señal de embestir, y él se pone al frente de la vanguardia, compuesta de los hombres de armas. Seguiale Chandénier, coronel de los suizos, con otro escuadron, donde iba

toda la infantería, y últimamente Alegre, con los caballos ligeros, cerraba las líneas, que no se presentaban totalmente de frente, sino con algun intervalo retrasada una de otra. Comenzó á disparar la artillería, que era igual de una y otra parte; pero con algun más daño de los franceses, por dominarlos la española desde la altura. A las primeras descargas un accidente hace volar la pólvora de los nuestros, y la llamarada que levanta parece abrasar todo el campo: se anuncia este revés á Gonzalo, y él, con cara alegre, contesta: «Buen ánimo, amigos; esas son las luminarias de la victoria.» El duque de Nemours y su escuadron, para libertarse del mal que les hacia la artillería, acometieron la lanza en ristre, y á toda carrera, contra la parte de donde les venia el daño; más halláronse allí atajados por el foso, por los garfios de hierro y por la resistencia que les hizo el tercio que mandaba Paredes; siéndoles forzoso dar el flanco á los nuestros, y correr á buscar otro paraje ménos defendido para saltar al campo. En esta ocasion tuvieron que sufrir el fuego de la escopetería alemana, que estaba más allá; entónces cayó el general francés muerto de un arcabuzazo, y los caballos que le seguian, sin jefe y sin orden, comenzaron á huir.

El escuadron mandado por Chandenier quiso probar mejor fortuna; pero fué recibido por la

infantería española, que lanzaba todas sus armas arrojadizas contra ellos, y no hizo efecto ninguno. El mismo Chandénier, que por la bizarría y brillo de sus armas y por su arrojo, llamaba hácia sí la atención y los tiros, cayó también sin vida; caen al mismo tiempo los mejores capitanes suizos, y el desórden que esto causa hace inclinar la victoria hácia los españoles. Estos, queriendo apurar su ventaja, salieron de sus líneas. Paredes, al frente de su tercio, y el Gran Capitan con los hombres de armas, arrollan por todas partes á los enemigos, que, á pesar del valor que emplearon Alegre y los príncipes de Melfi y Bisiñano, que iban en la retaguardia francesa, se vieron rotos y dispersos, y se abandonaron á la fuga. La noche detuvo el alcance y atajó la mortandad; Próspero Colonna entró sin resistencia en el campamento enemigo, y viendo cerrada la noche, se alojó en la tienda del general francés, de cuya mesa y cena disfrutó, causando con su ausencia la mayor angustia á su primo Fabricio y al Gran Capitan, que viendo que no volvía, le lloraban por muerto.

Este fué el éxito de la batalla de Cerinola, que si se regula por el número de los combatientes y por los muertos, no se contará entre las más grandes; pero que se hace muy ilustre por el acierto y conducta del general vencedor.



y por las consecuencias importantes que tuvo. Los ejércitos eran casi iguales, ó algo superior el de los franceses: de éstos murieron cerca de 4.000, y de los nuestros, algunos dicen que 100, otros que nueve. La acertada eleccion de terreno, y el auxilio sacado del foso, unido á la temeridad de los enemigos, dieron la victoria, y la hicieron poco costosa, á pesar de ser su caballería tan superior, que Gonzalo afirmaba que semejante escuadron de hombres de armas no habia venido á Italia mucho tiempo habia.

Al dia siguiente se halló entre los muertos el general francés, á cuya vista no pudo el vencedor dejar de verter lágrimas, considerando la triste suerte de un caudillo jóven, bizarro y galan en su persona, con quien tantas veces habia conversado como amigo y como aliado. Hízole llevar á Barleta, donde se hicieron sus exequias con la misma magnificencia y bizarría que si fuesen celebradas por sus huestes vencedoras; y él se dispuso á seguir el rumbo que su buena estrella le señalaba.

Cerinola, Canosa, Melfi, y todas las provincias convecinas, se rindieron al vencedor, que al instante dirigió su marcha á Nápoles á apoderarse de aquella capital. Llegado á Aterra, salieron á recibirle los síndicos de la ciudad, á cumplimentarle por su victoria y á rogarle que entrase en ella, donde en sus manos jurarian

la obediencia al Rey Católico. La entrada en Nápoles se celebró con un aparato real, como si el obsequio se hiciese á la persona misma del nuevo monarca: la ciudad juró obediencia á España, y Gonzalo, en nombre del rey, les juró la conservacion de sus leyes y privilegios. Fué esta entrada á 16 de Mayo (1503). Así en poco más de ocho años los napolitanos habian tenido siete reyes: Fernando I, Alfonso II, Fernando II, Carlos VIII, Federico III, Luis de Francia y Fernando el Católico. Nacion incapaz de defenderse, incapaz de guardar fe: entregándose hoy al que es vencedor, para ser mañana del vencido, si acaso la suerte se declara en favor suyo: sus guerreros, divididos entre los dos campos concurrentes, pasándose de una parte á otra á cada instante, y labrando ellos mismos las cadenas que se le echaban por los extranjeros: el pueblo nulo y esclavo del primero que llegaba. Si hay alguna nacion de quien debe tenerse á un tiempo lástima y desprecio, ésta es sin duda alguna: como si los sacrificios necesarios para mantener las instituciones militares y civiles que bastasen á defenderla de las invasiones de fuera, pudiesen jamás compararse con la desolacion y el estrago causados por estas guerras de ambicion y concurrència extraña.

Quedaban, sin embargo, por ganar los dos castillos de Nápoles, defendidos con una guar-

nicion numerosa y abastecidos de todo lo necesario para una larga resistencia. Gonzalo, ántes de marchar á Gaeta, donde estaban recogidas las reliquias del ejército enemigo, queria reducir aquellas dos fortalezas para dejar enteramente asegurada la capital. Hallábase en el ejército Pedro Navarro y su destreza y su pericia en la construccion de las minas eran un poderoso recurso para vencer las dificultades casi insuperables que presentaban los castillos en su rendicion. Embistióse primeramente á Castelnovo, y tomado un pequeño fuerte dicho la Torre de San Vicente que está ántes, Navarro dispuso sus minas y las llevó hasta debajo de la muralla principal del castillo. En tal estado se intimó á los sitiados que se rindiesen, y ellos, confiados en la fuerza de la plaza, no sólo desecharon la intimacion, sino que amenazaron al trompeta de matarle si volvía otra vez con semejante mensaje. En seguida pegóse fuego á la mina, y ella, reventando, abrió por mil partes la muralla, que dejando una gran boca abierta con espantoso ruido y estrago miserable de la gente que habia encima, vino al suelo. Acometió al instante Navarro con los suyos, y anunciándose á Gonzalo que se estaba asaltando ya el castillo, salió corriendo, embrazado su broquel, á animar su gente y hallarse presente al combate. Este fué furioso y porfiado: toda la

gente de la ciudad se subió á contemplarle desde las azoteas y torres de las casas, y á juicio de todos, jamás los españoles manifestaron tal impetuosidad ni osadía. Ganaron primero el adarbe; y los enemigos, que se retrajeron á las puertas del castillo con intento de levantar los dos puentes que le defendian, no lo hicieron con tal prontitud que los españoles no llegasen al mismo tiempo. Ganaron el uno Ocampo, Navarro y otros españoles: el otro ya habian logrado levantarlo los franceses, cuando Pelaez Berrio, gentil-hombre de Gonzalo, que estaba allí, asido de un brazo de los maderos y subiéndolo con ellos, pudo, colgado en el aire, cortar con la espada las amarras de que estaban suspensos: cayó entónces el puente otra vez, y él entró acompañado de dos soldados, y entre los tres sostuvieron el ímpetu enemigo hasta que acudieron más españoles, y entre todos arrollaron á los contrarios. Los franceses al fin se entraron en la ciudadela y pudieron cerrar las puertas. Entónces el combate se hizo más espantoso: los nuéstrs, ayudados de las hachas, picos y máquinas, pugnaban por derribarlas; y los franceses desde arriba, con cal, con piedras, con aceite, con fuego, con todo lo que el furor ó el temor les suministraba, ofendian á los españoles, que terribles, aumentando siempre su furor y su ímpetu, batian por todos lados la fortaleza.

Comenzaba el enemigo á flaquear, y movia ya condiciones de entrega: cuando de resultas de haberse abrasado cincuenta españoles con la pólvora y artificios de fuego que los sitiados les arrojaban, embravecidos de nuevo, volvieron al combate con un furor tal, que entraron por todas partes el fuerte, cuyos defensores perecieron todos, á excepcion de unos pocos que se rindieron á merced de Gonzalo. Concedió éste á sus soldados el saco del castillo en premio de su valor, y ellos se arrojaron al instante sobre las inmensas riquezas que contenia, atesoradas allí por los franceses. En su furor y en su codicia no perdonaron ni áun á las municiones, que el general habia mandado que se conservasen. Cuando se les quiso reprimir, dijeron, que, debiéndoseles tantos dias de paga y teniendo aquellas riquezas delante ganadas con su sangre y su sudor, querian pagarse por su mano. Gonzalo les dejó hacer, proponiéndose comprarles despues los artículos necesarios; y porque algunos ménos expeditos y afortunados se lastimaban de lo poco que habian cogido en el saqueo, su generoso general: «Id, les dijo, á mi casa, ponedla toda á saco, y que mi liberalidad os indemnice de vuestra poca fortuna.» No bien fueron dichas estas palabras, cuando aquellos miserables corrieron al palacio de Gonzalo, que estaba alojado con la mayor

magnificencia; y, uniéndoseles mucha parte del pueblo, le despojaron todo, sin perdonar ni mueble, ni cortina, ni comestible, desde las salas más altas hasta las cuevas más profundas. Ganado así el castillo, puso en él por alcaide á Nuño de Ocampo, mandó que en él se quedase para guardarle la compañía de Pedro Navarro, donde estaban los más valientes soldados del ejército, y á Navarro mandó que sin dilacion combatiese el otro castillo, que llaman del Ovo. Este siguió la misma suerte; pero aún con más daño de los franceses, porque el efecto de las minas fué más espantoso.

La armada francesa, que habia llegado al otro dia de la toma de Castelnuovo, tuvo que retirarse á Iseia, en donde tampoco fué admitida por haberse ya alzado en aquella isla la bandera de España, y tuvo que volverse sin hacer efecto.

El Gran Capitan, áun ántes de que se rindiese el segundo castillo, reunido el grueso del ejército, salió de Nápoles, y rendido San German y Roca Guillerma, el campo al fin se asentó sobre Gaeta. Esta plaza, ya fuerte y casi inexpugnable por su situacion, estaba defendida por Alegre, que habia llevado allí todas las reliquias del ejército vencido en Cerinola: allí estaban los principales barones que seguian el partido de Francia, los príncipes de Bisiñano y Salerno, el duque de Ariano, el marqués de Lochisto y

otros; tenían por suya la mar, y el marqués de Saluzo, que traía un socorro considerable de gente, anunciaba la venida de un ejército francés. Empezóse á batir la plaza, y aunque Navarro, despues de allanado el castillo de Ovo, vino á reunirse con Gonzalo, y reforzaba con sus ardides y su arte las operaciones del sitio, nada se adelantaba en él. Los sitiados, cada vez más orgullosos con su número y la ventaja de su posición, despreciaban á su enemigo, y ofendian con tal acierto, que muchos soldados y oficiales perecieron, entre ellos D. Hugo de Cardona, tiernamente querido de Gonzalo. Así que, despues de llorar amargamente este desastre, conocida la inutilidad de continuar entónces el ataque, mientras no fuese dueño del mar, y no queriendo enflaquecer su gente en el nuevo peligro que presentaban las cosas, aportó el real de Gaeta, y se retrajo á Castellon, situado no muy léjos de allí.

Luis XII, en vez de perder el ánimo con la ruina de sus cosas en Nápoles, apeló á su poder, y juntó tres ejércitos y dos escuadras á un mismo tiempo, para atacar por todas partes á su enemigo. Dos ejércitos fueron destinados á acometer las fronteras de España por Vizcaya y Rosellon, y el tercero, mandado por Luis La Tremouille, uno de los mejores generales de aquel tiempo, se dirigia á entrar en Nápoles por el

Milanés, y volverse á apoderar de aquel Estado: de las escuadras, una, mandada por el marqués de Saluzo, habia de sostener esta última expedicion, y la otra se quedaria cruzando el Mediterráneo, para impedir la llegada á Italia de los socorros que se enviasen de España. Era tal la confianza que los franceses tenian en el buen suceso de estos preparativos, que habiéndose dicho á La Tremouille que los españoles le saldrian á recibir, él respondió «que holgaria mucho de ello; «añadiendo, «que daría 20.000 ducados por hallar al Gran Capitan en el campo de Vitervo.» Tuvo el caudillo francés la petulancia de hacerlo decir en Venecia á Lorenzo Suarez, pariente de Gonzalo, y embajador nuestro á la sazón cerca de la república, á lo que Suarez respondió graciosamente. «Más hubiera dado el duque de Nemours por no haberle encontrado en la Pulla.»

No pudieron cumplírsele los deseos á La Tremouille, porque una dolencia que le acometió le postró de tal suerte, que le fué forzoso retraerse á Milan. Entónces el rey de Francia dió mando de sus tropas al marqués de Mantua, que, segun la costumbre de los capitanes italianos de aquel tiempo, ofrecia sus servicios á quien más daba. Componíase el ejército de más de 30.000 hombres, pertrechados de tal modo, que si hubieran embestido al instante el reino de Nápo-

les, las cortas fuerzas de Gonzalo difícilmente resistieran. Pero la mala de suerte de Francia hizo que en aquella sazón muriese Alejandro VI, y el cardenal de Amboise, ministro principal de Luis XII, quiso que las tropas destinadas á Nápoles se detuviesen alrededor de Roma, para influir en el cónclave, y ser elegido Papa. El cardenal de la Rovera tuvo maña para desconcertar sus medidas, alejar las tropas, y hacer elegir pontífice á Pio III, que al cabo de pocos días falleció, en cuyo espacio pudo ganar los cardenales en favor suyo, y consiguió ser electo en el cónclave siguiente, tomando, en consecuencia, el nombre de Julio II. Las tropas francesas detenidas y burladas, siguieron su camino á Nápoles; pero el tiempo estaba muy adelantado, y el cardenal de Amboise, después de subordinar los intereses del rey á los suyos, ni consiguió ser Papa, ni aprovechó la ocasión única que se ofrecía de reconquistar aquel Estado.

Era ya entrado el invierno (1503), y las lluvias fueron tantas, que los caminos hechos barriales y las campiñas pantanos, apenas dejaban marchar los hombres, cuanto más el gran tren de artillería que el ejército arrastraba consigo. Otro inconveniente que tuvo su tardanza, fué que el de Gonzalo se engrosó con las tropas que había en Calabria, mandadas por D. Fernando

de Andrade, y vencedores de Aubigny, y con un un número considerable de capitanes y soldados españoles que se vinieron á su campo, dejando las banderas del duque de Valentinois, cuyo poder, despues de la muerte del Papa su padre, iba declinando á toda prisa. Pero al fin los franceses vencieron estas dificultades, y llegaron á las fronteras del reino: intentaron tomar por fuerza de armas á Roca-Seca, y Pizarro, Zamudio y Villalba que le defendian, los rechazaron de allí; Roca-Guillerma se les entregó casi por traicion; pero Gonzalo, á vista de su ejército, la volvió á tomar, sin que ellos osasen moverse. Llegaron á la orilla del Garellano, y empezaron á hacer sus disposiciones para pasarle, confiados en que hecho esto, todo el país que hay desde el rio hasta la capital se les allanaria fácilmente. Gonzalo estaba de la parte opuesta con su ejército, y tenia la desventaja de que siendo por allí más baja la orilla, la artillería enemiga podia hacerle todo el daño que quisiese.

Los franceses, construido el puente de barcas y maderos con el cual intentaban pasar el rio, á la sazón invadible, hicieron varios esfuerzos para colocarle, y todos fueron vanos al principio, porque los españoles se lo estorbaban, y combatiendo con ellos los hacian retroceder. Un día al fin más afortunados, encontrando con oficiales españoles poco diestros ó esforzados,

arrollaron la guardia de la orilla opuesta, sentaron la punta del puente, comenzaron á pasar, y ganaron el bastion en que los nuestros se colocaban. Retrajéronse los fugitivos del campo y le llenaron de agitacion y tumulto. Llegá á oídos del general que el enemigo habia echado el puente, ganado el puesto, y que arrollando los soldados se acercaba al real; y al punto da la señal de la pelea, se arma, sube á caballo y sale él mismo al frente de sus tropas á encontrar con los franceses. Precipítanse los demas capitanes á su ejemplo: Navarro, Andrade, Paredes ordenan sus huestes y tienden sus banderas. Fabricio Colonna es el primero en arremeter al enemigo, el cual, no bien ordenado todavía, no puede sostener el ímpetu de los nuestros y comienza á ciar. Era terrible el estrago que la artillería francesa hacia; mas despues que los españoles se mezclaron con los franceses no podia servir, á ménos de hacer igual daño en unos que en otros. El grueso del ejército francés estaba ya sobre el puente guiado por sus principales cabos, que seguian á los primeros. Estos arrollados caen desordenados sobre ellos, y los españoles furiosos entran tambien en el puente hiriendo, matando, arrojando al rio cuanto hallan por delante. Fuéles, en fin, forzoso á los franceses recogerse á sus estancias y abandonar el puente; siendo tal el furor con que se com-

batió de una parte y otra, que Hugo de Moncada, uno de los hombres más intrépidos y valientes de aquel tiempo, confesaba despues que no habia visto refriega más terrible. Arrolladas al suelo compañías enteras por la artillería, destrozados los hombres y caballos, eran al instante suplidos por otros que intrépidamente se ofrecian á la muerte por ganar la victoria. Llevóse aquel dia el lauro del valor entre los oficiales, Fabricio Colonna, que fué el primero que con más peligro salió al encuentro del enemigo y le lanzó hácia el puente; y entre los particulares Fernando de Illescas, alférez, que habiéndole llevado una bala la mano derecha, cogió la bandera con la izquierda, y llevada ésta tambien, cogió la insignia con los codos y así se mantuvo hasta que Gonzalo dió la señal de recogerse.

No eran de extrañarse por cierto estos ejemplos de valor en un campo que por todas partes respiraba honor y bizarría. El puente quedó echado y protegido por la artillería que tenia el enemigo á la otra orilla. El Gran Capitan queria que se volviese á poner la guardia en el bastion mismo que ántes ocupaba. Diego García de Paredes le dijo. «Señor, ya no tenemos enemigos con quien combatir, sino con la artillería: mejor será excusar la guardia, dejar que pasen 1.000 ó 2.000 de ellos, y entónces los acometeremos, y quizá podremos ganar su campo.»

Gonzalo, todavía irritado de la pérdida del bastion, le contestó: «Diego García, pues Dios no puso en vos miedo, no le pongais vos en mí.» «Seguro está vuestro campo de miedo, respondió el campeon, si no entra en él más que el que yo inspirase.» Picado hasta lo vivo, desciende del caballo, y poniéndose un yelmo y cogiendo un montante, se entra solo por el puente. Los franceses, que lo conocian, creyendo en su ademan que queria parlamentar, salieron á él en gran número, y él se dispuso á hablar con ellos; mas luego que los vió interpuestos entre sí y las baterías, diciendo en altas voces que iba á hacer prueba de su persona, sacó el montante y empezó á lidiar. Acudieron algunos pocos españoles á sostenerle en aquel empeño temerario, y trabóse una escaramuza, en la cual al fin los nuestros tuvieron que retirarse, siendo el último Paredes, cuya ira y pundonor aún no estaban satisfechos con aquella prueba de arrojo.

Pocos dias despues sucedió otro caso, que demuestra bien el espíritu que animaba todo nuestro ejército. Habíase dado á guardar la torre del Garellano á un capitan gallego, y el puesto era tan fuerte, que con diez hombres solos podian mantenerse, y tan importante, que desde allí, como desde una atalaya, se veian todos los movimientos del campo enemigo. Los franceses,

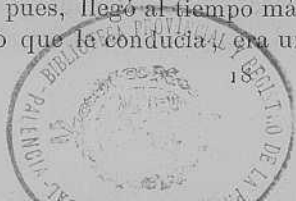
que no la pudieron tomar por fuerza, la compraron á los gallegos, y éstos se vinieron á nuestro real, dando por causa de su rendicion mil falsedades, que se les creyeron. Mas cuando al fin se supo en el campo su villanía y su traicion, los soldados mismos hicieron pedazos á todos aquellos miserables, sin que el Gran Capitan castigase este exceso, que conformaba mucho con la severidad que él usaba en la disciplina militar.

Entre tanto la discordia tenia divididos entre sí á los cabos del ejército enemigo. Indignábanse los franceses de obedecer á un general extranjero sin acierto y sin fortuna, que les tenia detenidos allí, sin poder adelantar sobre sus contrarios un palmo de tierra. Dábanle á gritos los dictados más viles; y él, desconfiando de salir con la empresa, conociendo ya por su experiencia el valor y constancia española, ofendido de los libres discursos del ejército y de las increpaciones atrevidas de Alegre, renunció el mando y abandonó el ejército, llevándose un buen número de tropas italianas que le acompañaban. Todavía, á pesar de este desfalco, eran iguales ó superiores á los nuestros, y el marqués de Saluzo, á quien dieron el mando despues de irse el marqués de Mantua, era un general inteligente y activo. Su primera operacion fué fortificar la punta del puente de esta

parte, para que sus tropas al pasar no pudiesen ser molestadas. Logrólo, con efecto; fortificó el puente y puso en él su guardia. Mas no por eso habia adelantado mucho en su intento de pasar delante; Gonzalo se colocó tan ventajosamente, que era imposible forzarle, y desde allí impedía la marcha del enemigo. Es verdad tambien que el invierno, entónces en su mayor vigor, contribuyó mucho á esta inaccion de unos y otros. El Garellano, saliendo de madre, inundaba aquellas campiñas; pero era con mucho mayor daño de los españoles, que estaban situados en una hondonada; el campo, hecho un lago, apenas podia con maderos, piedras y faginas oponer un reparo al agua sobre que estaban: los víveres escaseaban cada vez más: las enfermedades picaban, y ya la paciencia fallecia. Hasta los oficiales primeros del ejército, Mendoza, los dos Colonnas, y otros de igual crédito y esfuerzo, habian desmayado y se fueron á Gonzalo á aconsejarle que, pues el enemigo no podia por el rigor de la estacion emprender faccion de momento, diesen algun alivio á sus tropas, y las pasase á Capua, donde mejor alojadas y mantenidas, podrian repararse de los trabajos pasados, y estarian á la mira de los movimientos de los franceses. Mas él, firme é incontrastable, les respondió con su magnanimidad: «Permanecer aquí es lo que importa

al servicio del rey y al logro de la victoria; y tened entendido, que, más quiero buscar la muerte dando tres pasos adelante, que vivir un siglo dando uno solo hácia atrás.»

Los franceses no padecian igualmente por la intemperie: la ribera del rio era por allí más alta, y las ruinas de un templo antiguo, donde se colocó una parte de su ejército, les dieron algun reparo contra la humedad: el resto fué repartido en los lugares convecinos, porque no acostumbrados á aquellas fatigas, hechos á llegar y combatir, é impacientes de la tardanza, se mostraban ménos sufridos á los rigores de la estacion. No creyendo que sus enemigos intentasen nada hasta la venida del buen tiempo, tampoco ellos proyectaban nada, y sólo atendian á guarecerse de las incomodidades que sufrían. Entre tanto llegó al campo español Bartolomé de Albiano, de la casa de los Ursinos, con 3.000 hombres de socorro. Los Ursinos, familia ilustre romana, enemiga y rival de los Colonnas, y odiosa, igualmente que ellos, al Papa Alejandro VI y á su hijo César, habian servido contra España hasta entónces; pero al fin, fueron reducidos á seguir sus intereses por las negociaciones de Gonzalo, que tenia por máxima el atraer las voluntades de las casas principales de Italia. Este socorro, pues, llegó al tiempo más oportuno; y Albiano que le conducía, era un



excelente militar. El fué quien inspiró ó hizo valer el dictámen de marchar al instante al enemigo, echando un puente más arriba de donde tenían el suyo los franceses. Gonzalo le dió el encargo de esta maniobra; y Albiano hizo construir cuatro millas más arriba un puente hecho de ruedas de carros, de barcas y toneles, todo bien trabado con maromas: tendióle en el rio, y todo estuvo dispuesto para la noche del 27 de Diciembre (1503). Al instante pasó la mayor parte del ejército, y Gonzalo aquella noche se alojó en Suyo, pueblo contiguo al rio, y ocupado por los primeros que pasaron. A la mañana siguiente se puso en marcha la vuelta del campo enemigo: llevaban la vanguardia Albiano, Paredes, Pizarro y Villalba; el centro, compuesto de los alemanes y demas infantería, le guiaba el mismo general; y la retaguardia, que se habia quedado de la otra parte del rio, mandada por Andrade, tenia orden de embestir el fuerte que defendia el puente francés y pasar por él á juntarse con el resto del ejército. En un mismo punto llegaron al campo enemigo las noticias de haberse construido el puente por los españoles, de su paso por el rio, y de su marcha al real. Al principio no lo creyeron: mas despues, ya seguros del hecho y viendo que era tarde para esperar allí y contrarestar la furia del enemigo, aterrados y sin consejo, desampa-

ran apresuradamente el campo, y huyen des-
pavoridos hácia Gaeta, pensando defender el
puesto difícil de Mola y Castellon.

Gonzalo envió á Próspero Colonna y Albiano
con 200 caballos para que los inquietasen en su
fuga, y entró en el real enemigo lleno de des-
pojos y municiones. Allí se juntó con él su re-
taguardia, porque los franceses que guardaban
el puente, poseidos tambien de miedo, le habian
desamparado y deshecho, puesta en las barcas
su más pesada artillería para que rio abajo lle-
gase á Gaeta. Mas este mismo peso fué causa de
que no caminasen con la priesa necesaria; y los
españoles pudieron juntarlas con facilidad, re-
hacer el puente, y pasar el rio. Entre tanto los
franceses huian, pero ordenados: hacian cara á
sus contrarios en los pasos difíciles para pasar-
los sin desconcertarse, saliendo primero la ar-
tillería, luego los infantes, y la caballería se
retiraba la última, aunque siempre con algun
daño. Llegaron así al puente que está delante
de Mola, y allí el marqués de Saluzo acordó ha-
cer frente al enemigo y procurar recobrase.
Cien hombres de armas mandados por Bernardo
Adorno se paran, y peleando valerosamente,
hacen á los nuestros detenerse y áun retroce-
der: acuden los fugitivos, y á la sombra de
aquel escuadron se ordenan junto á Mola, co-
brán ánimo y se preparan á la pelea. Mas el

centro de nuestro ejército llegaba ya conducido por Paredes y Navarro. El Gran Capitan iba allí animando la gente y exhortándola á apresurarse: el caballo en que iba tropieza en los resbaladeros del camino y cae con su dueño al suelo; acuden á socorrerle los que estaban cerca, y él, levantándose sin lesion, les dice alegremente lo que Scipion y César en ocasion semejante dijeron á sus soldados: «Ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere.» Ya en esto era Adorno muerto, y aquellos esforzados caballeros se ven constreñidos á huir. El vencedor terrible sigue su marcha aceleradamente á Mola, y dividiendo su ejército en tres trozos, embiste al enemigo por tres partes diferentes con intencion de envolverle y de cortarle. Fieros los españoles con su superioridad peleaban como leones: no así los franceses, cuyo espíritu primero sorprendido, despues aterrado, no acertaba ni con la ofensa, ni con la defensa, ni á guardar, ni á seguir consejo. Su general en este apuro, no contando ya con la victoria, y viendo la muerte y desolacion por todas partes, dió á un tiempo la órden y el ejemplo de la fuga, y corre hácia Gaeta: todos le siguen; pero desordenados y dispersos, abandonando banderas, artillería y bagajes, atropellándose miserablemente unos á otros; entregándose éstos al hierro del enemigo, que feroz-

mente los hostiga, aquellos á la venganza de los paisanos vecinos, que cogiéndolos dispersos los degüellan.

Tal fué la célebre rota del Garellano, que costó á los franceses cerca de 8.000 hombres, todo su bagaje, la artilleria mejor de Europa y la pérdida irreparable de tan hermoso reino. La Italia, que habia visto aquel poderoso ejército, cuya muchedumbre y aparato parecia que iba á devorar en un momento al débil enemigo que tenia delante, le vió al poco tiempo deshecho sin batalla, y casi sin peligro ni daño de sus vencedores. Debió Gonzalo esta victoria á la superioridad de sus talentos, al acierto de su posicion y á la constancia con que se mantuvo cincuenta dias delante del enemigo, sin desviarse un momento de su propósito por las enormes dificultades y trabajos que se le oponian. El conocia á los franceses, sabia que no estaban tan hechos á la fatiga como sus soldados, veia su impaciencia, y quiso á un tiempo ser superior á ellos y á la inclemencia de la estacion. Pueden atribuirse otras victorias á la fortuna, pero la del Garellano es enteramente debida á la capacidad del Gran Capitan, que entónces llenó toda la extension de este nombre.

Aquella noche reposó el general español con sus tropas en Castellon; y el descanso era bien necesario á unos hombres que habian hecho una

marcha de seis leguas, lidiando y persiguiendo, sin haber tomado alimento en veinticuatro horas. Al dia siguiente se puso sobre Gaeta, y luego que asentó la artillería para batirla, los sitiados se rindieron á partido de que fuesen libres todos los prisioneros franceses, haciendo ellos lo mismo con los españoles: otorgóle Gonzalo, y entró en Gaeta el dia 1.º del año 1504, habiendo ántes desfilado los franceses, desmontados los caballeros y doblada la punta de la espada los infantes. Gonzalo suavizó algun tanto la humillacion de esta derrota á los vencidos, consolándolos, tratándolos con el mayor honor y cortesía, alabando su valor; y fué tal su atencion á que se les guardase el respeto debido á los infelices, que viendo á un soldado suyo arrancar por fuerza á un suizo una cadena de oro que llevaba al cuello, arrojóse á castigarle con la espada desnuda, y le hubiera muerto sin arbitrio, á no haberse el soldado arrojado al mar.

Gaeta rendida, y puesto en ella por comandante á Luis de Herrera, Gonzalo dió la vuelta á Nápoles, donde la alegría y pompa triunfal hubo de convertirse en luto y llanto por la aguda dolencia que le sobrevino y le puso á punto de muerte. Toda Nápoles se estremeció al peligro, y el regocijo que manifestó de su mejoría fué igualmente á las muestras de sentimiento que hizo cuando estuvo enfermo. Siete dias tuvo

audiencia pública para que todos pudiesen saciarse con la vista de un hombre, á quien amaban igualmente que admiraban. Cobradas al fin las fuerzas, se dió todo al cuidado de arreglar la administracion y policia del reino; hizo confederaciones nuevas, y estrechó las antiguas con los potentados y repúblicas de Italia; envió á varios de sus oficiales contra las pocas fortalezas que aún se tenian por los franceses, y empezó á repartir las recompensas merecidas por sus compañeros en la guerra. Como la liberalidad y magnificencia eran las virtudes que más sobresalian en él, los premios que dispensó fueron más propios de un rey que de un lugarteniente. Restituyó á los Colonnas los Estados que les habian usurpado los franceses; á Albiano, dió la ciudad de San Márkos; á Mendoza, el condado de Mélito; el de Oliveto, á Navarro; á Paredes, dió el señorío de Coloneta; en fin, á todos los que se habian distinguido repartió Estados, tierras, rentas pingües y magníficos presentes. Hacíanse todos lenguas en su alabanza, no sabiendo qué exaltar más en él, si la majestad heróica de su persona, la gracia y cortesania de sus palabras y modales, su gloria y talentos bélicos, su justicia equilibrada con la severidad y clemencia, ó su generosidad verdaderamente real.

Es disculpable en los que merecen la gloria que la busquen por todos los medios con que se

adquiere. El gusto que recibia Gonzalo de ser alabado en versos latinos, aunque él no entendia esta lengua, le hizo recompensar magníficamente los poemas miserables que en su alabanza compusieron Mantuano y Cantalicio. Ellos, juzgándose indignos del premio que habian recibido, exhortaron á Pedro Gravina, en quien reconocieron mayores talentos para la alta poesía, á que se ejercitase en un asunto tan noble y tan bello. Mas á pesar de esta diligencia, hasta ahora la gloria de Gonzalo de Córdoba está depositada con más dignidad en los archivos de la historia que en los ecos de la poesía.

Como la pacificacion y sosiego de Italia eran los mejores medios para asegurar la conquista, Gonzalo se decidió á este objeto. Habia, empero, un estorbo para conseguirlo, que era el genio revoltoso y terrible de César Borgia. César, hijo del Papa Alejandro VI, y hecho cardenal al tiempo de la exaltacion de su padre, no quiso contentarse con aquella dignidad, y aspiró á los honores que tenia el duque de Gandía su hermano mayor. Hizole asesinar una noche; y el Papa estremecido, en vez de castigarle, tuvo que concederle de allí á pocos dias una dispensa para dejar las órdenes sagradas y el capelo. Luis XII, que entónces necesitaba de la ayuda del Papa, le dió el ducado de Valentinois, le señaló una pension, le costeó una compañía de

100 hombres de armas, y le casó con Juana Albret, hermana del rey de Navarra, y parienta suya.

Con semejante apoyo, su ánimo fiero y atrevido se revolvió á los proyectos de ambicion, y empezó á ocupar las tierras y fortalezas de la Romaña, á cuyo dominio entero aspiraba. Su divisa era *aut Cæsar aut nihil*: sus medios todos los que le venian á la mano; y los conquistadores más célebres del mundo no emplearon en sus expediciones más esfuerzo, más osadía, más astucia, más perfidia, ni más atrocidad, que este hombre extraordinario en la ocupacion del corto territorio que deseaba. Echó de Roma á los Colonnas: se apoderó del ducado de Urbino: hizo dar muerte por la más baja alevosía á las principales cabezas de la casa Ursina: ocupó sus Estados, y Rimini, Faenza, Forli y todas las plazas y fuerzas de la Romaña, tuvieron que bajar el cuello al yugo que les impuso. Los tesoros de su padre servian abundantemente á sus designios; y cuando éstos faltaban, el veneno dado á los cardenales más ricos proporcionaba con sus despojos nuevos recursos para nuevos designios. No habia en Italia general ninguno que mejor pagase sus soldados, que más bien los tratase, y de todas partes acudian á servirle, principalmente españoles. En su escuela se formó una porcion de

oficiales excelentes, entre ellos Paredes y Hugo de Moncada. El de su persona era ágil, esforzado, diestrísimo en el manejo de todas armas, el primero en los peligros, el más ardiente en el combate. La gentil disposición de sus miembros era afeada por la terribilidad de su rostro, que lleno de herpes, destilando materias y con los ojos hundidos y sanguíneos, demostraba la negrura de su alma, y daba á entender ser amasado con hiel y con ponzoña. Por una especie de prodigio, la naturaleza se habia complacido en reunir en este hombre solo la ferocidad frenética de Calígula, la astucia profunda y maligna de Tiberio, y la ambicion brillante y arrojada de Julio César. Igualmente atroz que torpe y escandaloso, hizo matar á su cuñado don Alonso de Aragon por gozar libremente de su hermana Lucrecia: abusó feamente de Astor Manfredo, señor de Faenza, y despues le hizo arrojar en el Tíber: mató con veneno al jóven cardenal Borgia, porque favorecia á su hermano mayor el duque de Gandía: hizo cortar la cabeza á Jacobo de Santa Cruz, su mayor amigo, por verle querido de la casa Ursina... La pluma sò niega á seguir escribiendo tales crímenes, y la imaginacion se horroriza al recordarlos. Nadie le igualó en ser malo; y el tigre, semejante á los más de los tiranos, que quieren la justicia para los demas y no para sí, la hacia

guardar en los pueblos que dominaba, de tal modo, que cuando por la muerte de su padre su autoridad se deshizo y aquellos dominios pasaron á otras manos, los desórdenes y violencias que en ellos se cometian, les hacian desear el gobierno de su señor primero.

La muerte del Papa Alejandro cortó el vuelo á la ambicion de César. Sus principales oficiales y soldados le abandonaron; los venecianos le ocuparon una parte de sus plazas, y el Papa Julio II, en cuyo poder se puso imprudentemente, le arrestó y le hizo rendir á la Iglesia casi todas las demas. Entónces fué cuando con un salvo-conducto, firmado por el mismo Gran Capitan, vino á Nápoles y se puso bajo el amparo de España. Dícese que el salvo-conducto tenia por base que César no haria ningun movimiento ni empresa en perjuicio del Rey Católico; sin duda Gonzalo previó que en el genio inquieto y ambicioso de aquel hombre no cabia estar mucho tiempo sin faltar á sus pactos y dar por consiguiente ocasion á que no se le cumpliesen á él. Así fué; y nunca César Borgia manifestó tanta capacidad y tanta travesura como entónces. Su designio era trastornar el estado de las cosas de Italia y volverla á encender en guerra. El oro, que aún tenia en abundancia, le daba lugar á conseguir sus intentos. Sin moverse de Nápoles hizo socorrer el castillo de Forli, que

aún no habia entregado al Papa Julio; trató de ocupar el Estado de Urbino; halló personas que se obligasen á entrar en Pésaro y matar al señor de ella; negoció con los Colonnas, dándoles dinero para pagar 1.000 soldados; dió orden á un capitán español, que le servia, para que se metiese con gente de guerra en Pisa y estorbase que esta ciudad se pusiese bajo la proteccion de España; alteró Pomplin, que se alzó por él; negociaba á su tiempo con Francia, con Roma y con el turco, y empezó á sonsacar compañías enteras del ejército de Gonzalo, hallando siempre por su liberalidad dispuestos á servirle alemanes y españoles. Gonzalo, que habia recibido orden del rey para que echase de Nápoles á César y le enviase á Francia, á España ó á Roma, noticioso tambien de sus tramas, le hizo arrestar en Castelnovo por Nuño de Ocampo. Dió al arrestarle un grande y furioso grito, maldiciendo su fortuna, y acusando la perfidia del Gran Capitan. Nadie se movió á socorrerle, y de allí á pocos dias fué enviado á España, donde estuvo preso dos años. Al cabo de ellos se escapó del castillo y se recogió á Navarra, donde sirviendo al rey, su cuñado, en la guerra que hacia al conde de Lerin, fué muerto en una escaramuza junto á Mendavia. Tal fin hizo César Borgia, en cuya prision se culpa mucho la conducta del Gran Capitan; es verdad que César era un tizon eterno

de discordia, incapaz de sosegar ni de dejar sosiego á nadie; es cierto que era un mónstruo indigno de todo buen proceder; todo italiano tenia derecho á perseguirle como á una fiera; pero el Gran Capitan, que le habia ofrecido un asilo en su desgracia, hubiera hecho más por su gloria, si no abusara de la confianza que César habia hecho de él poniéndose en sus manos.

Mientras él se desvelaba en asegurar su conquista, y en mirar por los intereses de su patria y de su rey, la envidia empezaba á labrarle aquella corona de espinas que tiene destinada al mérito y á la gloria. Nada habia más opuesto entre sí que los dos caracteres del Rey Católico y de Gonzalo: éste franco, confiado, magnífico y liberal; aquél celoso de su autoridad, suspicaz, económico y reservado. Gonzalo repartia á manos llenas las rentas del Estado, las tierras y los pueblos entre españoles é italianos, segun los méritos contraidos por cada uno; y el rey, que aún no se atrevia á irle á la mano en aquellas liberalidades, decia que de nada le servia tener un nuevo reino, conquistado, sí con la mayor gloria y el esfuerzo más feliz, pero tambien disipado por la prodigalidad imprudente de su general. Los malsines atizaban esta siniestra disposicion: los unos decian que las rentas se malgastaban sin orden ni arreglo alguno; los otros que se permitia al soldado una licencia

opuesta á toda policia, y ruinosa á los pueblos. Hasta los Colonnas ;quién lo creyera! los Colonnas, celosos del favor que daba Gonzalo á los Ursinos, insinuaban al rey que la conducta del Gran Capitan, en Nápoles, era más bien de un igual que de un lugarteniente suyo.

Mientras vivió la Reina Católica estas semillas de division apenas produjeron efecto. Los poderes ámplios que tenia se redujeron á las funciones de virey, y Fernando dió las tenencias de algunas plazas á otros que aquellos á quienes las habia dado Gonzalo, entre ellas Castelnovo, donde estaba Nuño de Ocampo, fué dado en guarda á Luis Feijoó. Ofendióse altamente de esto el Gran Capitan, porque Ocampo habia sido el que más se distinguió cuando se tomó; y decia que el que supo ganar aquel castillo, tambien le sabia defender. Quiso dejar la habitacion que allí tenia, pero Feijoó, á fuerza de súplicas, le contuvo. En fin, pidió su licencia para volverse á España, exponiendo á los reyes que añadiría este servicio á los demas que ya les habia hecho; y que habiendo pasado por todos los trabajos y fatigas de caballero, ya era tiempo de que le permitiesen descansar y asistirles en su córte. No tuvo respuesta esta representacion, y entre tanto murió Isabel (1), siguién-

(1) 26 de Noviembre de 1504.

dola al sepulcro las lágrimas de toda Castilla, cuya civilizadora y engrandecedora habia sido. A su magnanimidad, á su actividad y su constancia se debe la pacificacion del reino, entregado, cuando entró á reinar, á facciones y á bandidos; la expulsion de los moros; la conquista de Nápoles; el descubrimiento de la América. Los errores de su administracion, y algunos es fuerza confesar que han sido muy funestos, tienen disculpa en la ignorancia y en las ideas dominantes de su siglo; y si su carácter era más altivo, más rencoroso, más entero que lo que corresponde á una mujer, la austeridad respetable de sus costumbres, y el amor que tenia á la felicidad y á la gloria de la nacion que mandaba, la excusaban delante de sus vasallos, y deben hacer olvidar estos defectos á los ojos de la posteridad.

Nadie perdió tanto en su muerte como Gonzalo. Ella habia sido siempre su protectora y su defensora contra las cavilaciones y sospechas de Fernando: con su falta iba á ser el objeto de los desaires y desabrimientos de un príncipe, que desconfiado por carácter, hecho más sospechoso con la edad y con las circunstancias, viéndose impotente á galardonar los servicios del Gran Capitan, iba á entregarse á las sospechas para quitarse de encima la obligacion del agradecimiento. Envenenaban esta mala disposicion

Próspero Colonna, que entónces habia venido á España con sus pérfidas sugerencias; el ingrato Nuño de Ocampo, que tambien se manifestó su acusador con respecto á la inversion de caudales; el artificioso Francisco de Rojas, embajador de España en Roma, el cual despues de haber auxiliado á Gonzalo con la mayor actividad en la conquista, envidioso de su gloria y de su influjo en Italia, aspiraba á que le sacasen de ella; en fin, el virey de Sicilia, Juan de Lanuza, quejoso del Gran Capitan por la justicia que hizo á los pueblos de la isla cuando sus vejaciones los alborotaban. Todo se convertia por estos malsines envidiosos en su daño: sus condescendencias con los soldados, sus dádivas continuadas, el lujo y ostentosa magnificencia de su casa; el amor que le tenian los pueblos y barones principales del reino, la veneracion y respeto de los Estados de Italia.

Hallábase entónces Fernando en una de aquellas circunstancias críticas en que no bastan las luces y la inteligencia á un político, sino que es preciso apelar á la grandeza de alma y de carácter para no desmayar y cometer errores. Isabel al morir dejaba sus reinos á su hija doña Juana, casada con el archiduque Felipe de Austria, ordenando que si su hija ó no quisiese ó no pudiese intervenir en la gobernacion de ellos, fuese gobernador el Rey Católico, mién-

tras llegaba á mayor edad Cárlos su nieto, hijo mayor del archiduque y Juana. Esta, privada de razon, era absolutamente inútil al gobierno; y Fernando, en virtud de la disposicion de Isabel, queria seguir mandando en Castilla: Felipe deseaba venir á administrar el patrimonio de su esposa; y la mayor parte de los grandes, impacientes por sacudir el freno y la sujecion en que habian estado hasta entónces, favorecian las pretensiones del archiduque. Este vino con la reina á España, y fué en fin forzoso á Fernando salir casi como expelido de aquel Estado que por tantos años habia gobernado y acrecentado con el mayor acierto y la prosperidad más gloriosa.

En medio de las negociaciones y disputas que hubo para esto, el gran político perdió la prudencia que siempre le habia asistido, y el resentimiento contra su yerno le hizo cometer una falta imperdonable.

Quiso primeramente casar con la Beltraneja, y la envió á pedir á Portugal, donde vivia retirada en un cláustro; pero ni aquel rey consintió, ni ella, ya vieja y dedicada á la austeridad, lo hubiera aceptado. ¿Qué era entónces en la consideracion de Fernando la nulidad de su nacimiento, con cuyo pretexto la habia despojado del reino? Volvióse á otra parte, y ajustó paz con Luis XII: contrató casarse con Germana



de Fox, sobrina de aquel monarca, y ofreció restituir á todos los barones anjinos los Estados que habian perdido en Nápoles por la conquista. Su objeto en esta convencion era buscar un apoyo contra los designios de su yerno, y ver si podia con su nuevo himeneo tener herederos á quien dejar sus propios dominios, y destruir así la grande obra de la reunion de España, anhelada y conseguida por él y su esposa difunta. Los Estados de Nápoles, conquistados por las fuerzas de Castilla, pero en virtud de los derechos de la casa de Aragon, ofrecian un problema político que resolver. ¿Debian obedecer á Fernando ó al archiduque? El rey católico temia que Gonzalo, siguiendo los intereses de este príncipe, alzase por él aquel reino, y se le entregase. Su mayor ánsia era traerle á España, creyendo con esto atajar aquel daño. Envió órdenes sobre órdenes para que se viniese: mandóle publicar la paz ajustada, restituir los Estados á los barones desposeidos, y licenciar la gente de guerra. La paz se publicó en Nápoles; pero la restitucion de los Estados y el licenciamiento de los soldados eran dos negocios delicados, que pedian la asistencia de Gonzalo, y más tiempo que el que podia sufrir la impaciencia del monarca receloso. Para activar su salida de aquel reino se obligó Fernando á conferirle, luego que llegase á su córte, el maes-

trazgo de Santiago. Entre tanto negociaban con él el archiduque, Maximiliano su padre y el Papa, procurando explorar sus intenciones, ofreciéndole grandes premios si conservaba el Estado bajo su obediencia. Dícese que le prometieron casar á su hija Elvira con el desdichado duque de Calabria D. Fernando, restituir á éste en aquel reino como feudatario de Castilla y dejarle á él allí de gobernador perpétuo.

Pero él, firme contra las sugerencias del interés y del temor, respondió fieramente al Papa que se acordase de quién era Gonzalo de Córdoba, no aceptó las ofertas de Maximiliano ni de su hijo, se desentendió de las sospechas de Fernando, y prosiguió haciendo su deber, aquietando los soldados, que se amotinaban porque se les hacia salir, enviándolos á España, y arreglando las cosas del reino para que no sufriesen alteracion por su partida. Era duro sin duda haber de ser arrancado de aquel teatro de su gloria, conquistado con tanto esfuerzo y fatigas, gobernado con tanta prudencia y grandeza, sin más causa que la flaqueza del rey en escuchar á cuatro malsines envidiosos, todos ingratos á sus beneficios. El monarca, ya incapaz de sufrir más retardo en el cumplimiento de sus órdenes, y creyendo ciertas las traiciones y tratos que se temia, determinó enviar á Nápoles á su hijo el arzobispo de Zaragoza, con orden de

reasumir en sí toda la autoridad y de prender á Gonzalo. Habian de auxiliar esta resolución Pedro Navarro, á quien se daba el mando de los españoles, y un Alberico de Terracina, encargado de aquietar á los napolitanos con la publicacion de un nuevo privilegio, que al efecto se les concedia. Esta providencia escandalosa, imposible quizá de ejecutarse, y capaz por sí sola de precipitar al héroe á una resolución desesperada, no se llevó á ejecucion: ó Fernando tuvo vergüenza de ella, ó se apaciguó algun tanto con una carta que le escribió el Gran Capitan (1), en que entre otras cosas le decia: «Aunque V. A. se redujese á un soló caballo, y en el mayor extremo de contrariedad que la fortuna pudiese obrar, y en mi mano estuviese la potestad y autoridad del mundo, con la libertad que pudiese desear, no he de reconocer ni he de tener en mis dias otro Rey y Señor sino á V. A. cuanto me querrá por su siervo y vasallo. En firmeza de lo cual, por esta letra de mi mano escrita, lo juro á Dios como cristiano, y le hago pleito-homenaje como caballero, y lo firmo con mi nombre, y sello con el sello de mis armas, y lo envié á V. A. para que de mí tenga lo que hasta agora no ha tenido; aunque creo que para con V. A., ni para más obligarme

(1) 2 de Julio de 1506.

de lo que yo lo estoy por mi voluntad y deuda, no sea necesario.»

En fin, Fernando, teniéndose por desairado en España si no reinaba en Castilla, se embarcó en Barcelona para ir á Nápoles y visitar aquel reino: por el mismo tiempo Gonzalo se habia embarcado en Gaeta para volver á España, y los dos se encontraron cerca del puerto de Génova (1). Al verle subir á la galera real, y al contemplar la alegre confianza con que se presentaba delante de aquel monarca, á quien se suponía tan desconfiado y tan irritado con él, todos se quedaron suspensos; y el mismo rey dió algunos momentos á la sorpresa que aquella inesperada vista le causaba. Sacudidas de su ánimo por entónces las viles sospechas que le habian agitado tanto tiempo, entregóse todo á los sentimientos de admiracion, de agradecimiento y respeto que la presencia de Gonzalo inspiraba, y llenándole de elogios y de honras, le detuvo en su compañía y le llevó á Nápoles consigo.

Allí fué donde gozó el premio mejor de sus grandes servicios. El rey ponía todo su mérito en la prudencia, en la equidad y en la justicia; Gonzalo en la liberalidad, en la magnificencia y en la gloria adquirida por el valor. Siempre al

(1) 1.º de Octubre de 1506.

lado de Fernando, él le designaba los soldados que más bien le habian servido, le contaba sus hazañas, le manifestaba sus necesidades, recomendaba sus pretensiones y le pedia sus recompensas. ¿Veia en el tropel de la córte alguno que por encogimiento no osaba llegar al rey? Él entónces le llamaba por su nombre, le acercaba á besar la mano á Fernando, y le proporcionaba aquella acogida que nunca se hubiera atrevido á esperar. ¿Tenia otro alguna pretension árdua? Acudia á Gonzalo, y Gonzalo se la conseguia. Aquel monarca reservado, detenido y parco en galardonar, olvidaba su natural junto á Gonzalo; y se vió con admiracion que nada de lo que le pidió en aquel tiempo en favor de otros fué denegado por él: como si hubiese tenido á ménos en aquel teatro negar algo á quien se le habia conquistado y defendido. Podian todavía estar ocultas en su pecho las semillas de la desconfianza, que rara vez salen enteramente del ánimo de los políticos; pero allí escondidas, no se manifestaban; y siendo exteriormente todo demostraciones de amor, de admiracion y confianza, el uso que Gonzalo hizo de su influjo le constituia á los ojos de la Italia el segundo en autoridad y en poder, pero el primero en dignidad y benevolencia.

Esto no bastó, sin embargo, para que los tesoreros no prosiguiesen, en odio á Gonzalo, y

por adular al genio del rey, las pesquisas fiscales con que ya anteriormente le habian amenazado. Quisieron tomarle residencia del empleo que habia hecho de las sumas remitidas para los gastos de la guerra, y Fernando tuvo la miserable condescendencia de permitirselo, y áun de asistir á la conferencia. Ellos produjeron sus libros, por los cuales Gonzalo resultaba alcanzado en grandes cantidades; pero él trató aquella demanda con desprecio, y se propuso dar una leccion, así á ellos como al rey, de la manera como debia tratarse un conquistador. Respondió, pues, que al dia siguiente él presentaria sus cuentas, y por ellas se veria quién era el alcanzado, si él ó el fisco. Con efecto, presentó un libro, y empezó á leer las partidas que él habia sentado: «Doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas del rey.—Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías.»—Iba leyendo por este estilo otras partidas tan extravagantes y abultadas, que los circunstantes soltaron la risa, los tesoreros se confundieron, y Fernando, avergonzado, rompió la sesion, mandando que no se volviese á tratar más del asunto. Parece que se lee un cuento hecho á placer para tachar la ingratitude y avaricia del rey; pero los historiadores de aquel

tiempo lo aseguran, la tradicion lo ha conservado, se ha solemnizado en el teatro, y *Las cuentas del Gran Capitan* han parado en proverbio. El Rey Católico no era ciertamente avaro, pues que á su muerte no se encontró en sus cofres con que enterrarle; pero su economía y su parsimonia tocaban á las veces, como en ésta, en nimiedad y en bajaza.

Su ida á Nápoles no satisfizo las grandes esperanzas que los Estados de Italia habian concebido de ella. Antes de llegar recibió la noticia de la muerte de su yerno el archiduque; el cual, acometido de una dolencia aguda en Búrgos, habia fallecido en tres dias, en la flor de su edad, y ántes de gozar el reino y la autoridad que tanto deseaba. Fernando prosiguió, sin embargo, su camino, y en su interior, no suspiraba más que por Castilla, donde ya la mayor y más sana parte de los grandes y de los pueblos, le llamaba para ponerlo al frente del gobierno. Por esta razon no dió atencion ninguna á los negocios de Italia; y la cosa más señalada que hizo en los siete meses que allí permanecié, fué la restitution de los Estados confiscados á los barones anjinos, segun lo pactado en la paz con el rey de Francia. Estos Estados se hallaban repartidos entre los conquistadores por premio de sus servicios, y era forzoso á Fernando ofrecerles una compensacion corres-

pondiente en otros bienes y en rentas. De aquí resultó, que ni unos ni otros quedaron contentos: los conquistadores se dejaban arrancar con repugnancia aquellos Estados que habian conquistado con su esfuerzo y regado con su sangre; ademas que las compensaciones, por el apuro de las rentas y por el genio de Fernando, eran necesariamente escasas: los anjinos, porque en todo lo que estaba sujeto á controversia, se les coartaba el beneficio de la restitucion; pues cuanto ménos se les devolvía á ellos, tanto ménos habia que recompensar á los otros. Gonzalo ofreció entónces, y cedió voluntariamente, el ducado de Sant-Angelo con sus dependencias, don que le habia hecho el desposeido Federico; y el rey, en recompensa, le dió el ducado de Sesa, con una cédula que pudiese servir de testimonio á los ojos del mundo y de la posteridad, de su agradecimiento á sus servicios, de su confianza en su lealtad, y del honor que merecia: cédula que por la singularidad de sus expresiones y de su estilo superior á la rudeza del siglo y al fastidioso tono que tienen comunmente estos instrumentos diplomáticos, he creido conveniente ponerla al fin por apéndice.

Mas á pesar de esta demostracion, su ánimo no se aquietaba, si no sacaba al Gran Capitan de Italia; negóse á las gestiones que hicieron los venecianos y el Papa, para que se le dejase por

general de sus armas en la guerra que iban á hacerse; y para satisfacerle de esta repulsa, que le cerraba el sendero de nuevas glorias, le volvió á prometer el maestrazgo de Santiago, luego que estuviesen en España. Llegado el tiempo de la partida, Gonzalo se detuvo algunos dias: convocó á sus acreedores, á quienes satisfizo enteramente todos sus créditos: hizo que se portasen sus amigos del mismo modo, dando él de lo suyo á los que no tenían para cumplir; y arreglada su casa y su séquito, que por la calidad de las personas y trato que él les hacia, era superior á la casa real, dió luego la vela para seguir á Fernando, sentido y llorado amargamente de todas las clases del reino, de los principales personajes y de las damas, que salieron á despedirse de él hasta el muelle, y le vieron embarcar con lágrimas de ternura y de admiracion; como si al salir de aquella capital faltaran de una vez toda su seguridad y su ornamento.

Alcanzó al Rey Católico en Génova, y asistió á las vistas que tuvo con Luis XII en Saona. Los dos príncipes, que hasta entónces habian dado á la Europa el espectáculo del rencor, de la venganza y de la mala fe, lo dieron entónces de confianza y de amistad: contienda harto más gloriosa que la primera, si estas muestras en los políticos no fueran tan engañosas. Lucieron á porfía los cortesanos de una y otra nacion su

lujo ostentoso y bizzarria; pero quien se llevaba tras sí todos los ojos y todo el aplauso era el Gran Capitan, y la majestad de los monarcas se veia deslucida delante de los rayos de su gloria. Los franceses mismos, dice Guicciardini, que vencidos y rotos tantas veces por él debian odiarle, no cesaban de contemplarle con admiracion, y no se cansaban de tributarle honores. Los que se habian hallado en Nápoles contaban á los otros; ya la celeridad y astucia increible con que asaltó de improviso á los barones alojados en Layno, ya la constancia y sufrimiento con que se sostuvo en Barleta, sitiado á un tiempo de los franceses, del hambre y de la peste; ya la eficacia y diligencia con que ataba las voluntades de los hombres, y con la cual los sostuvo tanto tiempo sin dineros; el valor con que combatió en Cerinola, el valor y fortaleza con que, inferior en gente, y esa mal pagada, determinó no separarse del Garellano, y la industria militar y las stratagemas con que habia conseguido aquella victoria.

La admiracion que causaban estos recuerdos era aumentada por la majestad excelente de su presencia, por la magnificencia de su semblante y sus palabras, y por la gravedad y gracia de sus modales (1). Mas nadie le honró más digna-

(1) A esta pintura que se halla en Guicciardini, no será

mente que el rey Luis: él le hizo sentar á la mesa real y cenar con Fernando y consigo; le hizo contar sus diversas expediciones, llamó mil veces dichoso al Rey Católico por tener tal general, y quitándose del cuello una riquísima cadena que llevaba, se la puso á Gonzalo con sus propias manos (1).

Este fué el último dia sereno que amaneció al Gran Capitan en su carrera: el resto fué todo desabrimientos, desaires y amarguras. Des-

importuno añadir esta otra, hecha por uno de los camaradas más antiguos del Gran Capitan: «Fué su aspecto señoril tenia pronto parecèr: en las loables cosas y grandes fechos su ánimo era invencible: tenia claro y manso ingenio: á pié y á caballo mostraba el autoridad de su estado: seyendo pequeño, floreció no siguiendo tras lo que va la juventud. En las cuestiones era terrible y de voz furiosa y recia fuerza: en la paz doméstico y benigno: el andar tenia templado y modesto: su habla fué clara y sosegada: la calva no le quitaba continuo quitar el bonete á los que le hablaban. No le venia el sueño, ni la hambre en la guerra y en ella se ponía á las hazañas y trabajos que la necesidad requeria. Era lleno de cosas ajenas de burlas, y cierto en las veras, como quier que en el campo á sus caballeros, presente el peligro, por los regocijar decia cosas jocosas: las cuales palabras graciosas decia él, ponen amor entre el caudillo y sus gentes. Era tanta su perfeccion en muchos negocios quanto otro diligente en acabar uno: en tal guisa, que vencidos con el esfuerzo los pasaba en sabiduría.» (Hernan Perez del Pulgar, señor del Salar, en su *Sumario de las hazañas del Gran Capitan*, fólío 21, edicion de Sevilla de 1527.)

(1) 30 de Diciembre de 1507.

embarcó en Valencia, y habiendo descansado algunos dias de la fatiga de la navegacion, se dirigió á Burgos, donde la córte se hallaba. Su comitiva era inmensa: seguíale gran número de oficiales españoles é italianos distinguidos que no querian separarse de él: á esto se añadía la muchedumbre de amigos, deudos y curiosos que de toda España corrian á verle y admirarle.

Ni las posadas ni los pueblos eran bastantes á alojarlos. La pompa de su séquito era tambien otro espectáculo para los asombrados españoles: los oficiales y soldados veteranos que le acompañaban se ostentaban vestidos de púrpura y seda la más rica, adornados con las más exquisitas pieles, brillando el oro y las piedras en las cadenas y joyeles que traian al cuello y en las penachudas celadas que les cubrian las cabezas. El pueblo, deslumbrado con aquel magnífico aparato, compuesto de todos los despojos de la Italia y de la Francia, le aplaudia y le apellidaba Grande; pero los más prudentes y recatados, que sabian el humor triste y encogido de Fernando, conocian cuánto le habia de ofender aquella ostentacion de poderío. Entre ellos el conde de Ureña dijo con mucha gracia «que aquella nave tan cargada y tan pomposa, necesitaba de mucho fondo para caminar, y que presto encallaria en algun bajío.»

Llegó á Búrgos (1) y toda la córte para honrarle salió á recibirle por mandato del rey. Los oficiales y soldados se presentaron delante, y Gonzalo los seguia; al cual Fernando, como se inclinase á besarle la mano, le dijo cortesmente: «Veo, Gonzalo, que hoy habeis querido dar á los vuestros la ventaja de la precedencia, en cambio de las veces que la tomásteis para vos en las batallas.» Hizo pocos dias despues su pleito homenaje de obedecer á Fernando como regente de Castilla hasta la mayor edad de Carlos, su nieto, y este fué el último punto de su buena armonía con él. Desairado en la córte, no admitido en los consejos, desesperado de conseguir el maestrazgo que con tanta solemnidad se le habia ofrecido, su disgusto transpiraba, y todos los buenos españoles le acompañaban en él. Entre ellos, el que más parte tomaba en su pena, era el condestable de Castilla D. Bernardino Velasco, con quien para estrechar más la amistad casó Gonzalo á su hija Elvira. Llevóse mal este enlace en la córte, con tanta más razon, quanto el rey queria casar á Elvira con un nieto suyo, hijo del arzobispo de Zaragoza, para que así entrasen en la familia real, las riquezas, estado y gloria de Gonzalo. El condestable habia sido ántes casado con una

(1) 14 de Mayo de 1508.

hija natural de Fernando, y por esto un dia la reina Germana le dijo severamente: «¿No os dá vergüenza, condestable, siendo como sois tan pundonoroso y tan discreto, enlazaros á una dama particular, habiéndoos ántes desposado con hija de rey?» «El rey me ha dado un ejemplo digno de seguirse, respondió él, pues habiendo estado ántes casado con una gran reina, despues se ha enlazado á una particular, digna de serlo tambien.» Paróse indignada Germana con aquella respuesta imprevista y atrevida, que la recordaba quién era, y la castigaba su orgullo; y quedó tan ofendida, que no volvió á admitir ni el brazo ni la compañía de Gonzalo, que ántes por su dignidad y preeminencia, siempre la prestaba aquel obsequio. El condestable perdió toda la gracia y no volvió á ser admitido en la córte.

Por el mismo tiempo él y Gonzalo dieron otro desabrimiento al rey. Quería éste que Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo, permutase esta dignidad con su hijo, prelado de Zaragoza. No daba Jimenez grato oído á esta propuesta, y habiendo ido á aconsejarse de los dos, ellos le afirmaron en su propósito, y le exhortaron á la resistencia. De modo que cuando se le volvió á hablar de parte del rey acerca de ello, contestó que si le apuraba, abandonaria arzobispado, córte y dignidades, y se volveria á su celda, de

donde contra su voluntad, la reina Isabel le habia sacado. Blandeó el rey, conociendo cuán injuriosa era aquella permuta á la eleccion de su primera esposa, y no volvió á tratar del asunto.

Hácia esta época fué cuando Diego García de Paredes dió un alto testimonio de la lealtad y mérito de Gonzalo. Estaba éste mal con aquel campeon porque se habia puesto á servir con Próspero Colonna, á quien por las causas ya dichas Gonzalo aborrecia. Pero esta desavenencia no influyó nada para alterar el concepto que Paredes debia á su general. Hallábase un dia en palacio, y en la sala misma del rey oyó á dos caballeros que decian que el Gran Capitan no daria buena cuenta de sí. Entónces Paredes, alzando la voz de modo que lo oyese el rey, exclamó: «Que cualquiera que dijese que el Gran Capitan no era el mejor vasallo que tenia y de mejores obras, se tomase el guante que ponía sobre la mesa.» Puso, con efecto, el guante; nadie osó contestar, y el rey, tomándolo y devolviéndoselo, dijo que tenia razon en lo que decía. Desde entónces volvió á reinar la buena armonía entre los dos guerreros.

Pero el ánimo de Fernando, altamente ofendido de la alianza de Gonzalo y del condestable, y de la contradiccion que hacian á sus deseos, encontró poco despues la ocasion de la ven-

ganza. Un alboroto ocurrido en Córdoba hizo que enviase á sòsegarle á un alcalde de su casa y córte con órden que intimase al marqués de Priego se saliese de la ciudad. Era el marqués hijo del ilustre y desgraciado D. Alonso de Aguilar y sobrino carnal de D. Gonzalo. Acostumbrado, como todos sus progenitores, á ejercer en Córdoba una especie de principado, se sintió altamente de la intimacion que le hizo el alcalde, y no sólo no le obedeció, sino que se apoderó de su persona y le envió preso á su castillo de Montilla. Este desacato escandalizó á todo el reino. Fernando, que vió comprometida en él su autoridad, la de las leyes y la administracion de justicia, soltó la rienda á su enojo y trató de ejecutar por sí mismo el castigo con la severidad y aparato más solemne. Mandó aprestar armas y caballos, hizo llamamiento de gentes y se dirigió desde Castilla á Andalucía, diciendo que iba á destruir aquella rebelion. Estremeciéronse los grandes, tembló Gonzalo por el marqués, y todos se pusieron á interceder en su favor, pidiendo que se condenase aquel desvarío á su juventud y á su poco seso. Ya Gonzalo le habia escrito estas precisas palabras: «Sobrino, sobre el yerro pasado lo que os puedo decir es, que conviene que á la hora os pongais en poder del rey; si así lo haceis, seréis castigado, y si no, os perdereis.» Obedeció el mozo,



y con toda su familia se vino á poner á disposicion del monarca irritado, á tiempo que éste, acompañado ya de un considerable número de tropas, llegaba á Toledo. Pero Fernando, sin admitirle á su presencia, le mandó ir siempre á una jornada distante de la córte y poner á disposicion suya todas las fortalezas que tenia, y prosiguió su camino. Llegado á Córdoba, hizo prender al marqués, fulminó proceso contra él y otros culpados como reos de lesa majestad, castigó de muerte á algunos de ellos, y al marqués, usando de su clemencia, confirmó la pena capital en destierro de Andalucía, y en que se arrasase la fortaleza de Montilla. En vano, para detener estas demostraciones de rigor, y para salvar aquel castillo, donde habia nacido el Gran Capitan, y era el más bello de toda Andalucía, apuraron el condestable, Gonzalo y los grandes todos los medios del ruego y de la queja; en vano le representaron que debia perdonar el desconcierto de un mozo arrepentido y humillado, en gracia de sus ascendientes muertos, ya que no hiciese caso del mérito de los vivos; en vano, en fin, los embajadores de Francia manifestaban que parecia indecoroso no conceder un castillo al que habia ganado para la corona cien ciudades y un reino floreciente. El rey se mantuvo inflexible, la fortaleza se demolió, y Gonzalo tuvo que devorar el des-

aire y la humillacion de tan odiosa repulsa.

Para apaciguarle algun tanto le cedió Fernando por su vida la ciudad de Loja, y áun se la prometió en propiedad para sí y sus descendientes, en caso que renunciase al maestrazgo que se le habia prometido y no se le conferia. Era ciertamente impolítico desmembrar de la corona aquella dignidad en el estado en que se hallaban las cosas; pero, ¿por qué hacer una promesa con ánimo de no cumplirla? El monarca más poderoso y prudente de Europa, ¿no tenia otros medios de recompensar á un héroe que con una palabra engañosa? Gonzalo, más generoso y más franco, no quiso admitir el dominio de Loja, y respondió fieramente, que no trocaria jamás el título que le daba al maestrazgo una promesa real y solemne: «y que cuando ménos se quedaria con su queja, que para él valia más que una ciudad.» En Loja vivió desde entónces, siendo su casa la concurrencia de todos los señores de Andalucía y la escuela de la cortesanía y de la magnificencia; él era su oráculo; él apaciguaba sus diferencias y los instruia del estado y movimientos de toda Europa, y áun de Asia y de Africa, en cuyas principales córtes tenia agentes que le daban cuenta de los negocios públicos. Otro encargo que allí se tomó fué el de proteger á los conversos y á los moros de aquellos contornos contra las injurias y los agravios que el

odio de los cristianos les acarreaba. Gonzalo creia que debian tratarse con blandura y atraerlos á la fe y á la amistad con el ejemplo de la buena fe y de las virtudes y con los buenos tratamientos. El rey, resuelto á no sacarle de aquel reposo oscuro, que tenia más apariencia de destierro que de retiro, ni quiso que Cisneros le llevase por general á la expedicion que aquel prelado hizo á las costas de Africa, ni ménos enviarle á los venecianos y al Papa, que en la nueva liga que con él habian sentado contra la Francia, se le pedian para que mandase el ejército coligado. En estas circunstancias todos los grandes le creian arruinado y sin recurso. «¡Qué encallada estará aquella nave!» decia el conde de Ureña: lo cual sabido por Gonzalo, «decid al conde, contestó, que la nave, cada vez más firme y más entera, aguarda á que la mar suba para navegar á toda vela.»

Y así iba á suceder: la batalla de Rávena, en que los franceses derrotaron al ejército de la liga, mandado por el virey de Nápoles D. Ramon de Cardona, mudó por un momento estas disposiciones de Fernando. Las potencias aliadas, las provincias de Italia estremecidas, los restos dispersos del ejército, todos clamaban por el Gran Capitan; y ahogando la necesidad entónces todas las sospechas, recibió la orden y poderes plenos para pasar con tropas á Italia.

Aprestóse en Málaga la armada que habia de conducirla, y toda la nobleza española voló á la Andalucía á alistarse en sus banderas, y á entrar con él en las sendas de la gloria y de la fortuna. La porfía y la concurrencia era tal, que hasta los soldados que componian la infantería y guarda ordinaria del rey se iban sin su licencia para el Gran Capitan, siendo de todas partes, pero más del Andalucía, infinitos los caballeros que se ofrecian á servir sin sueldo por marchar con él. Gonzalo, con su generosidad y afabilidad natural, los recibia, y con celeridad increíble corria de unos pueblos á otros, apresurando los preparativos de la expedicion, y aprestando la partida.

Pero esta llamarada de nobles esperanzas no duró más que un momento. A la primera noticia que el rey tuvo de que las cosas de Italia iban mejorándose, y de que los franceses no habian sabido sacar partido de aquella gran victoria, dió las órdenes para que se deshiciera el armamento, y para que el Gran Capitan sobreyese en su partida. Ya estaban hechos todos los gastos, los preparativos completos, algunas tropas embarcadas, y Gonzalo en Antequera acelerando la salida cuando llegaron estas órdenes. Nunca fué recibido con tanto dolor y consternacion por ejército ó general ninguno la noticia de una derrota completa, y del último

infortunio; y aquel héroe, que adversidad ninguna, ningun trabajo pudo contristar, se vió vencido por este contratiempo, y apénas poder disimular en el semblante el negro luto de que su corazon estaba vestido. Convocó á las tropas, las animó á la alegría por la mejora que habian tenido los negocios públicos, les prometió recomendar al rey su buena voluntad, y los sacrificios que habian hecho en aquella ocasion, y las pidió que esperasen tres dias para hacerles alguna demostracion de su agradecimiento por el celo con que le habian querido seguir. Al cabo de este tiempo hizo venir al campo de Antequera, en dinero, joyas y vestidos, hasta la cantidad de 100.000 ducados, y los repartió generosamente por los oficiales y soldados del ejército. Representábale un doméstico suyo la exorbitancia de aquella liberalidad, y el empeño en que se metia por ella: «Dadlo, contestaba él, que nunca se goza mejor de la hacienda, que cuando se reparte.»

Habiendo así cumplido con los soldados, volvió su ánimo á manifestar al rey el profundo sentimiento que aquel trastorno le causaba. Otro que él hubiera tenido á fortuna que en el aprieto en que la batalla de Rávena habia dejado las cosas, toda Italia y toda España hubiesen vuelto á él los ojos, y cifrando en él solo su remedio, fuesen como á implorarle en «aquellos

agujeros de las Alpujarras» que así llamaba á Loja. Mas lleno ya el pensamiento de cosas grandes, preparado á quebrantar con nuevos servicios y nuevas glorias la envidia de sus émulos, su mayor dolor, al tener que sacudir de sí aquellas ilusiones, era creer que las malas sugerencias de los envidiosos fuesen causa de tanta novedad. Escribió, pues, al rey una carta llena de quejas y de amargura. Preguntábale «si sus reinos y sus Estados habian recibido por su medio alguna mengua ó deshonra: si no era cierto que de todos sus súbditos él era quien mejor le habia servido, quien más habia acrecentado su poder; que siendo esto así, ¿por qué en su patria, donde es tan natural que todos quieran alcanzar alguna honra, él habia de pasar «por la grito de tanto disfavor?» Más parecia esto venganza que otra cosa, y venganza de ofensas soñadas solamente por la malicia de los que no sabian con otros medios merecer el lugar que tenian cerca del rey. Al fin él, acostumbrado á sufrir, podria llevar esto en paciencia; pero dolíale el daño padecido por muchos que habian vendido sus haciendas, y desechado buenos partidos por servir en aquella expedicion, los cuales estaban todavía sin gratificacion ninguna. «Yo (añadia) no tengo más premio que la obligacion de escuchar las quejas de todos; mas si á ellos se atiende, y en algo se les recompensa, nadie es-

tará más premiado que yo; pues por lo que toca á los gastos que he podido hacer con ellos, han salido de las liberalidades de V. A., por cuyo servicio expendereé todo lo que tengo, hasta quedar «en el fuste de Gonzalo Hernandez.»

Con esta carta envió juntamente á pedir su licencia para salir de España, é irse á vivir á su Estado de Terranova. Demanda imprudente, pues de nada estaba más lejos Fernando que de consentirle pasar á Italia, de cualquier modo que fuese. Respondió empero á sus primeras quejas con razones suaves, diciéndole que el Papa era la causa de haberse sobreseido en la empresa, pues no queria ya contribuir al pago del ejército, como se habia obligado, y en cuanto á licencia le añadía que llevando unos poderes tan ámplios como se le habian dado para la guerra y la paz, tales como el mismo príncipe los llevara, si allá fuera, no parecia conforme á razon que él se presentase en Italia ántes de tener arregladas las cosas con aquellos príncipes: que por esto le parecia que debia ir á descansar á su casa en Loja, y que entre tanto se tomaria asiento en las cosas de la Liga, y le avisaria lo que se determinase.

Gonzalo, habida esta respuesta, devolvió al rey sus poderes, diciendo, «que para vivir como ermitaño poca necesidad tenia de ellos, y añadió, que él se iria á sus agujeros, con-

tento con su conciencia y con la memoria de sus servicios.»

Con estas demostraciones de resentimiento no era fácil que disipase las siniestras impresiones de Fernando, ni que suavizase su mala voluntad. Pidió sucesivamente dos encomiendas de la órden de Santiago, y se las negó; y á las cartas que el emperador Maximiliano le envió proponiéndole que diese el cargo de todas las cosas de Italia al Gran Capitan, contestó: que en ninguno podia confiarse ménos que en aquel caudillo, del cual tenia por cierto que trataba secretamente con el Papa, para pasando á Italia tomar el cargo de general de la Iglesia, y arrojar de aquel pais á todos los extranjeros, así españoles como alemanes y franceses, y que en recompensa el Papa le habia ofrecido el ducado de Ferrara. Esta sospecha es igualmente injuriosa á la lealtad de Gonzalo que gloriosa á su capacidad; y Fernando, segun la costumbre de los hombres suspicaces, daba por supuesto todo lo que en su imaginacion lisiada se presentaba como posible. Decia tambien que los servicios de Gonzalo habian sido públicos y sus ofensas secretas; sin duda para conciliar el honor con que le trataba en público, y el disfavor y estorbo que ponía á su engrandecimiento, con que tenia escandalizada á toda España.

Más fundados quizá fueron los temores que le

atosigaban respecto de su regencia. La grandeza estaba dividida en dos bandos: uno que queria el gobierno de Fernando, á cuyo frente estaba el duque de Alba; otro de los que descontentos con él, volvian sus ojos y sus esperanzas á la córte de Flandes, y aspiraban á traer á España al príncipe heredero, para que administrase los reinos de su madre, y lanzar otra vez al rey de Aragon á sus Estados. El alma y cabeza de este partido se creia que era Gonzalo; ya se decia que á la primera ocasion daria la vela desde Málaga, y partiria á Flandes para traer al archiduque y ponerle en posesion de Castilla; por lo cual se dieron órdenes para que no saliese buque ninguno de aquel puerto, y áun se añade que ya se habian dado para prenderle (1).

Él entretanto, doliente y moribundo, salió de Loja, y se hizo llevar en andas por los contornos de Granada, á ver si la mudanza de aires cortaba las cuartanas tenaces que le apretaban.

(1) En la vida de Marco Bruto de Quevedo pueden verse las instrucciones dadas por el Rey Católico sobre este negocio al alcaide de la Peza Francisco Perez de Barradas. La órden de prision está allí concebida en términos muy generales, y para el sólo caso de que el Gran Capitan tratase de embarcarse en unas naves de Niza, que se decia habian de venir á Málaga con este objeto. Estos monumentos son curiosos, y manifiestan bien la agitacion y sospechas que turbaban el ánimo del rey. Sus fechas son el 14 de Agosto y el 7 de Octubre de 1515.

En los dos años que habian mediado desde su última ocurrencia, habia permanecido firme en su posicion, sin abatirse nunca, y dando á su resentimiento la misma publicidad que tenia su disfavor. Púsose el rey malo, y no le fué á ver, diciendo que no queria se atribuyese á lisonja, «que era la moneda que ménos queria dar y recibir.» Llamóle Fernando para un capítulo de las órdenes militares que habia de celebrarse en Valladolid, y no quiso asistir, dando por razon que S. A. tendria á mayor servicio su falta que su presencia. En aquellos últimos dias de amargura y soledad, se le oyó decir, que sólo se arrepentia de tres cosas en su vida: una la de haber faltado al juramento que hizo al duque de Calabria cuando la rendicion de Tarragone: otra la de no haber guardado el salvoconducto que dió á César Borgia; y la tercera, una que no queria descubrir. Creyendo algunos que fuese la de no haber puesto á Nápoles bajo la obediencia del archiduque; otros el no haberse aprovechado él mismo del favor de la fortuna y de la aficion que le tenian los barones y los pueblos, y haberse hecho rey de aquel Estado.

Sea de esto lo que fuere, él llegó á Granada, y la enfermedad, que por su naturaleza no era muy grave, hecha mortal por la edad y la pesadumbre, acabó con su vida el dia 2 de Diciem-

bre de 1515. Su muerte apaciguó las sospechas del rey, y acalló la envidia de sus enemigos. Vistióse Fernando y toda la córte de luto: mandó que se le hiciesen honras en su capilla y en todo el reino, y escribió una carta afectuosa, dándole el pésame, á la duquesa viuda. Celebráronse sus exequias con toda pompa en la iglesia de San Francisco, donde fué depositado ántes de pasarle á la de San Gerónimo, donde yace; y doscientas banderas y dos pendones reales que adornaban el túmulo, tomadas por él á los enemigos del Estado, recordaban á los afligidos concurrentes la gloria y los servicios del Gran Capitan.

APÉNDICES

Á LA

VIDA DEL GRAN CAPITAN

I.

INSTRUMENTO PÚBLICO EXPEDIDO POR EL REY CATÓLICO EN HONOR DEL GRAN CAPITAN, TESTIFICADO POR EL SECRETARIO MIGUEL DE ALMAZAN EN NAPOLES, Á VEINTICINCO DE FEBRERO DE MIL QUINIENTOS Y SIETE.

Nos don Fernando, por la gracia de Dios, rey de Aragon y de Sicilia, de aquende, de allende Faro, de Hierusalem, de Valencia, de Mayorcas, de Cerdeña, de Córcega: conde de Barcelona, duque de Atenas y de Neopatria, conde de Ruisellon, marqués de Oristan y de Gociano, etc. Como los años pasados vos el ilustre don Gonzalo Hernandez de Córdoba, duque de Terranova, marqués de Sant-Angelo y Vintoto, y mi condestable del reino de Nápoles, nuestro muy caro y muy amado primo, y uno del nuestro secreto consejo, siendo vencedor hecistes guerra muy bien aventuradamente y grandes cosas en ella contra los franceses, y mayores que los hombres esperaban por la dureza de ella: y ansimesmo por nuestro consentimiento, como por apellidamiento de muchas naciones, justamente para siempre nombre de

Gran Capitan alcanzastes donde por nuestro Capitan General vos enviamos. Por ende pareciónos que era cosa justa y digna de rey, para memoria perdurable de los venideros dar testimonio de vuestras virtudes, y con tanto el agradecimiento que vos tenemos, daros y escrebiros ésta: aunque confesamos de buena gana, que tanta gloria y estado nos acrecentastes, que parece cosa rezia poderos dar digno galardón; de manera que aunque grandes mercedes vos hiziesemos, parecernos hía ser muy menos que vuestro merecimiento. Y acordándonos otrosí, como enviado por Nos por socorro, en breve tiempo restituistes en el reino de Nápoles al rey don Fernando, casado con nuestra sobrina, echado del dicho reino de Nápoles, el cual muerto, despues el rey Federico su tio, y sucesor en el dicho reino, vos dió el señorío del monte Gárgano, y de muchos lugares que están cerca dél; por lo qual volviendo en España honradamente vos recibimos. Y acordándonos otrosí como enviándoos otra vez en Italia (requiriéndolo la necesidad y el tiempo) ganastes muy diestramente la Chafalonia, que es isla del mar Ionio, ocupada mucho tiempo de los turcos, de la qual volviendo ganastes la Pulla y la Calabria: por lo qual vos confirmamos y ratificamos, y hezimos duque de Terranova y Sant-Angelo. Y finalmente despues de la discordia nascida entre Nos y don Luis, rey de Francia, sobre la particion del dicho reino de Nápoles, estovistes mucho tiempo con todo el ejército con mucho seso en Barleta, donde vencistes las galeras de los franceses sufriendo con mucha paciencia y constancia hambre y pestelancia assaz; y de ahí tomastes á Rubo, do muy grande ejército de frances estaba, dentro veynte y quatro horas. Y saliendo de la dicha Barleta distes batalla á

vuestros enemigos los franceses, quasi en aquel mesmo lugar adonde venció Anibal á los romanos. Y de lo que es muy mas de maravillar, que estando cercado salistes á los que vos tenian cercado: en la qual dicha batalla matastes al capitán general, y fuistes en el alcance, desbaratando y hiriendo los franceses hasta el Garellano; adonde los vencistes y despojastes de mucha y buena artilleria, señas y banderas con aquel sufrimiento de Fabio, dictador romano, y con la destreza de Marcelo, y la presteza de César. Y acordándonos ansimesmo como tomastes la ciudad de Nápoles con increíble sabiduría y esfuerzos y ganastes dos castillos muy fuertes, hasta entonces invencibles, y de qué manera despues asentastes real en medio del invierno con grandes aguas cerca del rio Garellano; y estando los enemigos con grande gente de la otra parte del dicho rio, los quales pasados ya por una puente de madera sobre barcas, que hicieron contra vos y los vuestros, no solamente los retraxistes, pero hecha por vos y los vuestros otra puente, pasastes de la otra parte del rio, y dándoles batalla los vencistes, metiéndolos por fuerza por las puertas de Gaeta; la qual dada que le fué á su capitán para que se pudiese ir por la mar, luego se vos rindió Gaeta con el castillo. Pues, ¿qué se dirá de vuestras hazañas, sino que dellas perpetua memoria quedará, con la sagacidad y esfuerzo con que ganastes á Ostia, tan fuerte, proveida de gentes y artilleria, de que tanto daño los franceses á Roma hacian? Los quales por vos hechados de Italia con los naturales della que los seguian, sometistes el reino de Nápoles á nuestro señorío, donde mucho tiempo fuistes nuestro visorey. Por ende acatando lo susodicho, vos hacemos merced del estado y señorío del ducado de Sesa, etc.

II.

CARTA DEL REY CATÓLICO Á LA DUQUESA VIUDA DE TERRANOVA,
DESPUES DE LA MUERTE DEL GRAN CAPITAN.

«Duquesa prima. Ví la letra en que me me hizistes saber el fallecimiento del Gran Capitan, y no solamente teneis vos muy gran razon de sentir mucho su muerte porque perdistes el marido; pero téngola yo de haber perdido tan grande y señalado servidor, y á quien yo tenia tanto amor, y por cuyo medio, con el ayuda de nuestro Señor, se acrescentô á nuestra corona real el nuevo reino de Nápoles; y por todas estas causas, que son grandes (y principalmente por lo que toca á vos), me ha pesado mucho su muerte, y con razon. Pero pues á Dios Nuestro Señor así le plugo, deveis conformaros con su voluntad, y darle gracias por ello; y no fatiguedes el espíritu por aquello en que no hay otro remedio, porque daña á vuestra salud. Y tened por cierto que en lo que á vos y á la duquesa vuestra hija y á vuestra casa tocara, terné siempre presente la memoria de los servicios señalados que el Gran Capitan nos hizo: por ellos, y por el amor que yo vos tengo, miraré y favoreceré siempre mucho vuestras cosas en todo lo que pudiere, como lo vereis por experiencia, placiendo á Dios Nuestro Señor, segun más largamente vos lo dirá de mi parte la persona que envió á visitaros. De Truxillo á tres de Enero de mil quinientos y diez y seis años.—YO EL REY.

MORAL MILITAR

POR

A. DESBORDELIERS

CAPITAN DEL EJÉRCITO FRANCÉS

TRADUCCION DE F. T.



MORAL MILITAR.

«Predicad á vuestros soldados
»el sacrificio en absoluto, el fana-
»lismo del honor, la religion del
»deber, pues todas las grandes
»hazañas, milagrosas al parecer,
»de los ejércitos antiguos y mo-
»dernos, se debieron más bien al
»espíritu que animaba á los sol-
»dados, que á la fuerza de las
»masas y al genio de sus jefes.

»Si la corrupcion se infiltra en
»vuestros ejércitos, ¿dónde encon-
»trareis defensores en el gran día
»del peligro?»

HISTORIA DE TROYA.

IMPORTANCIA Y DIGNIDAD DE LA PROFESION MILITAR Y DE LA CLASE DE SOLDADO.

Cuanto más grande y rica es una nacion, fértil y abundo el suelo que ocupa, benéfico y dulce el clima de que goza, tanto mayor es entre los extranjeros el número de sus envidiosos, de sus rivales, prestos á convertirse en enemigos.

Esta nacion, para gustar en paz de las ventajas con que el cielo y la tierra la favorecen y de

los bienes que su trabajo le reporta, se halla en la necesidad de sostener gentes armadas, dispuestas en continua vela á su defensa y proteccion.

Los ejércitos son la garantía del bienestar, de la honra y de la independencia de los Estados: son además la noble fuerza que asegura la prosperidad de aquellos, apoyando las leyes para concurrir al mantenimiento del orden público. Proteger los bienes de cada ciudadano, su libertad y su trabajo; defender los intereses y la grandeza de la patria contra sus enemigos; servir de inquebrantable muralla al invasor, tarea inmensa y difícil es ésta, que sólo puede ser confiada á hombres fuertes, á hombres de corazón, á hombres escogidos entre los mejores.

Por esto los hombres que la ley convoca para reemplazar los ejércitos, son llamados y escogidos en la edad de la fuerza, que es también la edad del trabajo, del entusiasmo y del sacrificio.

Véase cómo los ejércitos son la flor de la juventud de las naciones.

A esa flor sagrada, á ellos, á esos ejércitos, á los ejemplos con que se señalan, á la huella de sus trabajos sobre la tierra, á los monumentos que á su gloria se levantan, son debidos y se deberán siempre esos esfuerzos generosos, esas heroicas abnegaciones, esos sublimes sentimien-

tos que inspira el amor de la patria, y que se transmiten y heredan de generacion en generacion. El amor al órden y el celo de cada ciudadano por los intereses de todos, virtudes tan necesarias á la grandeza y prosperidad de las naciones, se esparcen y generalizan, merced al ejército, entre todas las clases del pueblo, pues el soldado, que lo es en la edad más fácil para conservar las impresiones y los principios que se le inculcan, al volver á sus hogares conserva durante toda su vida, y cualquiera que sea el trabajo á que se dedique, los hábitos y costumbres que adquirió en el servicio de las armas.

El soldado cumplido ejerce siempre en su pueblo una influencia moral, debido á que abandonó su tierra casi niño, cuando aún no podia tener ni envidiosos ni enemigos, y reaparece en ella hecho un hombre, pero un hombre que ha viajado, trabajado y sufrido mucho; un hombre que vuelve de cumplir una sagrada mision, despues de haber soportado tal vez todo género de sufrimientos y toda clase de peligros, razones poderosas para que sea mirado como una autoridad en ciertos casos: así no es extraño que en las pequeñas localidades se tome consejo del antiguo soldado en todos los acontecimientos graves ó casos de peligro.

No se crea que las nobles cualidades del soldado sólo sean reconocidas y estimadas por la

clase inferior del pueblo; todos los hombres, cualquiera que sean su posición y títulos, las comprenden y respetan; prueba palpable de esta verdad es que la profesión militar es la única en que se exigen y ponen en práctica las virtudes del desinterés, el amor al orden y el sacrificio por la patria, así como también es el oficio único en que se unen y confraternizan los hombres de todas las clases sociales, lo mismo los primogénitos de las familias nobles, que los humildes campesinos ó artesanos: allí, al pié del pabellón nacional, bajo el uniforme del soldado, todos se confunden, todos son iguales, todos tienen los mismos derechos y los mismos deberes que cumplir, porque todos se hallan ennoblecidos por la religión del deber.

Y puesto que exige más sacrificios y por lo tanto más suma de virtud que los demás estados, el estado militar es á un tiempo el primero y más honroso de los estados (1). Sí, el primero y más honroso, porque es el único en que se puede estar orgulloso de su pobreza; el primero y más honroso, porque en las demás profesiones ú oficios el hombre se ve obligado á transigir y quizá á rebajarse ante un salario, ante un interés cualquiera; pero en la profesión mi-

(1) *Religion de hombres honrados* le llamó Calderón.
(N. del T.)

litar el simple soldado en su trato con los superiores, no tiene que humillarse nunca: cuando saluda á su general ó á la bandera, que son los más altos saludos, no se inclina, no se descubre, su cuerpo permanece recto y firme; por último, el soldado, siendo el más alto emblema de la abnegacion, no puede, ni debe humillarse ante ninguna grandeza personal, pues no está al servicio de ningun individuo sino al de su país; recibe un sueldo y no un salario, en una palabra, los que le mandan son sus *jefes* y no sus *amos* ó *señores*.

La sumision, la dependencia á que se sujeta el soldado no le es impuesta por el interes de la paga que recibe, grande ó pequeña, sino por el deber de servir á su patria, con ó sin retribucion: no vende su libertad, la entrega, la presta en pró del reposo ó de la gloria de la nacion. El Estado, á trueque de su sacrificio, le confia sus armas y sólo á él le concede el derecho de llevarlas en todo tiempo y lugar.

Alta satisfaccion puede causarnos el uso del uniforme militar, del uniforme del soldado: de cualquier grado que sean la categoría y las riquezas de un hombre, el uniforme militar debe honrarle más que otro alguno. ¿No es el traje militar en todos los pueblos la vestimenta privilegiada para uso de los príncipes y los reyes?

Provoca á la admiracion en todas las esferas

de la sociedad, cualquier hombre que da pruebas de un gran valor, que ha ejecutado un acto de heroísmo, que arriesga su vida por salvar la de un semejante suyo: á este hombre se le cita con entusiasmo, se le señala al ejemplo de los demas, se le mira con envidiosa emulacion; por último, hay quien conmovido por el rasgo del héroe corre á él y estrecha su mano con efusion... ¡Misterioso efecto de la virtud, que mal que pese á los escépticos ejerce una poderosa influencia sobre el corazon humano!

Pues bien, lo que ha hecho este hombre que admiramos; lo que ha hecho quizá una sola vez, el soldado lo hace ó se halla pronto á hacerlo siempre, á cada instante, cuantas veces se le exija por su rey, por su patria, por la salud de todos los ciudadanos. Y esto, ante una recompensa incierta, entre tantos compañeros, y sabiendo ademas que muchas veces su valor, su heroísmo serán ignorados.

Y hé aquí precisamente por qué este sacrificio es más y más sublime: asegurar un premio material á los rasgos heróicos del soldado, equivaldria á poner al nivel de otros trabajos muy terrenos, abnegaciones, virtudes y sacrificios que sólo Dios puede recompensar.

Si por acaso existen gentes tan pobres de espíritu que no creen en la abnegacion y el sacrificio, que vengan á vivir entre los soldados en

tiempo de guerra; si todavía tienen la desgracia de no quedar convencidos, aunque sí admirados, no tienen más que recordar que de igual modo, entre los hombres del estado civil, aquellos que poseen altos sentimientos y corazón templado para las grandes acciones, reusan generalmente la recompensa con que se pretende pagarles lo que no tiene tarifa, y es porque tales hombres, á semejanza de los soldados, sienten de antemano dentro de su conciencia una recompensa moral mil veces mayor que la que pudiera ofrecérseles. ¿No será tal vez que una voz secreta, un instinto religioso les dice que han de alcanzarla en lo futuro?

Meditando en las importantes funciones del soldado, en sus nobles deberes y en la alta misión que le está confiada, no nos maravilla que en todos los pueblos de la tierra haya sido un soldado el primer hombre que conquistó títulos de nobleza, el primero que mereció ser elevado y dignificado sobre los demás hombres.

En tiempo de paz, el soldado vela, silencioso, prevenido, atento á su consigna, sin pedir, sin exigir nada; vela, decimos, por la seguridad de los que poseen, por la tranquilidad de los que trabajan, de los que se enriquecen en la industria y el comercio, de los que se ilustran en la carrera de las artes, de los que ejercen libremente sus profesiones.

Llegada la hora del peligro, cuando el extranjero amenaza, cuando el enemigo ataca, el soldado apresta sus armas y corre cantando á la frontera, dichoso porque se le presenta la ocasion de poner á prueba su arrojo y su amor por la patria.

Distancias, rios, montañas, cañones y murallas, nada es obstáculo al soldado cuando escucha la voz del deber.

Fatigas, hambre, sed, privaciones de toda especie, sufrimientos de todo linaje, el soldado todo lo soporta, todo lo resiste cuando se trata de la gloria y de la honra de la patria.

Despójase de su voluntad, ahoga sus afecciones, olvida su salud, desprecia la existencia misma; todo lo da, á todo se sacrifica, si la patria se lo exige: ¡arriba!... le grita aquella, y se levanta: ¡adelante!... y marcha: ¡hiere ahí!... y hiere: ¡Muere ahí!... y obedece!...

Si se nos concede que la mayor estima y mérito de un hombre á la vista de los demas, consiste en la abnegacion y el sacrificio, preciso será confesar que en la gerarquía social, moralmente considerada, ántes y por encima del soldado no hay hombre alguno.

Sus servicios son tanto más gloriosos cuanto que son de la especie de los que no se pagan á fuerza de dinero: su mejor recompensa es la honra, la gloria de haberlos prestado.

Los servicios del soldado inspiran á los historiadores y á los poetas cantos sublimes que resuenan en la posteridad.

Por ellos únicamente, por los servicios del soldado levantan las naciones inmensos trofeos, monumentos de mármol, columnas de bronce, dignas y gloriosas señales que trasmiten á las edades futuras los altos hechos de los ejércitos y con ellos el aplauso y la gratitud de las naciones.

EL DEBER.

El deber es una obligacion que nos impone la naturaleza, la conciencia, las conveniencias y la ley: es la deuda de todo hombre para con Dios y para con los demas hombres.

La naturaleza nos dice lo que debemos á Dios, á nuestra madre, á nuestro padre, á nuestros hijos y demas parientes.

La conciencia nos dice lo que debemos á nosotros mismos y lo que debemos á los hombres en general.

Las conveniencias nos dicen lo que debemos á la ancianidad, al sexo, á la desgracia, á la debilidad, á las jerarquías y al talento.

La ley nos dice lo que debemos á la patria, al rey y á los conciudadanos.

Todo hombre honrado, todo hombre de conciencia, debe penetrarse bien de estos deberes

para cumplirlos como es de rigor, sin que la pobreza ó la riqueza, la jerarquía social ó el talento sean causa bastante á eludir tan sagrada obligacion.

Siendo los derechos de cada uno y de todos, consecuencia inmediata de los deberes de todos y de cada uno, el hombre que no cumple los deberes que le son impuestos por la sociedad, se halla verdaderamente privado de reclamar ningun derecho.

Respecto al soldado, estos deberes son más graves, más imperiosos, en muchos casos, que para los demas hombres, pues la ley escoge á aquel particularmente para la defensa de la patria, del rey y de sus conciudadanos.

El juramento solemne que presta el soldado, basta para hacerle sentir la importancia de los deberes militares, así como el estudio de dichos deberes le hará comprender la necesidad del rigor que se despliega para el castigo de aquellos que los infringen.

ÍNDICE

	<i>Páginas.</i>
Espíritu de la Biblioteca Militar.....	v
Al lector.....	xxi
EDUCACION MILITAR.— <i>Primera parte.</i> —La guerra y la paz.....	25
<i>Segunda parte.</i> —Desarrollo de las materias contenidas en la ciencia de la guerra segun el concepto de la guerra.....	51
<i>Tercera parte.</i> —Desarrollo de la ciencia de la guerra como vástago de las ciencias en general. Clasificación de los ramos puramente militares..	95
<i>Cuarta parte.</i> —Enseñanza militar en las escuelas militares.....	111
<i>Quinta parte.</i> —La enseñanza militar dentro de la escuela civil.....	136
<i>Sexta parte.</i> —Del carácter militar que forma la escuela.....	153
VIDA DEL GRAN CAPITAN.....	185
MORAL MILITAR.....	323



LISTA DE SUSCRITORES.

S. M. EL REY D. ALFONSO XII.

(Continuacion.)

Sermo. Sr. Infante de España, Duque de Montpensier.

Excmo. Sr. Capitan general, Marqués de la Habana.

Excmo. Sr. Teniente general D. Pedro Ruiz Dava.

Comandante de Infantería, D. Adolfo Gallardo.

Idem de Caballería, D. Francisco Campuzano.

Oficial 1.º de Administracion Militar, D. Juan Gordo.

Idem id. de id., D. Enrique Herman.

Teniente de Caballería, D. Pedro Hornedo.

Capitan de id., D. Fortunato Trigo.

Idem de id., D. Francisco Garcés de Marcilla.

Comandante de id., D. Luis Makenna y Benavides.

Teniente de id., D. Ricardo Ramos Caspe.

Biblioteca de la Direccion de la Guardia civil.

Biblioteca de la Direccion de Caballería.

Biblioteca de la Inspeccion de Carabineros.

Capitan de Caballería, D. Francisco García Broncano.

Comandante de Infantería, D. Juan Bautista Seguí.

Capitan de id., D. Emilio Cuesta.

Brigadier, Excmo. Sr. D. José María Aparici.

Coronel de Caballería, D. Luis Lopez Cordón.

Comandante de idem, D. Cayetano Fernandez de Córdoba.

Capitan de id., D. Pablo Cevallos.

Teniente de id., D. Rafael Sartou.

Idem de id., D. José Zabalza.

Capitan de id., D. Luis Marchesi.

Comandante de id., D. Luis Casal.

Teniente de id., D. José Pastor.

Idem de id., D. Manuel Ojeda.

Comandante de id., D. Leopoldo García Peña.

Teniente de id., D. Fernando Pastor.

Capitan de id., D. Francisco Fernandez Castillo.

Idem de id., D. Eladio Andino.

Comandante de id., D. Manuel Azlor y Aragon.

Profesor de Equitacion, D. Ricardo Fernandez Zimbreló.

Coronel de Caballería, D. Misael Gonzalez de la Rosa.

Teniente Coronel de id., D. Julian Ruiz Dana.

Comandante de id., D. Francisco Ainsua y Aguirre.

(Se continuará.)



375

EDUCCACION

MILITAR

DE 153